

# **GLOBALIZACIÓN, ACONTECIMIENTO, VIOLENCIA**

por IÑAKI AGUIRRE ZABALA

Catedrático de Relaciones Internacionales  
de la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea



## SUMARIO

DESPUÉS DEL 11-M

ESTRUCTURA EXPOSITIVA

INTRODUCCIÓN: PROBLEMÁTICA DEL ACONTECIMIENTO VIOLENTO GLOBAL

1. Entre proceso y acontecimiento
2. Acontecimiento y globalización
3. Acontecimiento y riesgo global
4. Acontecimiento y violencia
5. Subjetivización del espacio/tiempo

PRIMERA PARTE. LECTURAS DEL 11-S

1. Fenomenología
  - A) En el acontecer del terror
  - B) Crónicas de una muerte anunciada
  - C) La trampa de las imágenes
2. Semiótica
  - A) Un no lugar global
  - B) Arqueología de un vacío
  - C) La ficción de Occidente
3. Hermenéutica
  - A) ¿Por qué sucedió?
  - B) El guión y su autor
  - C) La naturaleza postmoderna de Al Qaida

SEGUNDA PARTE. EL NUEVO PARADIGMA DE VIOLENCIA

1. La sociología de la violencia en la era global
2. Hacia un nuevo paradigma de violencia

- A) La guerra, ese camaleón
  - B) Las metamorfosis de la conflictividad en la era postwestfaliana
  - C) ¿Novedad o evolución?
3. Subjetivización de la violencia
- A) Identidades, subjetivización de la violencia y territorialidad
  - B) Simulacro de igualdad entre actores de naturaleza y fines distintos
  - C) Redes de actores y nuevas tecnologías

### TERCERA PARTE. EL ACONTECIMIENTO GLOBAL

1. El estatus teórico del acontecimiento en Relaciones Internacionales
2. Acontecimiento y tiempo mundial
  - A) El tiempo mundial entre historia y acontecimiento
  - B) Fenomenología y sociología del tiempo mundial
  - C) La disyunción del espacio y del tiempo
3. ¿Una teoría virtual del acontecimiento global?
  - A) En el acontecer del acontecimiento
  - B) La constitución accidental del Estado de Seguridad Nacional
  - C) Hacia una teoría virtual del acontecimiento global

### CONCLUSIÓN. ACONTECIMIENTO Y GOBERNANZA MUNDIAL

1. De la historia a la ética, de la ética a la política
2. Gobernanza mundial en tiempos de terror
  - A) Antinomías de la seguridad
  - B) Antinomías de la guerra y de la paz

### BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

## DESPUÉS DEL 11-M

Este trabajo fue motivado por los atentados del 11 de septiembre 2001 en los Estados Unidos. Después del 11 de marzo 2004 tenemos la certeza que el mismo horror puede reproducirse en cualquier momento, en cualquier lugar. Están presentes en nuestra memoria no sólo las víctimas de Madrid que se suman a las de Nueva York sino aquellas de otros extremos del planeta que han sido o serán sacrificadas por la violencia que nos acompañará en la era global. La singularidad monstruosa de los atentados del 11-S estaba destinada a la repetición, a convertirse en el inicio de una serie. La oposición entre serie y acontecimiento, entre proceso y suceso, está en el centro de esta encuesta en la que se trataba de interpretar lo odioso junto con lo absurdo en el marco global que lo amplifica o quizás lo produce. La confirmación del pronóstico no sirve de consuelo, simplemente incrementa dolorosamente su pertinencia. No estaba destinado este trabajo de mucha mayor extensión a convertirse en un Curso. La circunstancia que me obligó a exponerlo parcialmente en los Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz 2003 fue la dolencia que impidió al Profesor Roberto Mesa Garrido impartir el Curso que tenía previsto dar ese año, enfermedad que nos privó, pocos meses más tarde, de la presencia entre nosotros de su estímulo intelectual. No me ha parecido posible reestructurar el texto primitivo aunque si condensarlo. Lo contrario hubiera supuesto escribir otro texto a partir de lo que hoy sabemos. Repugna comparar fríamente el horror del 11-M con el horror del 11-S, a pesar de la evidente relación con lo que hoy podemos considerar como una serie de acontecimientos concatenados. Permanecerán el 11-M y el 11-S, tanto por el lugar y el momento en el que se producen como por su planificación y escenificación y, sobre todo, por sus consecuencias políticas, acontecimientos distintos a pesar de inscribirse en una misma conjura global. El terror maneja dos efectos opuestos, igualmente aterradores: la sorpresa y la repetición. Los teóricos de la guerra convencional establecían una distinción entre dos tipos de guerra, la guerra relámpago y la guerra de desgaste. Como la guerra misma, el terrorismo —o la tortura, que es otra forma de terrorismo utilizada también por los Estados— son métodos de aniquilación de la voluntad y de la dignidad humana que combinan sistemáticamente lo instantáneo del dolor infligido con el desgaste progresivo de las resistencias del ser humano.

## ESTRUCTURA EXPOSITIVA

La Introducción plantea la problemática general del acontecimiento violento global intencional en el contexto de la globalización de la sociedad mundial entendida hoy como una sociedad del riesgo global en la que la violencia encuentra nuevos recursos y registros de acción que se benefician tanto del impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información como de la modificación subjetiva de los parámetros espacio-temporales a escala planetaria. La Primera parte, especie de historia inmediata, inicia la indagación a partir de la toma en consideración casi en bruto de los atentados acaecidos en los Estados Unidos el 11-S y de su posible reconstrucción desde perspectivas interpretativas diferentes que aportan lecturas complementarias de un mismo acontecimiento global multidimensional. La Segunda parte, de carácter sociológico, aborda el análisis de las transformaciones contemporáneas de la violencia y postula la emergencia de un nuevo paradigma de violencia como hipótesis explicativa general de las raíces microsociológicas y de las características postmodernas del terrorismo global. La Tercera parte, de carácter teórico, busca la comprensión del acontecimiento global tanto desde la perspectiva de la aparición de un nuevo tiempo mundial planetario en la era de la globalización como de la creciente «virtualización» de las tecnologías civiles y militares que lo producen o amplifican y parecen reclamar una teoría virtual del acontecimiento global. Por último, la Conclusión esboza brevemente la reflexión praxeológica que reclama el requerimiento ético del acontecimiento, sin adentrarse en la necesaria reformulación programática intelectual y política mundial exigida por uno de los mayores desafíos de este siglo, porque la función primera del académico, como debería ser también la del político, es intentar entender antes incluso de ofrecer soluciones precipitadas.

## INTRODUCCIÓN. PROBLEMÁTICA DEL ACONTECIMIENTO VIOLENTO GLOBAL

### 1. Entre proceso y acontecimiento

La sociedad global emergente que es una realidad generada por las tecnologías de la comunicación y de la información más que una auténtica cultura universal, produce peligros, riesgos y finalmente acontecimientos globales explosivos, impensados. Quizás lo todavía impensado de estos acontecimientos se deba a que un proceso como la «globalización»<sup>1</sup> haya sido abordado a partir de la

---

<sup>1</sup> La terminología sobre la globalización presta a confusión. Utilizaremos las siguientes expresiones repartidas en tres conjuntos de sinónimos: globalización o proceso globalizador; globalidad, sociedad global emergente o era global; globalismo, ideología de la globalización o discurso de la globalización. Adaptamos, por consiguiente, la trilogía crítica propuesta por Ulrich Beck (1998: 27ss): «globalización», «globalidad», «globalismo». La multidimensionalidad, es decir la multifactorialidad de la globalización es reconocida por la mayoría de los autores, con la excepción de los que sostienen una interpretación econo-

analítica de las múltiples dimensiones del fenómeno, y no a partir de un punto crítico, es decir a partir de la problemática del acontecimiento global. El acontecimiento violento global intencional, en particular, irrumpe en el curso de un proceso complejo y opera de inmediato como un potente revelador de los riesgos y de los peligros, de los errores y de los horrores políticos, militares, tecnológicos, económicos, sociales, culturales y religiosos, de identidad y de género, que son amplificadas por la «globalidad».

El cambio de perspectiva que supone desplazar el análisis de la consideración del proceso global hacia la consideración de un acontecimiento particular viene impuesto por la enormidad de los atentados múltiples del 11-S en los Estados Unidos, por su resonancia mundial y por sus consecuencias todavía indeterminadas. Un giro analítico de este tipo, condicionado por un único suceso, aunque este inaugure una serie de acontecimientos relacionados en el tiempo acercándose a lo que entendemos por proceso, supone un reto intelectual. Exige desviar la atención del ámbito del estudio de las estructuras y de las dinámicas multidimensionales del proceso globalizador y de sus consecuencias, hacia la singularidad concreta igualmente multidimensional de lo que podríamos calificar como «acontecimiento monstruo»<sup>2</sup> por su resonancia mundial y por sus consecuencias a corto y medio plazo. Orienta la reflexión hacia un tipo de catástrofe hasta ahora —digan ahora lo que digan los especialistas de la seguridad— impensada en cuanto a su magnitud y a su pavorosa eficacia histórica. Un acontecimiento de las características y de las dimensiones del 11-S subvierte toda pretensión de discursividad lineal en la metanarrativa de la globalización. Exige detenerse en el acontecimiento mismo —si es que ello fuera del todo posible— y olvidarse, por un momento, no sólo de los debates académicos que pueblan la disciplina de Relaciones Internacionales sino, incluso, de los intentos más empíricos de análisis de grandes procesos históricos como el de la globalización, en la medida en que estos son analizados y pensados siguiendo esquemas lineales, como procesos cumulativos, irreversibles y de larga duración<sup>3</sup>.

---

micista monocausal del fenómeno. Sobre las interpretaciones del fenómeno de la globalización ver el trabajo monográfico de Caterina Garcia Segura, «La globalización en la sociedad internacional contemporánea: dimensiones y problemas» (1999) y dentro de un esquema analítico más amplio, Celestino del Arenal, «La nueva sociedad mundial y las nuevas realidades internacionales: un reto para la teoría y para la política» (2002), en particular, pp. 35-40.

<sup>2</sup> La expresión es de Pierre Nora: el «acontecimiento-monstruo», es «aquel a partir del cual se vuelve a problematizar el mundo» (Nora 1994: 307).

<sup>3</sup> Como veremos, la relación compleja entre larga duración y acontecimiento forma el núcleo epistemológico del debate acerca del estatus teórico del acontecimiento en ciencias sociales. A esta oposición entre historia de la larga duración e historia episódica o de los acontecimientos que procede del historiador francés Fernand Braudel se ha referido recientemente Celestino del Arenal en el marco del análisis de la configuración de una nueva sociedad internacional y de la ampliación de su análisis anterior sobre los factores de cambio en las relaciones internacionales (ver, por ejemplo, Arenal 1993): «Los factores de cambio que están provocando esta transformación y la configuración de una nueva sociedad mundial son, por lo tanto, de dos tipos. Unos son factores de cambio de acción profunda y a largo plazo, de *longue durée*, como diría Braudel, que afectan a la naturaleza y esencia misma de la sociedad internacional en sus diferentes dimensiones, política, económica, social, etc., y

## 2. Acontecimiento y globalización

En tanto que acontecimiento revelador de las contradicciones, de los riesgos y de los peligros, de los errores y de los horrores del proceso globalizador, los atentados terroristas del 11-S llevan desde su ideación y escenificación hasta su ejecución y recepción, el sello inconfundible de la globalización. El 11-S es, evidentemente, un acontecimiento global y, en consecuencia, es un producto genuino de la globalización. No podría haber sido ni soñado, ni organizado, ni ejecutado, ni sobre todo percibido como lo ha sido fuera ella. Existe, por tanto, una suerte de connivencia extremadamente perversa entre *globalización* y *acontecimiento violento*.

Para algunos autores, la globalización sería, más que un proceso histórico con todo lo que la noción clásica de proceso supone de desarrollo gradual, cumulativo, progresivo, un acontecimiento en explosión, en expansión permanente, dilatado en el tiempo y el espacio, es decir, un único macroacontecimiento multidimensional y no lineal en curso. En definitiva, la globalización sería el acontecimiento global por excelencia<sup>4</sup>. Acontecimiento global multidimensional y por tanto incontrolado e incontrolable en su acontecer que permite que se produzcan y reproduzcan y, sobre todo, que resuenen y sean amplificados a través de la actual retícula mediática mundial, múltiples microacontecimientos locales, accidentales, imprevisibles, singulares, que son en todo momento susceptibles de transformarse, de «glorificarse»<sup>5</sup> en acontecimientos globales. Las nociones de instantaneidad, amplificación, multiplicación, repetición, resonancia, y también velocidad, ruido, distorsión y manipulación (mediática y política) son características de la era de las tecnologías globalizadas de la comunicación y de la información y nos ayudan a entender como algunos acontecimientos o accidentes, localmente producidos, se trans-

---

otros de manifestación rápida, de acción inmediata, de cambio *événementiel*, en la terminología de Braudel, que son los que inciden más directamente en la transformación del sistema político-diplomático imperante» (Arenal 2002b: 18).

<sup>4</sup> Combinamos las propuestas teóricas de James Der Derian (2001b) sobre el «acontecimiento global» con la matriz de problemas del «tiempo mundial» como acontecimiento planetario que analiza Zaki Laïdi (1998): «¿En efecto, que es el tiempo mundial sino una formalización del acontecimiento planetario? Un acontecimiento, es decir una matriz de problemas, de interrogaciones y de situaciones insertas en el tiempo y a partir de las cuales se definen y establecen nuevas problematizaciones del mundo. El tiempo mundial es así utilizado para comprender cómo procesos pesados van a converger en el tiempo hasta producir al calor de ciertos acontecimientos (el final de la guerra fría o la aceleración de la mundialización) nuevas maneras de ver el mundo, de pensarlo, acreditando la entrada en una era nueva» (Laïdi 1998: 188). Una reflexión que recuerda las concepciones de Michael Nicholson (1981) a las que se refiere Celestino del Arenal: «A la vista de la acción en cadena de todos estos factores de cambio, casi nos atreveríamos a decir que se confirma la teoría de la catástrofe, aplicada entre otros, a las relaciones internacionales por Michael Nicholson, que se refiere a aquellas situaciones en las que un cambio continuo o sin sobresaltos en algunas variables provoca cambios normales en otras variables, que en un momento determinado dan lugar a un cambio radical» (Arenal 1993: 82). La perspectiva parece invertirse de una forma más inquietante aun en el caso del 11 -S (sin que la teoría del caos pierda por ello su pertinencia también en este caso), puesto que, ahora, es un acontecimiento aislado el que —aparentemente— precipita el cambio en el sistema político-diplomático.

<sup>5</sup> La expresión es del filósofo francés Jean Baudrillard (2001).

mutan bruscamente en acontecimientos globales y son recibidos y, sobre todo, percibidos como tales por la gente. El efecto virtual de ubicuidad colectiva —vivir aparentemente un mismo acontecimiento aquí y allí todos al mismo tiempo— creado mediáticamente en nosotros por la instantaneidad y la simultaneidad de la producción local y de la recepción global de un mismo acontecimiento es, sin duda, una de las características más relevantes de nuestra percepción psicosocial de la globalidad<sup>6</sup>. Es en esta tupida red tecnológica de comunicación e información mundial como ha resonado con una intensidad excepcional y ha sido repercutido globalmente el impacto emocional y visual de los atentados del 11-S.

### 3. Acontecimiento y riesgo global

El terrorismo global se caracteriza, como nos ha dejado saber desde su espectacular demostración del 11-S, por haber tomado buena nota de esta connivencia de la globalidad y del acontecimiento y por haber ejecutado a la perfección, en su forma de escenificar y operar, su consigna tecnocultural tácita. En efecto, la globalización, no solamente mediática sino tecnológica, económica, estratégica o política reclama lo instantáneo, lo sorprendente, lo impactante: el acontecimiento local magnificado en acontecimiento global.

Esta indagación parte de un acontecimiento único como el 11-S pero pretende reflejar una realidad más amplia que remite a la actual ambigua constelación global cargada de incertidumbres, amenazas y miedos generados en un mismo tiempo (el de la era global) por la coincidencia de distintos fundamentalismos antagónicos, ideológicos, económicos, políticos o religiosos, de terrorismos y contraterrorismos globales, de medios de comunicación e información en competencia, de inseguras redes tecnológicas militares de vigilancia y seguridad planetaria virtual, de comunidades anónimas e incontrolables de internautas, de movimientos sociales críticos globales y también de un denso y a menudo eficiente tejido de gobierno local inserto entre la malla muy suelta y aleatoria de una gobernanza mundial presa en permanencia de la improvisación, de las coyunturas electorales y de los cambios de rumbo estratégicos del

---

<sup>6</sup> La noción de «glocalización» que Ulrich Beck (1998) toma prestada de Roland Robertson (1995) encontraría, sin duda, aquí otra de sus aplicaciones. Es también la «sensación de pertenecer a un mismo mundo» señalada por Laïdi, a la que hace referencia Arenal (2002: 18): «Esta sensación de pertenecer a un mismo mundo es reforzada por el desarrollo de formas culturales comunes y por la simultaneidad planetaria de los acontecimientos de todo tipo, sean económicos, sociales, políticos o de cualquier tipo» (Laïdi 2000: 17). La emergencia de una sociedad universal y planetaria acaba así implicando a los individuos en cualquier suerte de acontecimiento: «cualquier acontecimiento, se produzca donde se produzca, influye y actúa sobre el resto de la sociedad mundial y consecuentemente sobre todos sus actores, incluidos los seres humanos» (Arenal 2002: 49). Ver también la idea puesta de relieve por James Rosenau (1997a: 58-9) y citada por Arenal (2002: 59) de los cada vez más numerosos *skillfull individuals* (Roseanu 1997b), individuos competentes que valoran por su cuenta los acontecimientos internacionales y actúan en consecuencia de forma conectada en el escenario internacional, como hemos podido comprobarlo a través de ejemplos recientes.

*hegemonía*<sup>7</sup>. Esta encuesta inicialmente histórica, después sociológica y, al fin, teórica desborda los lindes de un análisis clásico de política internacional sobre la seguridad o el conflicto, entendido en términos estrictamente diplomático-estratégicos. Se vincula, en cambio, intelectualmente con la noción de «sociedad del riesgo global»<sup>8</sup> desde un punto de vista a la vez antropológico, sociológico, político y cultural. Examen que ya ha sido desarrollado en relación a múltiples ámbitos de riesgos y peligros potenciales contemporáneos (meteorológicos, ecológicos, industriales, económicos, financieros, sociales, sanitarios, genéticos...). Ámbitos de riesgo de naturaleza, sin embargo, muy distinta a los implicados por los atentados del 11-S. Amenazas que son, si no producidas directamente por el proceso globalizador, al menos potentemente amplificadas por la globalidad emergente de la sociedad mundial.

Será por tanto necesario aplicar en esta encuesta una aproximación metodológica multidisciplinar en el análisis de unos hechos, ellos mismos multidimensionales. Aproximación que podría obligarnos, quizás, a un cambio de paradigma científico —de «metáfora teórica»<sup>9</sup>— ante la evidencia de la repetición de fenómenos violentos amplificadas por un proceso globalizador él mismo no lineal sino contradictorio y ante la imagen conceptualmente inasible de una sociedad mundial compleja, multidimensional (en realidad poliédrica, o más exactamente, fractal) en la que el terrorismo global y el contraterrorismo global, en relación simbiótica a pesar de sus disimetrías de escala, no hacen más que revelar una de las facetas más desconcertantes, más inquietantes y peligrosas por sus consecuencias políticas, económicas, sociales y culturales de largo alcance, de un mundo cada vez más interconectado, interdependiente, en proceso de encogimiento espacio-temporal<sup>10</sup>.

#### 4. Acontecimiento y violencia

La indagación sobre lo que el 11-S pudiera revelarnos de las amenazas que arrastra la globalización no pretende analizar los efectos político-militares internacionales inmediatos de estos atentados, como ha sido el provocar una pro-

---

<sup>7</sup> Ver sobre las consecuencias estratégicas del 11-S, desde la inmediata declaración de «guerra contra el terrorismo internacional» por parte del Presidente Bush, la intervención en Afganistán y el cambio doctrinal en la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos, hasta la invasión de Irak, nuestro artículo «El desafío del nuevo paradigma de violencia y la guerra de sustitución» (Aguirre 2003).

<sup>8</sup> Nos referimos, evidentemente, a los trabajos de Ulrich Beck sobre la «sociedad de riesgo mundial» (Beck 1998: 65ss) o «sociedad del riesgo global», como reza el título de una de sus últimas publicaciones en su versión castellana (Beck 2002); el título original inglés de esta publicación es *World Risk Society*. Posteriormente al 11-S, Beck ha incluido de forma más explícita al terrorismo internacional en su catálogo de «amenazas globales» (Beck 2003).

<sup>9</sup> «Metáfora teórica» es la expresión que utiliza en relación a la teoría de la complejidad, a la teoría de la catástrofe o a la teoría del caos aplicadas a la teoría de la educación, el pedagogo Antoni J. Colom (2002).

<sup>10</sup> Arenal (2002: 35) se refiere a este proceso de encogimiento espacio temporal: «En este sentido, de acuerdo con Zaki Laïdi, podríamos definir la globalización como un movimiento planetario en que las sociedades renegocian su relación con el espacio y el tiempo por medio de concatenaciones que ponen en acción una proximidad planetaria bajo su forma territorial (el fin de la geografía), simbólica (la pertenencia a un mismo mundo) y temporal (la simultaneidad) (Laïdi 2000: 12).»

funda crisis diplomático-estratégica que amenaza a la paz mundial, a la coherencia de las alianzas internacionales y a la cohesión europea. Sería absurdo el negar la importancia de esta crisis global de seguridad y sus consecuencias negativas y, por tanto, la necesidad de su análisis político crítico. Sin embargo, nos parece intelectualmente apremiante desde una perspectiva tanto práctica como teórica, intentar esbozar una sociología histórica del acontecimiento global violento intencional que nos obligara, en el marco de un proceso globalizador desigual, injusto y generador de peligros, considerar también las razones y las sinrazones del *otro*, es decir el nuevo «espíritu del terrorismo»<sup>11</sup> que alumbraba la globalidad. Sin olvidar por ello la angustia de la gente ordinaria en cuyos «mundos de la vida»<sup>12</sup> inciden de forma recurrente y se ensañan con predilección, las múltiples formas de la violencia contemporánea, no sólo la violencia económica y cultural que conlleva el proceso globalizador, sino la violencia política, militar o paramilitar, institucional o privada.

Desde la perspectiva de una sociología mundial a ras de tierra en la que el individuo tiene cabida, esta opción metodológica que supone entrar en el acontecimiento global *desde abajo* tiene igual valor que la clásica, la del análisis político internacional de las gesticulaciones a menudo inoperantes aunque mortíferas, de los monstruos fríos estatales. «Monstruos fríos», en efecto, los Estados, según la expresión nietzscheana. Pero los Estados ya no son, como sabemos, ni monolíticos ni homogéneos, ni absolutamente soberanos ni totalmente independientes, ni exclusivamente amos y dueños de la política mundial en la sociedad del riesgo global. No lo son, entre otras razones porque han surgido nuevos monstruos que no guardan ninguna relación con la estatalidad ni con la territorialidad, pero sí mucha con la globalidad y con las humillantes denegaciones de identidad promovidas ideológicamente por el «globalismo» que alimenta la furia vengadora de los despreciados más astutos y poderosos del mundo. La globalización les brinda posibilidades ignoradas u ocultadas hasta ahora por los poderes convencionales. Estos nuevos «jinetes del Apocalipsis», como se les ha llamado, se mueven entre las redes globales transnacionales con una asombrosa agilidad e invisibilidad, porque son hijos de la globalización, como lo han demostrado con aterradora eficacia letal, aunque sin excesiva sofisticación tecnológica todavía, los *kamikazes* del 11-S.

Parece, en consecuencia, imprescindible interrogarse sobre la naturaleza de la violencia en la era global y sobre el posible cambio del «paradigma de la violencia» que favorece. El terrorismo global, incubado por la globalidad, presenta en efecto, en su forma de aparición, de organización y de operación demasiados rasgos coincidentes con el cambio de los parámetros espacio-temporales y, en consecuencia, con el cambio de los referentes políticos, sociales y culturales que genera la globalización, como para no interrogarse sobre la inquietante relación existente entre ambos fenómenos. Parece asimismo posible encontrar una

<sup>11</sup> La expresión «el espíritu del terrorismo» es de Jean Baudrillard (2001, 2002).

<sup>12</sup> Por utilizar la categoría analítica del filósofo alemán Jürgen Habermas (1991, 1994), más próxima a la experiencia inmediata del individuo que la «sociedad civil» de la que forma el núcleo existencial.

homología estructural entre el fenómeno de la violencia contemporánea y el proceso de la globalización, es decir, entre terrorismo y globalidad, a partir de la noción de subjetivización de la violencia en los conflictos contemporáneos y subjetivización del espacio/tiempo en la sociedad global<sup>13</sup>. La noción general de subjetivización señala en dirección a lo que sería el problema crucial de la globalización para el individuo como violencia ejercida precisamente sobre el sujeto: un problema de *identidad*<sup>14</sup>. Una identidad, a la vez individual y colectiva, directamente amenazada que resiste, incluso violentamente; una identidad que se pierde o que se percibe como perdida como se pierde un miembro amputado; o, al contrario, que se intenta desesperadamente recuperar imaginariamente; una identidad que a menudo ya se ha perdido y olvidado desde tiempo en la turbulencia del cambio drástico de los parámetros materiales espacio-temporales y de los referentes simbólicos anteriores al proceso globalizador, pero cuya cicatriz permanece lancinante y nutre a los desesperados. La problemática de la violencia en la era global remite a las variaciones de escala espacio-temporal inducidas por la globalización y a sus significados políticos y culturales en un mundo peligroso y conflictivo.

## 5. Subjetivización del espacio/tiempo

La interpretación de un acontecimiento global violento intencional como el 11-S requiere interrogarse sobre el régimen espacio-temporal propio de la globalidad que permite que acontecimientos de este tipo tengan una resonancia inmediata, ubicua e incontrolable. Este cuestionamiento difícil y complejo, es no obstante indispensable si queremos, antes de ofrecer dudosas recetas políticas improvisadas, saber primero en que mundo estamos viviendo. El acontecimiento global se produce en un espacio-tiempo multidimensional que ya no es el espacio-tiempo clásico, el de la geometría euclidiana ni el de la física newtoniana. Se ha dicho insistentemente que en la era de la globalidad es el tiempo que, por así decirlo, ha absorbido al espacio al superarlo mediante la velocidad de las comunicaciones y de la transmisión de datos que permiten las tecnologías de la comunicación y de la información organizadas en red, produciendo en consecuencia un efecto de instantaneidad y simultaneidad en el acceso virtual a los hechos. Este efecto de interconexión virtual, no presencial, por tanto casi inmaterial, afecta a múltiples dimensiones, tanto públicas como privadas, de la existencia, desde las finanzas hasta la estrategia pasando por las relaciones interpersonales. Para dar cuenta de esta supremacía contemporánea del tiempo sobre el espacio se ha hablado de «cronopolítica» y de «cronoestrategia» y se ha pretendido incluso incorporar al estudio de la realidad internacional una nueva

---

<sup>13</sup> Me refiero en cuanto a la «subjetivización de la violencia» a los trabajos del politólogo francés Didier Bigo (1998) y en cuanto a la «subjetivización del espacio-tiempo» a los del sociólogo Luis Castro Nogueira (1997), entre otros.

<sup>14</sup> Ver, por ejemplo, Alain Touraine (1997).

ciencia, la *dromología* o ciencia de la velocidad<sup>15</sup>. Se ha proclamado, por último, la «muerte de la geografía»<sup>16</sup>. Muerte quizás prematuramente anunciada porque podemos encontrar, también, algunos pensadores que sostienen que, en realidad, es el espacio quién ha, por así decirlo, devorado al tiempo en la era global de las imágenes pero un espacio que se ha apoderado de una de las características del tiempo humanizado por el pensamiento moderno, un «espacio como *sujeto*»<sup>17</sup>.

Si consideramos a la globalización como un macroacontecimiento multidimensional en curso entenderemos que se caracterice por un estallido de complejidad que acompaña al surgimiento de una nueva realidad producida por la interconexión mundial, «en tiempo real» como se dice, aunque se trate más bien de un tiempo virtual planetario en el que los extremos económicos, políticos, sociales y culturales más opuestos del mundo coexisten y, a pesar de su evidente diacronía<sup>18</sup>, interactúan en la sincronía de una misma red planetaria. Es esta nueva realidad virtual mundial la que nos cuesta pensar mediante conceptos adecuados. Pero existe un nexo en el seno de esta complejidad creciente de la globalidad, que nos podría, quizás, permitir entrelazar, las dos dimensiones físicas —la temporal y la espacial— que, lejos de abolirse mutuamente como se dice metafóricamente, están evidentemente implicadas, imbricadas, curvadas o torsionadas<sup>19</sup> como sucede en el acontecimiento global y que es la noción, aparentemente poco física, poco material, pero acorde con la nueva realidad virtual mundial de un espacio/tiempo subjetivizado. La subjetivización del espacio y del tiempo, como la creciente subjetivización contemporánea de la violencia, son fenómenos observables e interpretables a través de la metáfora de la «red», esa red o telaraña (*cobweb*), que nos une y apresaa a la vez. Muchos de los ras-

<sup>15</sup> La «dromología» inventada por Paul Virilio, ha sido asumida, entre los internacionalistas, por James Der Derian (1995b).

<sup>16</sup> En referencia al título de la obra de Richard O'Brien (1992), *The End of Geography. Global Financial Integration*, que fue una de las primeras indagaciones sobre la extensión de la globalización financiera.

<sup>17</sup> Es el título que da Luis Castro Nogueira en *La risa del Espacio* (1997) a la última parte de su libro: «El espacio como *sujeto*» (pp. 387ss). Otro pensador de las nuevas cartografías mentales del mundo, es el escritor Michel Serres (1972, 1975, 1980, 1991, 1995) al que Castro Nogueira debe mucho.

<sup>18</sup> Inspirándose en Roberto Mesa (1992) Arenal recalca, con razón, esta paradoja de la existencia simultánea de momentos históricos distintos en las sociedades actuales: «El carácter universal y planetario de la actual sociedad mundial coexiste con enormes desigualdades de todo tipo entre los Estados y con la existencia de pueblos en etapas muy distintas de desarrollo, que hacen extraordinariamente complicado hacer generalizaciones sobre la misma, dado los diferentes momentos históricos en que se encuentran. De ahí, que Mesa califique a la actual sociedad internacional de diacrónica, en cuanto que está constituida por comunidades humanas que en un mismo tiempo físico, viven en tiempos históricos muy distintos, pues mientras unas están ya instaladas en el siglo XXI, otras todavía no han llegado al siglo XIX o, incluso, aún permanecen en meridianos que pueden equivaler a los del feudalismo (Mesa 1992: 269)» (Arenal 2002: 50). Constataremos la pertinencia de esta reflexión cuando abordemos la desconcertante cuestión de los referentes ideológicos, culturales o religiosos de los autores intelectuales de los atentados del 11-S.

<sup>19</sup> Una torsión del espacio/tiempo que recuerda la paradoja del anillo de Moebius —usada metafóricamente por el psicoanalista Jean Lacan para ilustrar el continuo paso del inconsciente al consciente— en el que la torsión de la cinta del anillo genera un único plano continuo.

gos de la contemporaneidad llámese esta «posmodernidad», «segunda modernidad o modernidad radicalizada» o también «modernidad reflexiva»<sup>20</sup> apuntan en la misma dirección, la de una subjetivización creciente de las relaciones sociales, políticas, económicas y culturales. Fenómeno que va parejo al de la individualización y, por tanto, al problema de la identidad en la era global. No puede la disciplina de Relaciones Internacionales ignorar este fenómeno, entre otras razones porque afecta profundamente a una sociedad mundial heterogénea en proceso de globalización y de complejización creciente en la que las amenazas globales no hacen sino diversificarse e intensificarse. Razón por la que es necesario conceder al fenómeno de la subjetivización toda su importancia explicativa en un intento de conceptualización del acontecimiento global, más aun, si se trata de un acontecimiento global violento intencional, expresión de un nuevo tipo de terrorismo.

La tendencia a la subjetivización y el carácter reflexivo, es decir, al segundo grado, redoblado sobre sí mismo, de la experiencia contemporánea de la globalidad<sup>21</sup>, no hace sino añadir un grado más de complejidad y por tanto un grado más de inseguridad a la sociedad del riesgo global en la que sabemos que tenemos que acostumbrarnos a vivir. En efecto, el mundo en el que nos tocará vivir en las próximas décadas no será —lo sabemos mejor desde el 11-S— un mundo cómodo. Será un mundo peligroso y peligrosamente complejo. Toda otra predicción sobre el presente y el futuro inmediato sería engañosa frente a una potencial involución global —ideológica, política, militar, económica y cultural— que se trataría en todo caso de evitar y de contrarrestar. Lo cual supone, ante todo, no abdicar de la persona humana, de la paz y de la justicia en la nueva circunstancia de la globalidad y del riesgo global. Porque la sociedad del riesgo global alumbra también, como algunos se atreven a pensarlo, potencialidades insospechadas para alcanzar, con mayor lucidez y conocimiento, una «democracia reflexiva», es decir más consciente de las amenazas globales y, sobre todo, más responsable ante el presente y el futuro de la humanidad<sup>22</sup>. Sin embargo, estas potencialidades, si es que existen, han de surgir de una modificación drástica de nuestra forma de pensar y de actuar. Únicamente el requerimiento moral que provoca a veces la catástrofe parece tener —cuando es vivida no sólo como *trauma* sino también como *catarsis*— la misteriosa virtud movilizadora que exige un cambio de actitud. Porque el acontecimiento, el acontecimiento verda-

---

<sup>20</sup> Son las denominaciones que le otorgan sucesivamente a la contemporaneidad Jean-François Lyotard (1984), Anthony Giddens (1996) y Ulrich Beck (1998).

<sup>21</sup> Es la doble cara, o la doble vertiente de la «globalización», señalada por Roland Robertson (1992) al distinguir las nociones de «globalización objetiva» y de «globalización subjetiva», como lo recuerda Caterina García Segura: «Para Robertson, la globalización como concepto, se refiere tanto al fenómeno de la compresión del mundo como a la intensificación de toma de conciencia del mundo como un todo» (Robertson 1992: 8). Así, el aspecto objetivo de la globalización sería la realidad de un mundo cada vez más pequeño, y la globalización subjetiva se referiría a la percepción de esa realidad objetiva. La percepción es acompañada, sin duda, de una toma de conciencia sobre las consecuencias de fenómenos que tienen repercusiones sobre la acción de los actores internacionales» (García Segura 1999: 323)

<sup>22</sup> Es el mensaje que transmite con insistencia a través de sus escritos recientes Ulrich Beck (2002, 2003).

dero, guarda con la ética, es decir con nuestra conciencia viva, activa, comprometida con el mundo y solidaria con las víctimas de la violencia y del sin sentido, una relación de raíz que algunos pensadores han señalado<sup>23</sup>.

## PRIMERA PARTE. LECTURAS DEL 11-S

### 1. Fenomenología

#### A) EN EL ACONTECIMIENTO DEL TERROR

El 11 de septiembre de 2001, dos aviones de línea norteamericanos desviados de su ruta se estrellan, con escasos minutos de diferencia, contra las Torres Gemelas del World Trade Center de Manhattan, que acaban derrumbándose sobre sí mismas. Casi al mismo tiempo, otro avión desviado colisiona contra el Pentágono, mientras que un cuarto aparato, cae sobre un campo.

De repente, sucede algo impensado, impensable. Brutal. ¿Qué ha sucedido? La pregunta más espontánea es también la más temible. En un primer momento, el significado del acontecimiento no se deja captar. Por ello es precisamente eso, un acontecimiento en bruto. Un momento de excepción que intuimos cargado de sentido pero que no entendemos de inmediato. Como en una película acelerada, parecen suceder demasiadas cosas en poco tiempo. El acontecimiento, incluso no violento, es siempre una repentina precipitación de sentido en el espacio y en el tiempo, un accidente del sentido. Demasiado brusco para poder ser captado e interpretado de inmediato. Pero el acontecimiento catastrófico, que dará después mucho que hablar (¿cómo? ¿por qué? ¿aquí? ¿ahora? ¿quiénes? ¿y en adelante qué? ¿y que hacemos o que hacen las autoridades?) empieza primero por aturdirnos, enmudecernos. Nos deja boquiabiertos, tal como asistimos simultáneamente y en directo en casi todo el mundo y, después, de forma repetitiva y obsesiva, como si de un trauma global se tratara, el impacto visual de los sucesos del 11-S, concentrados en la espeluznante secuencia del doble ataque consecutivo contra las Torres Gemelas del World Trade Center. Secuencia que fue reproducida en todos los canales de televisión del mundo, desde distintos ángulos, hasta la náusea, hasta la alucinación, El trauma es por naturaleza reiterativo, tartamudeo del sentido.

El acontecimiento catastrófico, sobre todo cuando es instantáneamente traducido en imágenes, guarda un parentesco evidente con el terror. El acontecimiento violento, incluso no intencional (como los accidentes industriales o los

---

<sup>23</sup> Desde posiciones filosóficas opuestas, es el caso, por ejemplo, de Alain Badiou (1993) que concede en *L'Éthique. Essai sur la conscience du mal* al «acontecimiento» auténtico un lugar central antagónico de lo que él llama «desastre», o de Paul Ricoeur (1983a, 1983b), pensador de la «simbólica del mal», para quien el «acontecimiento» puede tener la fuerza significante del surgimiento de un *kairos* en la historia de la misma manera que, en la existencia cotidiana, el acto expresivo de la «palabra» (*parole*) auténtica personaliza el funcionamiento impersonal del sistema de la lengua.

desastres naturales), siempre inspira terror. Por tanto, no es de extrañar que el terrorismo busque producir el sobresalto psicológico y social del acontecimiento violento, en definitiva, viva del acontecimiento como si de un «permanente golpe de estado mediático» (Der Derian, 2001b: 686) se tratara. El terrorismo necesita producir acontecimientos intencionales violentos sorprendidos, mortíferos, que generen en sus víctimas el estado emocional de angustia que provoca toda catástrofe, incluso natural. El terrorismo necesita movilizar para sus fines toda la sinergia negativa que descarga bruscamente la catástrofe mediáticamente amplificadas en la era global. El terrorismo vive tácticamente al y del instante, aunque sus previsiones sean largas y complejas en la premeditación de sus golpes. Pero su premeditación es siempre la misma, la de un golpe de efecto. En este sentido, el terrorismo, en general, y el terrorismo global, en particular, es táctica pura —a veces improvisada, otras, la mayoría de las veces, programada con mucha antelación, incluso con años de antelación, aunque indefinidamente diferida en función de las oportunidades de ejecución— pero táctica pura, al fin, en cuanto a su espíritu. En particular, el hiperterrorismo no responde a la lógica clauswitziana racional de la guerra como «continuación de la política por otros medios», es decir a la conducción militar de la guerra sometida, en última instancia, a los fines estratégicos establecidos por la «inteligencia personificada del Estado», la razón política del estadista convertido en jefe de guerra, porque el terrorismo, no es, en sentido estricto, ni guerra ni política. Es otra cosa distinta, que habrá que elucidar.

La resonancia amplificada mediáticamente y el impacto psicológico del acontecimiento violento intencional es el objetivo perseguido por el terrorismo global. Un impacto psicológico traumático, por tanto, reiterativo, que revive obsesivamente el instante del accidente y que será también miméticamente aprovechado por los monstruos fríos heredados de la modernidad, los grandes Estados, las potencias mundiales, y por encima de todos ellos, por el *hegemon*<sup>24</sup>. Porque existe también una mimesis perversa entre el trauma provocado por el terrorismo y el delirio de persecución que crea en las instituciones políticas, en primer lugar en las administraciones estatales pero, también, en la sociedad en general.

## B) CRÓNICAS DE UNA MUERTE ANUNCIADA

¿Pero qué sucedió el 11-S? Los relatos pueden multiplicarse hasta el infinito como sucedió durante los días, semanas y meses posteriores a los hechos y como seguirá sucediendo durante tiempo. Siempre según los puntos de vista múltiples, a veces profundamente contradictorios (pronto revisionistas algunos) que producirá el acontecimiento que, sabemos, dará siempre mucho que hablar,

---

<sup>24</sup> Sobre el tema de la revancha de los Estados sobre el terrorismo y en particular de la superpotencia hegemónica, los Estados Unidos, como principales beneficiarios de la guerra desigual emprendida por el terrorismo, ver nuestro artículo «El nuevo paradigma de violencia y la guerra sustitución» (Aguirre 2003) en el que reproducimos una aguda y desencantada reflexión de Stanley Hoffmann sobre el tema (Hoffmann 2002: 29-30.).

después. Es el ejercicio repetitivo e interminable de la crónica como ejercicio historiográfico de reconstrucción de los hechos *a posteriori*. Ejercicio que es propio, primero, del periodista, después del politólogo y del sociólogo, por último del historiador erigido en interprete de la historia, pero también, evidentemente, de la inmediata investigación policial y, en última instancia, con unos resultados a veces desconcertantes para la historia del caso, de la instrucción metódica del juez. Hemos citado al comienzo, por su sequedad y sobriedad, las primeras líneas del sucinto relato de los hechos que ofrecía, poco tiempo después del acontecimiento, Gilles Kepel, especialista de los movimientos radicales islámicos y autor del estudio, ahora convertido en *bestseller*: *La yihad*<sup>25</sup>. Restituimos, ahora, de entre las primeras líneas de este texto intitulado «Los hechos del 11 de septiembre de 2001», la parte de improvisada interpretación y contextualización histórica (con la inevitable consideración de un *antes* y de un *después*) que todo relato inmediato de un acontecimiento histórico de gran magnitud encierra.

Era la primera vez en la historia que Estados Unidos sufría un ataque terrorista de tal envergadura. El único precedente que se recordaba era el bombardeo sorpresa de Pearl Harbor por parte de la aviación japonesa, aunque este ataque se había producido sobre una base militar en una lejana isla del Pacífico. La carnicería del 11 de septiembre estaba dirigida, deliberadamente, contra civiles y contra los principales símbolos de la hegemonía norteamericana: el poder comercial y financiero, la supremacía militar y —aunque fallase su objetivo— el poder político. La catástrofe ponía de manifiesto, repentinamente, la fragilidad del Imperio, tiraba por tierra la leyenda de su inviolabilidad, sembraba brutalmente la duda entre las convicciones y las creencias que habían asegurado el triunfo de la sociedad norteamericana desde el siglo XX; se trataba de un seísmo de consecuencias incalculables que muchos temen volver a presenciar. (Kepel 2002: 25-6)

La interpretación que acompaña necesariamente al relato de los hechos —no existe el relato puro, no hay historia sin teoría, no hay acontecimiento sin subjetivización— despliega en breves líneas el arco temporal que va del presente al pasado (la búsqueda infructuosa de precedentes históricos: ¿Pearl Harbor, quizás?) y se proyecta hacia el futuro («se trataba de un seísmo de consecuencias incalculables que muchos temen volver a presenciar»). Pero, por inimaginable que fuera para sus víctimas y sus familiares la muerte en ese día sin perdón de

---

<sup>25</sup> En relación a este concepto fundamental de la teología política islámica, utilizaremos, en castellano, la grafía «yihad» (*jihad*, en inglés y *yihad* en francés). La *yihad*, a veces interpretada desde Occidente como sinónimo de «guerra santa» islámica (el equivalente islámico de la «cruzada» cristiana), es en realidad una noción compleja de la que existen en la tradición islámica distintas versiones, unas guerreras (guerra defensiva y, por tanto, justa no tanto contra los «infeles» sino contra los que traicionan o agreden a la tradición de paz del *islam*, paz que es el sentido de la palabra *islam*) y otras místicas (el combate íntimo del creyente contra sí mismo en su búsqueda de una fidelidad más pura al mensaje del Profeta). La noción, en su versión más brutal y vengadora, se ha convertido en el ideal de los grupos islamistas violentos. Pero, por el fanatismo purista y fundamentalista de sus combatientes, la interpretación islamista parece también querer absorber y desviar para sí, hasta el la sacralización de la autoinmolación, todo el potencial místico de la *yihad*.

miles de personas de todas condiciones, era también esa muerte atroz, una muerte anunciada, como lo reconocerán a posteriori todos los especialistas, entre muchos otros, el propio Gilles Kepel en su denso estudio en el que recuerda las sucesivas *fatwas*<sup>26</sup> pronunciadas desde la Guerra del Golfo por Osama Ben Laden<sup>27</sup> contra los Estados Unidos y Occidente. La paradoja de un acontecimiento de las características del 11-S es la de ser, a la vez, un acontecimiento imprevisto, inimaginable y, sin embargo, largamente anunciado. Incluso crípticamente anunciado unos días antes por sus propios inspiradores, a través de un órgano de prensa islamista de Gran Bretaña, como se supo después.

Pero no es la única forma en la que la catástrofe estaba anunciada, anticipada en el tiempo. El acontecimiento, puesto en perspectiva histórica, es proclive a la imitación, a la repetición y, en este sentido, no es nunca una novedad pura, una total «excepcionalidad». Como muestra de nuestra inveterada tendencia al olvido de la amenaza que late en la permanente inseguridad generada por la globalidad, James Der Derian trae a colación, a propósito del 11-S, extractos de prensa significativos y realmente sorprendentes por su efecto retrospectivo de *dejá-vu*. El «estado de excepción» que produce, en todos los sentidos, la catástrofe es como el eco de algo que precedió pero fue rechazado en el olvido. Instante y repetición se confunden, se reproducen, se serializan.

¿Pero qué pasaría si desafiáramos a las autoridades, nos apartáramos del choque del momento y retrocediéramos en la historia? Sobre la cuestión de la excepcionalidad, considerar unos pocos testimonios, el primero de ellos sacado de un editorial de *The New York Times*: «Si el ataque contra el World Trade Center demuestra algo es que nuestras oficinas, nuestras fábricas, nuestras redes e infraestructuras de transporte y comunicación son relativamente vulnerables para terroristas experimentados... Entre los réditos merecidos por nuestros intentos para proporcionar el liderazgo necesitado por un mundo fragmentado, y propenso a las crisis estarán terroristas no imaginados hasta hoy y otros sociópatas decididos a saldar cuentas con nosotros.»

Otro de un relato de portada de *Newsweek*: «La explosión hizo temblar algo más que el edificio: sacudió la petulante ilusión que los americanos eran inmunes, de alguna manera, a la plaga del terrorismo que atormenta a tantos países.»

---

<sup>26</sup> Una *fatwa* es un edicto condenatorio pronunciado conforme a la ley islámica (*sharia*). La *fatwa* sólo puede ser pronunciada por una autoridad legitimada para ello, religiosa (*imán* o *mulá*) más que civil (*emir* o *jeque*). Esta última (*emir* o *jeque*) es, sin embargo, la condición de la que parece querer prevalecerse Ben Laden.

<sup>27</sup> Ante la arbitrariedad existente en cuanto a las transcripciones de nombres árabes en castellano o en otras lenguas nos parece necesario establecer una coherencia. Es sabido que *ben* en las lenguas semíticas quiere decir «hijo, hijo de» (*Ben Laden*, hijo de Laden). Los anglo-americanos escriben «Usama Bin Laden». Los franceses «Ousama Ben Laden». Aunque lo pronuncien distinto. ¿Qué grafía y qué pronunciación hemos de seguir? Existirían, según los arabistas, dos transcripciones posibles de este nombre árabe, una arcaica (*Bin Ladin*) y otra moderna (*Ben Laden*). Hemos intentado, en consecuencia, transcribir de forma homogénea en castellano el nombre del saudí como «Osama Ben Laden». Por la misma razón transcribimos «Al Qaeda», mejor que «Al Qaida», que es la transcripción anglo-americana.

Y finalmente, uno sacado del *Sunday Times* de Londres: «Comenzó el día como un empleado de la agencia de bolsa Dean Witter en el piso 74 del World Trade Center en Nueva York y lo terminó como un extra en una secuela en la vida real de *Towering Inferno*.»

Podría sorprender a algunos el enterarse de que estas citas están todas sacadas de 1993, del primer y mucho menos mortífero ataque contra el World Trade Center (Der Derian, 1995b). Están presentadas aquí como una advertencia contra una lectura del terrorismo únicamente a la luz —la luz a menudo cegadora— de los acontecimientos recientes, contra la lectura del 11/9 como una excepción que prohíbe el pensamiento crítico, que justifica un estado de emergencia permanente, e impide una investigación sobre los peligros fuera del discurso terrorista. (Der Derian 2001b: 688-89)

Tomemos nota de la advertencia formulada por James Der Derian, en tanto que teórico del «acontecimiento global», contra la tentación de caer política y académicamente bajo un estado de excepción del pensamiento creado por el impacto emocional inmediato de los acontecimientos, sin capacidad, como él mismo dice, de reacción intelectual crítica. Pero nuestra aproximación fenomenológica a la catástrofe del 11-S nos obliga a detenernos todavía por un tiempo en la producción del acontecimiento como tal, y en particular en su recepción global, en su transmutación mediática en «acontecimiento global».

### C) LA TRAMPA DE LAS IMÁGENES

La enorme espectacularidad de la catástrofe, sobre todo lograda por el doble ataque a las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York, es la que confiere a los atentados su resonancia mundial y, a través de ella, el logro de los objetivos perseguidos por los terroristas suicidas y sus mentores. De nuevo de la mano de Gilles Kepel, analicemos el efecto aterrador perseguido por los autores de los atentados y la traumática eficacia de la imagen en un mundo globalizado.

Más allá de la ignominia de la masacre, del tormento de las víctimas y de sus familias, del duelo de todo un pueblo, de la caída de las bolsas, de la ruina de las compañías aéreas y de la conmoción de la economía mundial, el cataclismo del 11 de septiembre consigue su efecto, sobre todo, gracias al carácter espectacular de la tragedia. Las escenas del avión precipitado sobre la torre y, posteriormente, las del derrumbe de los rascacielos quedarán profundamente grabadas en la memoria universal, con la violencia de la película de una catástrofe hecha realidad. Estas imágenes se inscriben con una eficacia aterradoramente en el código de representaciones de los medios audiovisuales de masas. Imágenes semejantes, difundidas de un modo idéntico a todo el mundo a través de la televisión, omnipresente en un mundo globalizado, propagan instantáneamente la onda expansiva del atentado y multiplican hasta el infinito el impacto original. (Kepel 2002: 26)

La referencia al componente visual espectacular de la catástrofe es omnipresente en la literatura posterior a los hechos y la metáfora de la película obligada en boca de todos. Pero en el mismo surgir espontáneo del recurso a la metáfora

de la película (película de horror, de catástrofe, claro), se insinúa inmediatamente una duda sobre la realidad de los hechos, se produce una especie de insidiosa *desrealización* del acontecimiento que, precisamente por lo insoportable, lo inimaginable de las imágenes, funciona psicológicamente como una denegación del requerimiento de los hechos, es decir como un deseo de abdicación de responsabilidad política, moral e intelectual. James Der Derian insiste sobre esta peligrosa desrealización inmediata del 11-S y su posterior traducción oficial en términos ahistóricos y apolíticos, es decir irreales, fantásticos, apocalípticos o demonológicos (de lucha del Bien contra el Mal, del Islam contra el Occidente, de la Barbarie contra la Civilización, etc.) con todas sus terribles consecuencias ideológicas, políticas y militares.

Me interesó desde un punto de vista más que académico que el ataque contra el World Trade Center fuera al inicio relatado como un «accidente». El deseo de etiquetarlo como un accidente (y posteriormente, «igual que una película») da testimonio de un rechazo colectivo, quizás incluso de una incapacidad, a imaginar o solamente a narrar la atrocidad como un acto intencional. Podría haberse pensado que la tesis del accidente sería descartada por el segundo golpe aéreo. Sin embargo, las preguntas acerca de las causas profundas (*root causes*) o las intenciones políticas del acto eran o bien silenciadas por acusaciones de «equidistancia moral», o bien convertidas en discutibles por las afirmaciones de que la naturaleza excepcional del acto desafiaba la explicación. Se convirtió rápidamente en cuestión de sentido común, desde el Presidente George W. Bush hasta abajo, que a lo que había que acusar era al mal (*that evil was to blame*), y que el enfoque político e intelectual apropiado debía consistir en como erradicar el mal... A consecuencia de esta barrera levantada ante las primeras impresiones e imágenes, el 11/9 adquirió rápidamente una *excepcional ahistoricidad*. Mayormente la historia era invocada únicamente para preparar América al sacrificio y al sufrimiento que quedaba por delante. (Der Derian 2001: 687)<sup>28</sup>

Es la trampa de las imágenes que «capturan el acontecimiento (lo secuestran como rehén)» y lo desvirtúan al tiempo que lo «glorifican» virtualmente, como denuncia en un artículo escrito poco tiempo después del 11-S y que cita Der Derian, Jean Baudrillard, desde su personal interpretación de la paradójica competencia de verosimilitud que se da, en «un mundo virtual», entre imágenes y realidad, entre la vida y el icono.

El papel de las imágenes es altamente ambiguo. Porque capturan el acontecimiento (lo secuestran como rehén). Al mismo tiempo que lo glorifican. ¿Que su-

---

<sup>28</sup> Esta inmediata apelación, que se oirá pronto en boca del Presidente Bush, «al sacrificio y al sufrimiento», envuelta en una retórica de cariz religioso y de tono apocalíptico, frente a las ruinas todavía humeantes de Nueva York y Washington y frente a las cenizas de las víctimas «sacrificadas» el 11-S, es algo estremecedor que nos recuerda las teorías de la «violencia y lo sagrado», del «chivo expiatorio» y de la «simetría» en la era global entre competición económica, venganza ritual e imitación cultural, elaboradas por el filósofo y antropólogo René Girard (1978). La terrible *mimesis* que tiene lugar entre asesino, víctima y verdugo. Sobre el 11-S, ver «What is Occuring Today Is a Mimetic Rivalry on a Planetary Scale: René Girard on September 11<sup>th</sup>» (2001).

cede entonces con el acontecimiento real, si en todas partes la imagen, la ficción, lo virtual, infiltra la realidad? En el caso presente, uno podría percibir (quizás con cierto alivio) un resurgir de lo real, y de la violencia de lo real, en un universo supuestamente virtual. «¡Esto es el final de todas vuestras historias virtuales—esto es real!» De forma similar, uno podría percibir una resurrección de la historia después de su proclamada muerte. ¿Pero prevalece realmente la realidad sobre la ficción? Si eso parece, es porque la realidad ha absorbido la energía de la ficción, y se ha convertido en ficción ella misma. Uno puede casi decir que la realidad está celosa de la ficción, que lo real está celoso de la imagen. Es como si lucharan en un duelo, para descubrir cual es más inimaginable. El colapso de las torres del World Trade Center es inimaginable, pero eso no es suficiente para convertirlo en un acontecimiento real. (Baudrillard, 2001).

Precisamente al terrorismo global «sin piedad» que convierte la fórmula de Hegel «la muerte, esa irrealdad» en su lema de acción preferido, le deja sin cuidado la zozobra ontológica que suscita en todos nosotros la enormidad impensable de la catástrofe y su «desrealización». Al contrario, ese salto en lo irreal, en la indiferenciación del sin sentido, le conviene al terror puesto que, al haber «absorbido la energía de la ficción», el atentado se convierte en un arma virtual potente cuyo efecto aterrador sobre las imaginaciones se ve multiplicado por la ambigua hiperrealidad de las imágenes, en definitiva por el sin sentido de la muerte virtualizada, muertes masivas e indiferenciadas, «pero atrocemente reales» como lo recordará Goytisolo. En muy pocas líneas, al comienzo de un texto intitulado «Preguntas, preguntas, preguntas», Juan Goytisolo (2002) nos transmite, con profunda emoción, una sensación que arranca de la conmoción de unas «imágenes oníricas, pero atrocemente reales», para a continuación y de manera extremadamente significativa, emprender a partir de la evocación sentimental del lugar de los hechos un movimiento de universalización —muy expresivo de una forma cosmopolita de estar hoy en el mundo— que va de su individualidad hacia la globalidad y «formular... una serie interminable de preguntas» lanzadas hacia un inquietante futuro.

Tras la visión reiterada, diez, veinte, cien veces, en el televisor de las imágenes oníricas, pero atrocemente reales de lo acaecido en Manhattan no puedo opinar sobre la magnitud del horror ni expresar mis sentimientos heridos de neoyorquino —pues Nueva York forma parte de mi vida intelectual y afectiva y la he pateado más y mejor que Madrid o Barcelona—, sino formular y formularme a mí mismo una serie interminable de preguntas. La nueva era abierta por el ataque minuciosamente programado del martes 11 de septiembre, ¿será la mera repetición a escala mundial de una espiral de «castigos ejemplares» y réplicas suicidas en la que nadie, absolutamente nadie, podrá sentirse a salvo o conducirá a una reflexión global sobre nuestra civilización y sus lacras? (Goytisolo 2002: 69)

Esta reacción afectiva en forma de interrogaciones y de redoblamiento de la angustia por la previsible «espiral de “castigos ejemplares” y réplicas suicidas», ampliada hasta la «reflexión global sobre nuestra civilización y sus lacras», nos reenvía irresistiblemente al lugar de los hechos —ahora convertido en vacío— y a su carga simbólica.

## 2. Semiótica

### A) UN NO LUGAR GLOBAL

No, no se trató de un lugar cualquiera. Sino de un lugar por exceso, por demasiada. Quizás, por eso mismo, no fuera nunca, en realidad, otra cosa que un *no lugar*<sup>29</sup>, uno de esos lugares —como los aeropuertos o los hipermercados— que transitamos indiferenciadamente, como de incógnito. Ahora los es en otro sentido, vacío urbano irremediable. No, no se trató claro de los Estados Unidos en toda la extensión territorial, cuasi continental (tan plural y tan heterogénea) del *hegemon*. No había una lógica estratégica clásica en los atentados. Ni siquiera en el caso del Pentágono, símbolo puramente militar, al fin de cuentas anticuado emblema de la guerra fría, otro de los objetivos sólo probables de un formidable ataque múltiple aún no esclarecido del todo. El blanco privilegiado y certero del ataque, el de mayor éxito técnico y el de mayor espectacularidad mediática, era claro, como era claro el cielo de Nueva York cuando sucedió. No pretendía el ataque múltiple abarcar todos los espacios y lugares de la superpotencia mundial sino, sobre todo, un lugar simbólico por exceso del sistema económico global finalizado en el umbral de la década de los ochenta<sup>30</sup>, en esa década políticamente tedia de gestación del triunfo planetario del neoliberalismo. *WTC*, World Trade Center, el Centro Mundial del Comercio, el lugar *global* por antonomasia que nos podía afectar simultáneamente a todos en un mundo mercantilizado<sup>31</sup>. Tal fue, sin duda, el blanco más certero del ataque porque era, además, un lugar en permanencia visitado y videograbado por turistas y viandantes. El lugar idóneo escogido por mentes fundamentalistas para perpetrar un acto de violencia global contra el ídolo obsceno de los infieles, erecto en la fachada marítima de la nueva Babel cosmopolita. Pero eran esas ostentosas Torres Gemelas del

---

<sup>29</sup> Ver la reutilización de este concepto en la obra del antropólogo Marc Augé (1992, 1993) que toma prestada la noción de «no lugar» de la obra seminal de Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano* (1980, 1990). En francés el *non-lieu* remite a la noción judicial de sobreseimiento por falta de pruebas: al ser el lugar de un anonimato masivo, el «no lugar» no da lugar a responsabilidad.

<sup>30</sup> En el documentado relato del psiquiatra Rojas Marcos (2002: 148) sobre el 11-S y sus consecuencias psicosociales, encontramos una de las pocas referencias precisas a las fechas de construcción del complejo urbanístico del World Trade Center, 1966-1987, en el que se insertaron, entre muchos otros edificios emblemáticos que las precedieron, las Torres Gemelas.

<sup>31</sup> El «fetiche» del WTC o, más precisamente, de las Torres Gemelas orgullosamente erguidas en su centro, remite irresistiblemente, por el simbolismo mercantil que escenifican sin pudor, a la noción marxiana de «fetichismo de la mercancía», un fetichismo del objeto del intercambio medido por el valor de cambio universal y abstractamente monetarizado por el comercio capitalista cuya función ideológica está en ocultar las relaciones sociales de producción que lo han creado, por tanto la realidad histórica concreta de las relaciones de clase ocultadas por el fetiche. Es el tema con el que Karl Marx, concluye, con unas páginas prodigiosas, el Capítulo I («La mercancía») del Primer Libro de *El Capital*: «IV. El carácter fetiche de la mercancía y su secreto». La deliberada connotación teológica de muchas de las expresiones marxianas en *El Capital* es conocida. ¿Sería exagerado, pensar, como algunos se han atrevido a hacerlo, que el ataque fundamentalista del 11-S en Nueva York perseguía, precisamente, derribar al *ídolo* del capitalismo mercantil como destruyeron los talibanes los Budas gigantes de Afganistán? Veremos más adelante la contradicción en la que —si ello fuera así— podrían haber incurrido, incluso a ojos de una parte de la teología islámica fundamentalista, los inspiradores de los atentados de Nueva York.

World Trade Center necesarias? ¿Era realmente tan inconcebible, que algo así sucedería alguna vez de esa manera? Sin duda sí, desde un pensamiento dominador y desde la pasmosa seguridad tecnocrática de los planificadores, arquitectos, ingenieros, estrategas e ideólogos de hace treinta años.

## B) ARQUEOLOGÍA DE UN VACÍO

Echemos mano de alguna coincidencia textual retrospectiva en torno al lugar de los hechos, testimonio especialmente llamativo dentro de la intertextualidad creada por el inmenso texto urbano de la *megapolis*<sup>32</sup>, porque, aunque distanciado en el tiempo, señala el síntoma de lo que podríamos calificar, por utilizar el título de una obra de Sigmund Freud (1930, 1934), como «el malestar en la civilización». Era hace más de veinte años, en torno a 1980. El historiógrafo, psicoanalista y semiólogo, amigo del historiador y filósofo Michel Foucault, el jesuita francés Michel de Certeau —que tanta influencia adquiriría en la década de los noventa entre los postmodernistas norteamericanos— sube a la torre del World Trade Center (al parecer, entonces solo existía una torre). Lo que le preocupaba por entonces era el problema de la gestión tecnocrática de la ciudad impuesta —sobrescrita— a las prácticas cotidianas plurales, innumerables e incontrolables de los viandantes, es decir de la gente ordinaria.

Desde el piso 110 del World Trade Center, ver Manhattan... Marejada de verticales. La agitación está detenida por un instante por la visión. La masa gigantesca se inmoviliza bajo la mirada. Se transforma en una variedad de texturas donde coinciden los extremos de la ambición y la degradación, las oposiciones brutales de razas y estilos, los contrastes entre los edificios creados ayer, ya transformados en botes de basura, y las irrupciones urbanas del día que cortan el espacio. A diferencia de Roma, Nueva York nunca ha aprendido el arte de envejecer al conjugar todos los pasados. Su presente se inventa, hora tras hora, en el acto de desechar lo adquirido y desafiar el porvenir. Ciudad hecha de lugares paroxísticos en relieves monumentales. El espectador puede leer ahí un universo que anda de juerga... Sobre esta escena de concreto, acero y cristal... los caracteres más grandes del globo componen una gigantesca retórica del exceso en el gasto y la producción. (Certeau 1996:103)

La semiótica nos ayuda a entender lo que nos quiere transmitir el lugar. Pero hoy, en la era de la globalización, entendemos mejor aun que hace veinticinco años lo que simboliza la «gigantesca retórica del exceso en el gasto y la producción». Sin embargo, el desasosiego físico e intelectual que produce, por exceso de elevación, la experiencia visual de la unión de los extremos, introduce una cuestión teórica: la del éxtasis, el estar fuera de sí, propia de la «erótica del co-

---

<sup>32</sup> Inmediatamente después de los atentados ha proliferado toda una intertextualidad y se han buscado, como suele ocurrir en estos casos, premoniciones literarias o cinematográficas (por cierto, nada escasas) de atentados o catástrofes comparables al 11/S.

nocimiento», alucinación occidental que produce la invencible sospecha de una «ficción del conocimiento» y anuncia una caída ineluctable (la «caída de Ícaro»).

¿A que erótica del conocimiento se liga el éxtasis de leer un cosmos semejante? Al gozarlo violentamente, me pregunto dónde se origina el placer de «ver el conjunto», de dominar, de totalizar el más desmesurado de los textos humanos. Subir a la cima del World Trade Center es separarse del dominio de la ciudad... El que sube allá arriba sale de la masa que lleva y mezcla en sí misma toda identidad de actores o de espectadores. Al estar sobre esta aguas, Ícaro puede ignorar las astucias de Dédalo en móviles laberintos sin término. Su elevación lo transforma en mirón. Lo pone a distancia. Transforma en un texto que se tiene delante de sí, bajo los ojos, el mundo que hechizaba y del cual quedaba «poseído». Permite leerlo, ser un Ojo solar, una mirada de dios. Exaltación de un impulso visual y gnóstico. Ser sólo este punto vidente es la ficción del conocimiento. ¿Habrá que caer después en el espacio sombrío donde circulan las muchedumbres que, visibles desde lo alto, abajo no ven? Caída de Ícaro. En el piso 110, un cartel como una esfinge, plantea un enigma al peatón, transformado por un instante en visionario: *It's hard to be down when you're up*. (Certeau 1996: 103-104)

*It's hard to be down when you're up*. La advertencia irónica, especie de *self-fulfilling prophecy*, anticipa el destino trágico del lugar.

### C) LA FICCIÓN DE OCCIDENTE

El texto prosigue, de forma más inquietante aun cuando es leído hoy. Desarrolla la oposición simbólica arriba/abajo enunciada por la enigmática inscripción del cartel. *Arriba*, está la metáfora del «poder omnividente»<sup>33</sup>, el «ojo totalizador», el «simulacro teórico» que hunde sus raíces en una larga tradición (¿sueño, tentación?) de Occidente. *Abajo*, la complejidad, la opacidad, el «oscuro lazo de las conductas diarias» y la ceguera de la «historia múltiple» de los viandantes anónimos. Es decir la de todos, la del mundo entero visto desde arriba como un hormiguero caótico y sin sentido que necesita urgentemente un orden arquitectónico, aunque este sea ficticio.

La torre de 420 metros que sirve de proa a Manhattan sigue construyendo la ficción que crea lecturas, que hace legible la complejidad de la ciudad y petrifica en un texto transparente su opaca movilidad... La ciudad panorama es un simulacro «teórico» (es decir visual), en suma un cuadro, que tiene como condición de posibilidad un olvido y un desconocimiento de las prácticas. El dios mirón que crea esta ficción literaria y que, como el de Schreber, sólo conoce cadáveres, debe exceptuarse del oscuro lazo de las conductas diarias y hacerse ajeno a estas. Es «abajo», a partir del punto donde termina la visibilidad, donde viven los practicantes ordinarios de la ciudad. Como forma elemental de esta experiencia son caminantes, *Wandersmänner*, cuyo cuerpo obedece a los trazos gruesos y a los más finos de un «texto» urbano que escriben sin poder leerlo. (Certeau 1996: 104-5)

<sup>33</sup> La expresión está sacada de Michel Foucault, (1977: 16) «L'oeil du pouvoir», introducción a la traducción francesa del *Panopticon* de Jeremy Bentham (1791).

Lo que Certeau quiere evidenciar/denunciar es la ficción tecnocrática y urbanística de un Occidente, alzado sobre sí mismo, erguido sobre sus pies desde la altura de su poder real o imaginario, en la pretensión de gestionar y dirigir, de «manejar un crecimiento de la reunión o acumulación humana», aquí representada por la urbe, convertida abstractamente en «concepto de ciudad».

El World Trade Center es la más monumental de todas las formas del urbanismo occidental. La atopía-utopía del conocimiento óptico lleva en su seno desde hace mucho el proyecto de superar y articular las contradicciones nacidas de la concentración urbana. Se trata de manejar un crecimiento de la reunión o acumulación humana... La vista en perspectiva y la vista en prospectiva constituyen la doble proyección de un pasado opaco y de un futuro incierto en una superficie que puede tratarse. Inauguran... la transformación del *hecho* urbano en *concepto* de ciudad... La alianza de la ciudad y el concepto jamás los identifica, pero se vale de su progresiva simbiosis: planificar la ciudad es a la vez *pensar la pluralidad* misma de lo real y *dar efectividad* a este pensamiento de lo plural; es conocer y poder articular. (Certeau 1996:105-106)

Certeau nos da a entender retrospectivamente la abstracción racionalista y tecnocrática occidental simbolizada por ese *no lugar* por antonomasia. Ese lugar excesivo que ha sido, ahora, borrado del mapa, convertido en vacío: la «zona cero» (*zero ground*) de Nueva York. Como si de ese vacío estremecedor, de ese grado cero de la escritura urbana, todo estuviera ahora de nuevo por reescribir de otra manera para Occidente y, sobre todo, para el mundo. Leído el texto después de presenciar todos, con el derrumbe de las Torres Gemelas, la simbólica desnucleación del «Ojo solar», es decir del sueño occidental de dominación y control planetario, nos permite entender los golpes de ciego del cíclope humillado, patéticamente escenificados por algunos dirigentes mundiales en su ceguera sobre el rechazo a muerte que genera en otros la occidentalización a la fuerza del mundo. Era leído en 1980 el World Trade Center, «la más monumental de todas las formas del urbanismo occidental», como la representación arquitectónica más ingenua, es decir más genuina y más fantástica a la vez, de un *poder teórico*. Porque su descomunal estructura vertical de torre materializaba el mito de una visión cósmica (hoy diríamos «global»), la de un poder omnividente, omnisciente y omnipotente que era, en realidad, la representación más cruda del sueño racionalista de dominación y vigilancia universal (el *Panopticon* carcelario de Bentham, hoy virtualizado a escala global por la hipertecnología militar del *hegemon*). ¿Como no ver en el texto lúcido de Michel de Certeau, escrito veinte años antes de los atentados de Nueva York, una relación anticipada, incipiente pero certera, bajo el régimen de «las totalizaciones imaginarias del ojo», es decir bajo el régimen entonces todavía dominante de lo espacial, con lo que llamamos hoy «globalidad», es decir la nueva totalización imaginaria, ahora bajo el régimen predominantemente temporal de la simultaneidad y ubicuidad virtual de los iconos y simulacros de la red, de un pretendido poder absoluto sobre la configuración económica, política, militar y mediática de la sociedad mundial? Puede que la premonitoria lectura semiótica de lo que significó el World Trade Center antes de la catástrofe histórica del 11-S nos incite ahora a emprender una especie de

examen de consciencia occidental, a la vez teórico y político, muy alejado de la forma de pensar y de actuar de quienes se sienten amos del mundo.

Por su parte, el estadounidense James Der Derian que interpretaba hasta entonces el acontecimiento global sobre todo como «accidente internacional» a menudo generado por las propias tecnologías de seguridad de las grandes potencias, sobresaltado por lo sucedido el 11-S, duda, se interpela a sí mismo e interpela a su profesión a partir de lo que él llama «esta falla temporal».

Antes del 11/9 y después del 11/9 todos excepto el más recalcitrante positivista en busca de más datos puntuales examinará e interpretará las relaciones internacionales a partir de esta falla temporal. Escribiendo antes del acontecimiento, sostenía que los accidentes internacionales cumplen de manera creciente la función de potenciar la seguridad para los Estados Unidos y otras grandes potencias. Convertidos y virtualizados en acontecimientos globales por redes de tecnología de la información, los accidentes desafían ahora a la guerra en tanto que medio primordial por el que la soberanía del Estado es, o no es, reafirmada y demostrada. Se necesitan nuevos instrumentos intelectuales, y yo propuse una teoría virtual de los acontecimientos globales. Escribiendo después del 11/9, debo preguntarme, tal como creo que todos los estudiosos de Relaciones Internacionales deberían preguntarse, en que medida, si es que tal medida existe, los ataques terroristas y sus secuelas desafían nuestras anteriores concepciones y modos de entender el mundo. (Der Derian 2001b: 687-8)

Sólo cabe, en efecto, insistir en no evadirse del requerimiento de lucidez ética, intelectual y política que nos imponen acontecimientos tan monstruosos como los vividos. Requerimiento tan fácil de denegar, desvirtuándolo o desvirtuándolo, como sabemos y lo hemos visto después, por la ceguera que parecen producir en algunos dirigentes políticos. Es necesario, en particular, si queremos entender lo sucedido más allá de denominaciones tan genéricas como la de «terrorismo», cómodo manto que lo encubre todo, bucear en las pesadillas fundamentalistas tanto hegemónicas como antihegemónicas que subyacen bajo los escombros de las últimas masacres colectivas.

### 3. Hermenéutica

#### A) ¿POR QUÉ SUCEDIÓ?<sup>34</sup>

La intriga que subyace detrás de la catástrofe, la conjura propiamente dicha, es decir la premeditación de la masacre y su intencionalidad, la anticipa Gilles Kepel a partir de la consideración de los efectos perseguidos por los atentados.

---

<sup>34</sup> Es el título en castellano: *¿Por qué sucedió? El terrorismo y la nueva guerra*, (Hoge, Rose 2002), de un libro colectivo publicado en el 2001 en los Estados Unidos por *Public Affairs* y que reúne los análisis de un conjunto de especialistas, escritos inmediatamente después de los hechos. El título original inglés es *How did this happen?*

La precisa puesta en escena tiene dos efectos. El primero, evidente, tiene por objeto aterrorizar al adversario, asustarlo por el número de víctimas inocentes con las que todo el mundo se puede identificar. El segundo intenta movilizar el apoyo de aquellos a quienes los autores de la acción terrorista quieren ganar para su causa, enardecerlos con una violencia ejemplar que promete una próxima victoria y que suscita su adhesión emotiva, su entusiasmo. (Kepel, 2002; 26)

En buena parte del globo, en Guantánamo como en Afganistán, en Pakistán o Arabia Saudí, ahora en Irak y en toda Europa, como antes en Africa o en Asia, en Somalia, en Kenya, en Sudán, en Filipinas, en Tailandia o Indonesia (territorios muchos de ellos bajo control del *hegemón*) late el miedo de Occidente y sus aliados, la angustiada búsqueda de nombres, de indicios, de pistas, de pruebas, búsqueda mezclada de incredulidad e improvisación, disfunciones, errores y sin duda muchos horrores, abierta competencia entre administraciones y suspicacias internacionales cruzadas, incluso notoria incompetencia profesional de los múltiples servicios secretos de vigilancia e información, espionaje y contraespionaje, servicios todos ahora hipertecnologizados del *hegemon*.

A partir de algunos textos, de confesiones arrancadas a detenidos y de las manifestaciones videograbadas de Osama Ben Laden, es el momento arriesgado de la hermenéutica de un discurso fundamentalista y de la reconstrucción de los motivos y de los móviles del atentado. La hora, también, de la interpretación de un *sueño*, un sueño largamente soñado dentro de un universo mental que nos es ajeno: el sueño de un golpe sacrificial y espectacular contra los símbolos de Occidente. Es el momento de la reconstrucción de una increíble pero sin embargo eficaz y mortífera ficción, quizás simétrica, en definitiva mimética, de la ficción de Occidente. En efecto, las acciones aterradoras del hiperterrorismo parecen haberse convertido hoy en sustituto de las guerras de antaño y, por tanto, en valiosa legitimación para los intereses político-militares e ideológicos de dominación y control mundial. De ahí la paranoia de seguridad que domina muchas mentes occidentales, mecanismo de defensa psicológica que tiene como efecto paradójico —con la potente ayuda de la industria bélica y del comercio internacional de armas— el promover a escala mundial una proliferación incesante de nuevas formas de violencia y contra violencia, de guerra no convencional, no reglamentada, no controlada, reinventadas sin tregua tanto por los humillados y los fanáticos como por sus adversarios, los Estados más potentes.

Kepel considera los posibles objetivos y la problemática propia del islamismo o al menos de las formas más extremistas y violentas del islamismo militante (actualmente en proceso de declive en el mundo musulmán según la tesis de este especialista) y las razones de su recurso al terrorismo global en vistas a «la movilización de las poblaciones musulmanas alrededor de las consignas de la *yihad*».

Esta parecía ser la finalidad de los atentados de Nueva York y Washington: intentar reactivar, a partir de una adhesión emocional a una acción vivida como el episodio victorioso de una guerra justa y sagrada, la movilización de las po-

blaciones musulmanas alrededor de las consignas de la *yihad* para asegurarse la victoria de los movimientos islamistas y permitirles la conquista del poder, en un primer momento, en los propios países musulmanes. A lo largo de la última década del siglo xx, fallaron en la empresa de hacerse con el poder político, a pesar de las esperanzas de sus seguidores y de los temores de sus adversarios que, a principios de los años noventa, habían predicho su éxito... Es en este marco del proceso de declive de la capacidad de movilización política del movimiento [islamista] en los propios países musulmanes donde debemos situar la proyección de un terrorismo tan espectacular y devastador en el corazón del territorio norteamericano. Se trata de una tentativa de sustituir este proceso debilitador por el paroxismo de una violencia destructora: al desencadenar el apocalipsis, quiere hacerse anunciadora del triunfo de la causa e intenta suscitar la adhesión emocional de las poblaciones implicadas para que se comprometan en la lucha. (Kepel, 2002; 27-9)

Pero el contexto internacional en el que se producen los atentados del 11-S y que ha provocado a lo largo de la última década un resentimiento de una magnitud jamás alcanzada en el pasado en el mundo musulmán contra los Estados Unidos, posee unas características precisas. Estas características están marcadas, por una parte, por la política exterior seguida por el *hegemón* en Medio Oriente desde la Guerra del Golfo (1991) en un principio contra el expansionismo iraquí y, por otra parte, en los últimos años, por la voluntaria inhibición de la administración republicana del Presidente Bush en el conflicto palestino-israelí y, en definitiva, por su apoyo a la guerra de aplastamiento no sólo de las organizaciones armadas palestinas sino del propio pueblo palestino y de sus instituciones autónomas, sistemáticamente llevada a cabo por el Gobierno israelí de Sharon (Kepel 2002; 29-30). Sin embargo, los rasgos muy peculiares del terrorismo practicado por *Al Qaida* y su propio modelo de organización cerrado y secreto, no parecían facilitar, según Kepel, en el momento en el que efectúa su análisis, es decir poco después del 11-S, la movilización inmediata de las masas musulmanas que pudieran emotivamente hacer suyos los objetivos de la organización y traducirlos en términos políticos.

La fuerza del terrorismo, que reside en lo repentino y en el efecto sorpresa, y en su «intrazabilidad», demuestra su debilidad cuando llega el momento de recoger los beneficios políticos con los que contaba... [Sus acciones espectaculares] no consiguen inducir más que a una reacción emocional inmediata de solidaridad, a un entusiasmo errático. Una reacción como esta es instantánea pero no perdurable, ya que no dispone del relevo social de un movimiento bien implantado capaz de traducir esta emoción en actos de desobediencia civil masiva —al contrario que el partido leninista de vanguardia en 1917 o el clero iraní en 1978. (Kepel 2002; 31-32)

Este era, según este experto el escenario musulmán global de la tragedia. Nuestro pronóstico puede que deba ser hoy, a la vista de la progresiva involución de los hechos, más reservado, aun en ausencia de un movimiento de naturaleza política enraizado en las masas musulmanas. Pero queda por adentrarse en el nudo de la intriga del 11-S.

## B) EL GUIÓN Y SU AUTOR

En efecto, una vez esbozado el contexto geopolítico y el marco socio-cultural en el que actúa *Al Qaida*, es necesario entrar ahora a considerar, en toda su complejidad, la intriga que subyace a los hechos, es decir remontarnos a los antecedentes inmediatos y a las consecuencias previstas por los conspiradores del 11-S. El guión de esta intriga, lo escenifica Gilles Kepel en tres actos estrechamente vinculados, como si de una película policiaca se tratara.

Comienza el guión por el primer acto que arroja cierta luz sobre la premeditación de los hechos, el asesinato del comandante Masud, el líder de la Alianza del Norte que encabezaba la oposición armada al régimen talibán en Afganistán, asesinato que precede en muy pocos días (9 de septiembre 2001) al desencadenamiento del ataque terrorista contra los Estados Unidos. En este primer acto, Kepel se atiene a los hechos que eran ya conocidos cuando se produjeron los atentados y que fueron inmediatamente relacionados con ellos, confiriendo así al acontecimiento la densidad de una conspiración urdida a escala global según «un guión mucho más complejo».

Los atentados terroristas de septiembre de 2001 son ante todo y en primer lugar, una provocación de dimensiones desmesuradas que intenta suscitar, a cambio, una represión gigantesca cuya víctima será la población civil afgana y que pretende capitalizar, en torno a la previsible solidaridad por parte de los musulmanes del mundo hacia sus hermanos bombardeados, una reacción de gran repercusión. Puede entonces ser sustituido por una red de predicadores que llamarán a una *yihad* defensiva, ya que la «tierra del Islam» ha sido atacada por los «impíos». Un indicio mayor permite pensar que, al igual que el jugador de ajedrez experimentado es capaz de anticipar la respuesta de su adversario, los líderes de los atentados de septiembre contaban de antemano con esta respuesta norteamericana contra el Afganistán de los talibán. Tres días antes de los ataques contra Nueva York y Washington, el comandante Ahmad Shah Masud, jefe de filas de la oposición al régimen de Kabul, fue asesinado en su feudo de Panshir, en el norte del país, por dos magrebíes de Bélgica que venían a entrevistarle y que habían presentado carnets de periodista facilitados por un medio islámico radical de Londres. Igual que los asesinos de antaño eran enviados por el Viejo de la Montaña para matar a sus enemigos, los dos homicidas murieron con Masud en la explosión de su cámara trucada. Masud constituía la figura más creíble alrededor de la cual Estados Unidos habría podido federar una oposición al régimen de los talibán en el momento en que desencadenaran una ofensiva contra ellos en respuesta a los atentados. Al privar a la respuesta de su principal punto de apoyo, el asesinato de Masud se convierte en el preludio del ataque contra los Estados Unidos y demuestra que este forma parte de un guión mucho más complejo en el que no constituye más que el primer acto. (Kepel 2002; 32-3)

El segundo acto y, aun más, el tercero que entra de lleno en el terreno de la especulación en la fecha en la que escribe Kepel (19 de octubre de 2001), es una proyección de futuro con fines interpretativos elaborada por este analista en base a la fórmula ternaria clásica de la acción terrorista, es decir, la espiral *acción, represión, acción*, interpretada ahora como *provocación monstruosa, represión internacional desmedida, solidaridad musulmana global*. Dependiendo

de la forma en que pudiera desarrollarse este segundo acto, el del castigo y de la represión por parte de los Estados Unidos y de sus aliados, es decir, de la intensidad, indiscriminación y desmesura con la que el adversario se pudiera dejar atrapar en la trampa tendida por la «provocación apocalíptica» del primer acto, dependería la suerte del tercer acto, el de la solidaridad mundial de los musulmanes contra los excesos y los horrores de la represión, es decir el cumplimiento del objetivo estratégico que les supone Kepel a los inspiradores del 11-S.

El segundo acto, la fase de represión después de la provocación apocalíptica del 11 de septiembre, es la prueba de verdad para los adversarios. Aquí se invierten los papeles: el actor terrorista permanece pasivo y se convierte en el objeto de la batida. Si la represión consigue identificar su objetivo con precisión, aislarlo, evitar que cause más daños y limitar al mínimo las consecuencias de la guerra entre la población civil, convertida en escudo humano por los que intentan pasar desapercibidos en su seno, no habrá tercer acto. En cambio, si se desencadena la represión y se multiplican las víctimas civiles en nombre de lo que el lenguaje militar designa con el eufemismo de «daños colaterales», la trampa se cierra y da comienzo el tercer acto: la solidaridad. El actor terrorista intenta entonces convertirse en el catalizador de un movimiento social que tiene como vector el vocabulario de la *yihad* contra los impíos que han invadido el territorio del Islam y que masacran a los musulmanes. (Kepel 2002; 33-4)

Todavía ayer, cuando se inició esta indagación en pleno desarrollo de la represalia internacional contra el Afganistán de los talibanes, se podía pensar que este guión fuera demasiado perfecto y pudiera no cumplirse más que en parte (aunque en buena parte). Pronto se hizo evidente que Osama Ben Laden no había sido ni capturado por las tropas aliadas ni identificado entre los muertos de Afganistán y que los servicios de inteligencia eran incapaces de dar con él. El mito seguía por tanto aparentemente en pie. Hoy, después de la ominosa invasión y posterior ocupación de Irak con todas sus secuelas, es decir después de todos los errores y horrores cometidos por la represión internacional errática liderada por la Administración Bush, la reserva en cuanto a la posible verificación del último acto del guión previsto por los conjurados es notablemente menor.

El drama del 11-S, como el de los atentados que le han seguido, sigue teniendo ahora como entonces, en Osama Ben Laden su personaje estelar, según todas las apariencias, aunque sólo sean eso, apariencias. En efecto, el escurridizo Ben Laden parece, por momentos, un personaje de ficción, a medio camino del mito y de la realidad. En todo caso una ficción mediática que habla a las imaginaciones del mundo musulmán pero también del mundo entero. Él es, en sí mismo, un acontecimiento. No es de extrañar por tanto que los medios de comunicación hayan percibido inmediatamente lo que todos podemos percibir: un parentesco dramático siniestro entre la cuidada y espectacular puesta en escena de los atentados del 11-S y la cuidada puesta en escena de sí mismo por Ben Laden. El terrorismo es a menudo también teatro narcisista. Como la política, demasiadas veces. Por ello merece la pena demorarse un tiempo en el personaje, reconociendo así, de paso, la eficacia de algunos individuos en la histo-

ria y, sobre todo, la poderosa eficacia de los mitos. Ben Laden forja definitivamente su mito en el exilio (su *hégira* voluntaria) en Afganistán, junto al movimiento talibán a cuya ayuda acudirá con todos sus recursos personales en vísperas de la toma del poder por estos en Kabul (1996). Es preciso centrarse, en este caso, en el nacimiento de un mito profético. De la misma manera que muchos activistas islamistas de distintas partes del mundo (y no sólo de los países musulmanes) se han formado militarmente en los semilleros de activistas de Afganistán y Pakistán, convertidos en escuelas globales de fundamentalismo radical, Osama Ben Laden se encontrará definitivamente con su destino a raíz de su destierro en aquella lejana tierra del Islam, como nos lo recuerda Gilles Kepel.

Ben Laden salió de Sudán para dirigirse a Afganistán el 18 de mayo de 1996 como consecuencia de un consenso por defecto entre los Estados implicados... Su destierro en Afganistán era el modo, o eso se creía entonces, de aislarlo en un país sin recursos y sin comunicaciones, y de hacerle más difícil el acceso a sus asuntos financieros, esperanzas que no han quedado más que en una quimera. Unas semanas más tarde, el 23 de agosto, Ben Laden publicó su primera «declaración de yihad contra los norteamericanos que ocupan la tierra de dos Lugares Santos» y manifestaba, al mismo tiempo, que iba a poner en pie una eficaz colaboración con el régimen de los talibán (Kabul cae definitivamente en sus manos en septiembre); asimismo, se autoproclamó defensor de la clase de los «grandes mercaderes» saudíes oprimidos por la monarquía, un medio del que él mismo había salido. (Kepel, 2002; 37)

¿Ben Laden, defensor de la clase de los grandes mercaderes saudíes oprimidos por la monarquía? ¿Porqué no, puesto que Mahoma se casó, como es sabido, con una viuda de gran mercader, dueña de caravanas, y que lo fue él mismo toda su vida? Sólo podrían sorprenderse de esta extraña irrupción de una atípica lucha de clases dentro de esta muy elitista conspiración terrorista antioccidental y antidinástica, los que han creído ver en Ben Laden, un paladín de los pobres, una especie de Robin Hood árabe o un Che Guevara musulmán. Esta no es la menor de las claves interpretativas que ofrece Kepel: Osama Ben Laden no es, a ojos de los islamistas, un príncipe injusto, hipócrita y corrupto (como los de la dinastía reinante en Arabia Saudí) porque es como Mahoma, un hombre justo que tiene los pies sobre la tierra, un comerciante guerrero que tiene el corazón puro y el espíritu abierto a las revelaciones del Todopoderoso, como el Profeta<sup>35</sup> Pero es

---

<sup>35</sup> Sin embargo el ataque a las Torres Gemelas del World Trade Center recibirá una firme condena teológica por parte de un líder fundamentalista egipcio: «Sorprendentemente, el actual líder de Gama'a en Egipto, Karma Zuhdi, denunció públicamente a Osama Ben Laden y Al Qaeda. En una entrevista desde la cárcel de Tura al semanario *Al Musawwar* el 21 de junio de 2002, dijo: «Condenamos enérgicamente los ataques del 11 de septiembre... estos ataques dañan al islam y a los musulmanes. Fueron ilegales» dijo, ya que «matar a comerciantes es *haram* y el World Trade Center (WTC) estaba repleto de hombres de negocios. Fue también un pecado desde el punto de vista islámico si fueron musulmanes quienes perpetraron los ataques, al matar mujeres inocentes, niños y gente mayor y había más de 600 musulmanes en el WTC, todas víctimas inocentes»» (Kristianasen 2002: 20). El movimiento El grupo islámico (*Al gama'a al islamiya*) es la mayor organización islamista radical de Egipto, implicada, junto con el grupo Yihad, en el asesinato del presidente Sadat el 6 de octubre de 1981.

también, claro, un hombre de su tiempo. Un ingeniero y un empresario. La organización terrorista que ha creado obedece a un modelo desconocido hasta ahora. Es el profeta armado y tecnocrático pero desinteresado y solidario que ha alumbrado la era global. El látigo fundamentalista vengador de las injusticias cometidas por los infieles y sus vasallos musulmanes corruptos. Nos cuesta a los occidentales que desconocemos los intensos debates teológico-políticos internos que sacuden al islamismo en general, incluyendo en él lo que algunos llaman el «islamismo moderado», dividido en escuelas antagónicas como no podía ser menos dada su raíz religiosa, entender la relevancia de estos referentes imaginarios, de simbolismo exótico y esotérico para los no musulmanes, pero que animan y nutren sin embargo íntimamente la vida de millones de musulmanes y, en particular, los sueños de muchos jóvenes islamistas radicales, incluso, quizás sobre todo, los sueños de los más elitistas de entre ellos.

En definitiva, ahora más que nunca, Ben Laden y sus compañeros se esfuerzan por construir una imagen que se moldea sobre la representación que los musulmanes se hacen del Profeta. Al igual que él, que tuvo que huir de La Meca idólatra en año 622 y efectuar su hégira hacia Medina, soportando ocho años de audaces golpes de mano y regresando victorioso en 630, Ben Laden huyó de la Arabia Saudí hipócrita por una especie de hégira hacia las montañas áridas de Afganistán, desde donde lleva a cabo su *yihad* guiado por la divinidad. La voluntad de identificación de su grupo con los musulmanes de los primeros tiempos, con los compañeros del Profeta y sus sucesores —cuya ejemplaridad se mantiene viva en todos los que han sido alumnos de la cultura islámica— se refuerza aún más gracias a la dimensión desproporcionada, «heroica», de la guerra llevada a cabo por un pequeño grupo de combatientes contra los dos grandes imperios de la época. (Kepel, 2002; 37-38-40 *passim*)

No es de extrañar, pues, que Osama Ben Laden se refiriera implícitamente, en sus primeras apariciones televisivas, a los atentados del 11-S, *como si de un milagro de Alá se tratará*. Esta es, al menos, la muy interesante interpretación que arriesga Kepel.

Todo el mundo se cuestiona por qué Ben Laden no ha reivindicado jamás los actos que se le atribuyen; en la declaración difundida el 7 de octubre de 2001, en la que imputa a la sola voluntad divina la masacre de Nueva York y Washington («América ha sido golpeada por el todopoderoso Alá en uno de sus órganos vitales»), se esfuerza por presentarla como un milagro: «Alá ha bendecido un grupo de musulmanes de vanguardia, privilegiados del Islam, para destruir América». Y este milagro sirve para conmover los espíritus, para persuadir a los creyentes —con eso cuenta Ben Laden, y marca cuál es el camino justo que se debe seguir. (Kepel, 2002; 40)

Como veremos más adelante de la mano de James Der Derian (2001b), la problemática general del acontecimiento y la del accidente en la era global guarda también una estrecha relación —por ejemplo para Paul Virilio— con la problemática del milagro, pero una relación, por así decirlo invertida, en la cual el accidente es producido, como si de un *milagro invertido* se tratara, por los fa-

llos inconcebibles, imprevisibles de las tecnologías más avanzadas y más sofisticadas pero también más peligrosas. Otra extraña coincidencia accidental en los rasgos no premodernos sino más bien, al contrario, postmodernos de este nuevo tipo de terrorismo. Incluso en cuanto al modo alegórico, mítico y, sin embargo, perfectamente adaptado a un mundo a la vez hipertecnologizado y multicultural, de pensar, de hablar y de actuar (incluso, como veremos, de soñar) de Ben Laden y su entorno inmediato. En todo caso, en contra de las apariencias vulgares y de las interpretaciones inmediatas (Ben Laden etiquetado como un «bárbaro», un «asesino fanático», un «impostor», etc.), una marca sorprendente de contemporaneidad expresada en un código que nos es ajeno, pero que mantiene una curiosa afinidad con la tendencia, propia de la era global, a glorificar el acontecimiento, sea este del signo que sea.

### C) LA NATURALEZA POSTMODERNA DE AL QAIDA

Como lo veremos más adelante en referencia al nuevo tipo de terrorismo emergente en la era global, el tipo de organización muy difusa, multinacional, a la vez segmentada y sin embargo en red, que se deja adivinar en *Al Qaida* («La Base») a pesar del secretismo y de la perfecta invisibilización —la intrazabilidad, dice Gilles Kepel— de sus bien formados agentes, tanto cuando están durmientes como cuando entran en acción, ha llamado poderosamente la atención de los observadores y de los especialistas. Más que de la organización armada terrorista clásica fuertemente enraizada en un medio popular concreto, *Al Qaida* parece situarse a medio camino entre la empresa multinacional perfectamente descentralizada y deslocalizada y el servicio de información e inteligencia tentacularmente extendido a través del planeta. Inaugura un nuevo tipo de organización terrorista que se puede calificar de postmoderna, perfectamente adaptada al medio en el que tiene que desenvolverse, es decir en la actual sociedad mundial globalizada, interdependiente e interconectada. De ahí, también, los interrogantes que suscita su capacidad real de movilización de las masas musulmanes, de defensa de su causa a través de una subversión del orden mundial impuesto por Occidente, del derrocamiento de los poderes corruptos gobernantes en los países musulmanes y de la instauración del Estado islámico<sup>36</sup>, objetivos, sin embargo, declarados de sus acciones. Máxime si se tiene en cuenta la extracción

---

<sup>36</sup> Nos encontramos, de nuevo, ante un problema lingüístico, esta vez, de matiz semántico: los movimientos islamistas persiguen la instauración del Estado *islámico*. Islámico no quiere decir otra cosa que conforme al Islam, o sea auténticamente musulmán. Pero en el caso del ideal del Estado islámico el adjetivo «islámico» no denota una simple realidad sociológica (hay muchos Estados de mayoría religiosa musulmana en el mundo y muchos de ellos no son considerados islámicos por los islamistas) sino que connota un ideal político-religioso preciso: el de un Estado en el que se aplica la *sharia* o ley islámica en todos los ordenes de la vida pública y privada. Sin embargo, el adjetivo «islámico» debería ser genérico, sinónimo de musulmán o de civilización musulmana en general aunque haya adquirido recientemente por extensión en Occidente una connotación integrista o fundamentalista. Por eso es necesario distinguir los dos adjetivos vecinos y a veces peligrosamente confundidos de «islámico» y de «islamista», calificativo este último que se refiere exclusivamente a los movimientos político-religiosos fundamentalistas, sean estos violentos o no.

social de clase media y el grado de formación intelectual y profesional de los cabecillas del 11-S y de algunos de los atentados posteriores que formaban una especie de elite dentro de la organización —«musulmanes de vanguardia, privilegiados del Islam», dirá de ellos Osama Ben Laden— y que, sobre todo, eran conscientes y orgullosos de serlo. Estos elementos de microsociología del terrorismo global, indispensables para el estudio y la interpretación del fenómeno, habrán de ser retomados con más generalidad y sistematización en la Segunda parte de esta indagación. Aquí lo que importa es aproximarse a las características organizativas, las formas de pensar y de actuar, así como a los orígenes históricos de una organización como *Al Qaida*. Para ello es necesario, como propone Kepel, remontarse a los orígenes recientes del movimiento islamista en la victoriosa *yihad* de los muyaidin de Afganistán contra los soviéticos, el prestigio militar que adquirirán y su posterior poder de irradiación politico-religiosa, de la mano de los talibán a través de todo el mundo musulmán, especialmente entre los jóvenes más idealistas y más dispuestos al combate militar o a la acción violenta (incluida la autoinmolación) contra los enemigos del Islam. Esta es su respuesta.

La experiencia de los campos de entrenamiento alrededor de Peshawar por los que pasaron, durante los años ochenta y luego durante los noventa, miles de militantes, con su formación mixta «salafista-yihadista», combinando la presión ideológica del ultrarrigorismo religioso y la fascinación de la violencia como panacea, proporciona sin duda alguna de las claves de la elucidación. (Kepel, 2002; 42)

Pero subsiste el misterio que envuelve a la forma de pensar y actuar de estos activistas del terror. O sea, de nuevo, el enigma de sus sueños. Algunos de los aspectos más desconcertantes, no sólo en cuanto a los objetivos (es decir, en cuanto a la imprescindible indagación judicial e histórica de los motivos y de los móviles de los asesinos) o en cuanto a la misteriosa estructura organizativa de *Al Qaida*, sino en cuanto a la misma manera de pensar y de actuar de sus miembros, nos han sido parcialmente revelados a través de las actas de un juicio que se estaba celebrando en Nueva York, precisamente en el año 2001, a poca distancia de la Torres Gemelas. Este caso, conocido como «UNITED STATES OF AMERICA versus USAMA BIN LADEN *et alia*» (2001) en que se imputaba a los presuntos autores de los atentados de 1998 contra las embajadas de los Estados Unidos en Nairobi y Dar es-Salaam que costaran la vida a más de doscientas personas, proporcionará, a su vez, materiales sorprendentes. Jamal Ahmad Al-Fadl, es considerado uno de los primeros lugartenientes de Osama Ben Laden (al que llaman, dentro de *Al Qaida* el «Supervisor»). Este acusado se convirtió en el confidente principal del gobierno estadounidense antes de los atentados del 11-S.

Pregunta: *¿Está usted presente cuando Ben Laden ha desvelado lo que iba a hacer después de la salida de los Rusos de Afganistán?*

Respuesta: Sí, dijo que quería crear un grupo, su propio grupo.

P.: *¿Para hacer qué?*

R.: Decía que hacía falta un califato. Que los musulmanes tenían necesidad de un líder para la guerra.

P.: *¿Cuál era el nombre de ese grupo?*

R.: *Al Qaida*

P.: *Para entrar en Al Qaida, usted ha hecho «bayat». ¿De qué se trata?*

R.: «Bayat» significa que se jura escuchar a su emir, estar dispuesto en todo momento a obedecer a cualquier orden y de hacer todo lo que se pide.

P.: *¿Se les dijo que tipo de tarea tendrían que cumplir?*

R.: La *yihad*. Ellos te dicen: vete a este país, porque existe una *fatwa* contra ese país. Si ellos te piden que vayas a algún lugar en el mundo para cumplir una misión o alcanzar un objetivo, hay que hacerlo.

P.: *¿Qué es «yihad fardh al-ein»?*

R.: Eso significa que cuando un enemigo ataca a un país musulmán y que los habitantes de ese país no logran expulsarlo, cada musulmán debe ir allá y expulsar a ese enemigo. Hay que olvidarlo todo: su familia, sus hijos, su dinero, sus negocios, todo, y consagrarse únicamente a la *yihad*...

P.: *¿Cuál era la estructura de Al Qaida en su origen?*

R.: En la cumbre estaba Ben Laden. Después por debajo los diferentes comités. Primero el consejo *Shura*, tenían experiencia en la *yihad*. Entre ellos, había uno que había memorizado todo el Corán. Después estaba el comité militar, encargado del entrenamiento, de la compra de armas... El comité financiero dirigía los negocios y los compañías de *Al Qaida*. Había igualmente el comité de las *fatwas* y de los estudios islámicos. Teníamos también un comité de los medios, encargado de nuestro periódico, un informe semanal sobre las actividades de *Al Qaida* en el mundo y sobre la *yihad*...

P.: *¿Cuándo lanzó Al Qaida su primera fatwa contra los Estados Unidos?*

R.: En 1991. Ben Laden y [otros responsables] se reunieron varias veces con este propósito. Después lanzaron una *fatwa*. Esta decía que no podíamos dejar que el ejército americano se quedara en la región del Golfo y se adueñara de nuestro petróleo, de nuestro dinero. Debíamos hacer algo para que se marcharan, debíamos de combatirlos.

P.: *¿Hubo una segunda fatwa, no es cierto?*

R.: Sí, a finales de 1992. Estaba en la casa común de *Al Qaida* para la reunión del jueves. Lanzaron una nueva *fatwa*. Dijeron que el ejército americano había tomado la región del Golfo y que ahora se iba a Somalia. Si tenía éxito allá, su próximo objetivo sería el sur del Sudán, y después se adueñaría de todos los países islámicos. Y después hubo una tercera, a propósito de la presencia americana en La Meca y Medina.

P.: *¿Discutió usted de Somalia con Ben Laden?*

R.: Sí. Dijo que el ejército americano era una serpiente, que su cabeza estaba en Somalia y que había que cortarla...

P.: *¿En que países Al Qaida sostiene a grupos?*

R.: Egipto, Argelia, Libia, Yemen, Siria, Tadjikistan, Filipinas, Líbano... (Jaubert, 2001; 15-20 *passim*)

James Der Derian (2001b: 679-80), por su parte, citaba extensamente otras declaraciones del mismo acusado porque su contenido y el orden jerárquico extraño que parece establecer entre distintos activistas, encabezados por un personaje que no nos queda más remedio que calificar como el «interprete de los sueños», le llamó poderosamente la atención *antes* de que se produjeran los atentados del 11-S. En razón de su extraño tono estas declaraciones resultan reveladoras del carácter visionario, propiamente onírico, de un determinado tipo

de terrorismo, como el terrorismo islamista de *Al Qaida*, y nos hacen penetrar en los arcanos de una mentalidad desconcertante para nosotros porque responde a códigos que nos son desconocidos.

Pregunta: *Durante el tiempo que usted estuvo en Jartum y en Al Qaida, ¿conoció usted a una persona de nombre Abu Muaz el Masry?*

Respuesta: Sí.

P.: *¿Puede usted decirnos si Abu Muaz el Masry es miembro de Al Qaida?*

R.: Sí.

P.: *Puede usted decirnos cual es su especialidad?*

R.: Es miembro también [de un] grupo *jihad* y es muy bueno con [el] soñador (*and he is very good with dreamer*).

P.: *Puede usted explicar en que consiste lo que Abu Muaz el Masry hacía con los sueños?*

R.: Si alguno de los miembros de *Al Qaida* tenía un sueño después del rezo del *fajr*...

P.: *¿El rezo del fajr, F-A-J-R?*

R.: Sí.

P.: *¿Cuando se hace ese rezo?*

R.: Antes del amanecer.

P.: *Bien. Prosiga.*

R.: Si alguien tiene [un] sueño y cree que [el] sueño podría hacerse realidad, va y se lo cuenta. Abu Muaz, tiene una gran experiencia en decir a la gente lo que el sueño va a ser y es un maestro (*scholar*) para eso.

No cabe más que confesar la perplejidad que causan tales declaraciones que podían todavía prestar a risa por su excentricidad pocos días antes de la tragedia Pero es preciso recalcar la anécdota del «interprete de los sueños» porque, al parecer, no debía ser esta práctica interpretativa (propriamente hermética, por tanto) tan anecdótica ni tan excepcional en el entorno inmediato de Osama Ben Laden y en el seno de *Al Qaida* En las transcripciones que se han realizado de un mundialmente difundido vídeo casero, encontrado en Afganistán por las tropas estadounidenses, en el que aparece Ben Laden charlando amigablemente, después del 11-S, con visitantes y allegados suyos, aparecen varias referencias sorprendentes a sueños premonitorios, previos todos a los atentados en Estados Unidos —incluso, en algún caso, peligrosamente delatores según el propio Ben Laden— que habrían tenido varios miembros o simpatizantes de *Al Qaida*<sup>37</sup>. Esta extraña insistencia en los sueños, en sueños coincidentes y repetitivos en los que se revela el imaginario colectivo del que participan los contertulios y que podrían desvelar los secretos mejor guardados de una organización cerrada e intrazable, es ciertamente desconcertante para la mentalidad occidental, como lo es, probablemente también, para un gran número de musulmanes. En todo caso el sueño —manifestación del de-

<sup>37</sup> Vease el Apéndice: «El vídeo de Ben Laden» del libro *11 de septiembre. Historia de un ataque terrorista*, publicado por reporteros y editores de la revista de *Spiegel* (Aust, Schnibben 2002), en el que figuran las transcripciones del dialogo realizadas con ayuda de arabistas de los servicios estadounidenses.

seo según Sigmund Freud— de estos islamistas radicales y violentos es siempre, a través de la transparente alegoría, meridianamente claro: expresa el odio a los Estados Unidos, el mimético deseo de venganza a través de acciones espectaculares y el estado de exaltación visionaria que acompaña a la empresa colectiva de la *yihad*. Sin duda, nos faltan claves culturales necesarias para valorar la importancia que este universo mental autoreferencial parece conceder a unos sueños por lo demás ingenuos. Pero, en contra de la inveterada tendencia racionalista occidental, no podemos obviarlos en este intento de aproximación al pensar, al actuar, incluso al soñar de los que inspiraron el ataque múltiple contra los Estados Unidos, entre otros muchos objetivos terroristas globales *soñables*.

## SEGUNDA PARTE. EL NUEVO PARADIGMA DE VIOLENCIA

### 1. La sociología de la violencia en la era global

La lógica extraña, enigmática, del discurso de *Al Qaida*, reconstruida a retazos en la Primera Parte, nos ha hecho penetrar en un mundo desconcertante. Nos ha mostrado un rostro anacrónico en la era global, en el que, sin embargo, puede reconocerse y con el que se identifica un segmento importante del universo musulmán. Un segmento social aparentemente cerrado que produce un discurso igualmente cerrado, un discurso integrista pero coherente, común a todo el islamismo radical. Este discurso parte de una constatación simple y eficaz: la agresión occidental contra la comunidad musulmana universal (la *umma*), simbolizada por la presencia sacrílega, desde la guerra del Golfo, de bases militares estadounidenses en la proximidad de sus Lugares Santos (La Meca y Medina); la política de aplastamiento sistemático de la resistencia palestina por el gobierno israelí de Ariel Sharon, con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos; por último, el despojo progresivo, planificado y sistemático de las riquezas energéticas de las tierras del Islam por las empresas y los gobiernos de Occidente mediante invasión militar. En respuesta a esta constatación irrefutable, este discurso utiliza una interpretación, también, simple y radical, de la *yihad* entendida como legítima (incluso obligatoria, para el creyente) guerra defensiva, sin cuartel ni piedad, contra los agresores de las tierras del Islam. Sin embargo, este somero buceo en este mundo ignorado y, en definitiva, despreciado por Occidente, nos ha revelado también el otro rostro de *Al Qaida* que nos resulta, a los occidentales, contemporáneo, incluso familiar: su carácter de organización transnacional, cuasi empresarial, de estructura horizontal, en red, descentralizada y muy profesionalizada, multilateral y globalmente financiada. En suma su carácter de organización terrorista global de inspiración fundamentalista pero a la vez de estructura postmoderna.

Estos rasgos contradictorios combinados impulsan a considerar con más detenimiento y, a la vez, con más generalidad, lo que hemos calificado de «terrorismo global», es decir a considerar el problema de las transformaciones experimentadas en la era global por la violencia. En definitiva, a pasar de la consi-

deración de un acontecimiento violento global intencional pero puntual y de las preguntas que suscitan las peculiares características de sus autores a una *sociología de la violencia en la era global*. O sea a retornar a la temporalidad propia de las dinámicas y procesos de larga duración y a sus relaciones con las dimensiones estructurales no sólo socioculturales, político-estratégicas y económicas sino, también, de manera más radical, espacio-temporales, de la globalidad. Por tanto, después de haber concedido al acontecimiento en sí toda la atención que merecía por su singularidad y excepcionalidad es preciso volver a situarlo en el contexto más amplio de la globalización. Una globalización que se caracteriza por la proliferación de amenazas difusas y de riesgos globales.

El periodo de la postguerra fría ha reactivado el debate sobre la transformación de los conflictos internacionales y de los conflictos internos en cuanto a su proyección internacional. Dentro del amplio espectro de conflictividad que abarca este debate, la atención de algunos especialistas se ha centrado en el cambio de naturaleza de los conflictos y en su alejamiento de la problemática tradicional, exclusivamente interestatal, centrada en la guerra convencional entre ejércitos regulares, lógica que imperaba todavía durante la guerra fría aunque ya existieran guerras no convencionales o de baja intensidad. En efecto, la renovación del estudio de los conflictos ha supuesto una toma de conciencia del desdibujamiento progresivo de las fronteras interestatales, incluso en materia de seguridad, en una era global caracterizada por la interdependencia económica creciente y la complejidad de las relaciones entre sociedades y culturas muy diferentes. Desdibujamiento de los límites que ha producido una erosión progresiva de las nociones de soberanía y de territorialidad del Estado y de monopolio de la violencia legítima por parte del Estado (lo que algunos autores llaman la «clausura de la era westfaliana»), convirtiendo en borrosa la línea que antaño separaba, con mucha mayor nitidez, los conflictos internos de los conflictos internacionales, las guerras civiles de las guerras entre Estados. Alejando, por último, en grado extremo, lo que en un tiempo fue la guerra interestatal convencional de la actual confusa combinación de terrorismo global y de guerra contraterrorista global.

Es en el último aspecto, el del terrorismo en la era global, es decir, en la cuestión de la transformación de su naturaleza y de su relación con la estatalidad y la territorialidad ambas dominadas, como veremos, por la creciente *subjetivización de la violencia*, que se centrará el análisis de sociología histórica aquí aplicada como sociología de la violencia que pretendemos llevar a cabo en esta Segunda parte. Tal acento viene dictado no sólo por el impacto local y el alcance global de los atentados del 11-S en los Estados Unidos, sino por la creciente y obsesiva presencia —a la vez global y local (*glocal*)— del terrorismo en nuestra vida cotidiana. Una presencia que, a decir de muchos especialistas, nos seguirá acompañando durante largo tiempo y simultáneamente en todas las partes de un mundo en proceso de globalización. En consecuencia, daremos prioridad a la indagación de la violencia terrorista contemporánea en sus nuevas formas y manifestaciones así como a la interpretación de sus rasgos más inéditos e inquietantes, sobre el complicado estudio de la seguridad como problema global contemporáneo e, incluso, sobre la búsqueda, imprescindible desde la

perspectiva determinista clásica, de las causas del terrorismo. Porque tal estudio y tal búsqueda, aunque imprescindibles, serían prematuras sin una indagación sociológica previa de las formas que adopta un fenómeno central de la sociedad internacional contemporánea. Fenómeno extremadamente inventivo y prolífico, en cuanto a sus modos de autogenerarse y de operar, como lo demuestran, los múltiples terrorismos actualmente activos, algunos muy antiguos, otros recientes y sorprendentes.

## 2. Hacia un nuevo paradigma de la violencia

### A) «LA GUERRA, ESE CAMALEÓN»

La primera constatación que se desprende de un examen rápido de la conflictividad de la sociedad internacional en la emergente era global, lejos de concluir a favor de una reducción drástica de la conflictividad a consecuencia de la mayor interdependencia y comunicación entre las sociedades y las culturas, parece ser, más bien, la de una proliferación de conflictos de intensidad variable, tanto internos como externos, en la que, de nuevo, se manifiesta con renovada fuerza la irreductible pluralidad y heterogeneidad de la sociedad mundial. Llama particularmente la atención la multiplicidad de formas —algunas nuevas, otras antiguas— que adopta la conflictividad en la globalidad, a través de una especie de diseminación e individualización planetaria de la violencia. Tal es la primera constatación que se puede hacer cuando se examinan las nuevas (o no tan nuevas) formas y la naturaleza misma de los conflictos de la postguerra fría. «Conflictos locales, periféricos, indirectos, asimétricos...», son algunas de las adjetivaciones que se han utilizado para dar cuenta del carácter polimorfo del fenómeno de la violencia en la década de los noventa (Bigo 1998: 309). «La guerra, ese camaleón», decía bien Clausewitz.

Sin embargo, este reconocimiento del carácter polimorfo de los conflictos contemporáneos no ha sido siempre claramente percibido por los especialistas. Esto era particularmente cierto durante las distintas fases de guerra fría, dominadas como eran —a pesar de la variedad de naturaleza ya existente entre los conflictos (por ejemplo, en el Tercer Mundo)— por el conflicto central entre los dos bloques ideológicos, económicos, políticos y militares antagonistas del Este y del Oeste y la estrategia nuclear de disuasión de naturaleza, en definitiva, estatal. Será sólo a partir del fin de la bipolaridad cuando el interés de los estrategas y hombres políticos se dirigirá hacia cierto tipo de conflictos, considerados menores durante largas décadas. Es lo que nos recuerda Didier Bigo (1998) desde el inicio de su trabajo sobre la sociología contemporánea de los conflictos al hablarnos de la búsqueda «de una renovación teórica de los estudios sobre la guerra, a favor de un nuevo paradigma de la violencia». Existe sin embargo, según Bigo, una clara división en la forma de abordar la cuestión entre un planteamiento de tipo más tradicional, intelectualmente en continuidad con los que se realizaban durante la guerra fría, que discuten «la relación entre conflicto y orden internacional después de la bipolaridad» y un planteamiento más novedoso,

de carácter incluso microsológico o psicosociológico, que «pone el acento en el hecho de que si los conflictos, las guerras, la violencia se transforman, es porque emerge una nueva relación de los individuos al espacio y a las solidaridades sociales» (Bigo 1998: 309-10).

Se pueden distinguir así dos corrientes de pensamiento en relación a la interpretación del fenómeno contemporáneo de la guerra y de la violencia, en general. La primera corriente, mayoritaria entre los estudiosos de las relaciones internacionales, tiende a privilegiar, desde una perspectiva «macro», las transformaciones intervenidas desde el fin de la guerra fría *a nivel de la estructura* del sistema diplomático-estratégico internacional como marco explicativo global de las formas contemporáneas de la violencia. La segunda corriente, minoritaria, pone al contrario el acento, desde una perspectiva «micro», en la necesidad de indagar más finamente las transformaciones ocurridas, desde mucho antes del fin de la guerra fría, *a nivel de los individuos*, en los procesos mentales, en los conflictos de identidad y en las prácticas sociales, como vía interpretativa de las múltiples figuras de la violencia contemporánea en las condiciones propias de la era global emergente.

La primera corriente identificada por Bigo, no es, sin embargo, homogénea. En su seno, los autores se dividen, a su vez, en dos grandes tendencias cuyos representantes pueden ser calificados, dada la coloración subjetiva de su postura ante el debate central sobre el porvenir de la guerra, de «optimistas» unos, de «pesimistas» otros. La primera tendencia —la de los optimistas— reúne a algunos de los autores más famosos en Relaciones Internacionales. Su lema común podría ser el de «una muerte de la guerra». La segunda tendencia —la de los pesimistas— podría hacer suyo el lema de «un bello porvenir para la guerra». En conclusión, afirma Bigo: «lo esencial del debate gira en torno al porvenir de la guerra después de la bipolaridad y por tanto, sea cual sea su postura, todos estos autores creen que el cambio de estructura del sistema internacional provocado por la caída del muro de Berlín y el derrumbe del Pacto de Varsovia es el principal responsable de la modificación de las formas contemporáneas de la violencia.» (Bigo, 1998; 310). No tiene sentido entrar a debatir aquí estas divergencias subjetivas que corresponden a un estado superado de la cuestión, condicionado por la inmediata postguerra fría. Interesa más, en cambio, encontrar en la clasificación previamente propuesta por Bigo de dos principales corrientes de pensamiento sobre la violencia contemporánea, la misma divergencia de perspectiva que rige toda esta indagación: la oposición entre la consideración privilegiada de la transformación de las *estructuras*, por una parte, y la consideración privilegiada de la transformación de los *agentes*, por otra. Oposición que recorta, de otra forma, la oposición que hemos establecido desde la Introducción entre *proceso* y *acontecimiento*.

## B) LAS METAMORFOSIS DE LA CONFLICTIVIDAD EN LA ERA POSTWESTFALIANA

Más pertinente desde la perspectiva de esta indagación, que es la de privilegiar la trama del acontecimiento sobre el proceso estructural, parece la posición adoptada por la minoría de los internacionalistas que se aleja de los plantea-

mientos sistémicos dominantes centrados en el fin de la bipolaridad como principal factor explicativo, es decir, la posición adoptada por aquellos investigadores que orientan su investigación hacia la búsqueda de las raíces microsociológicas de las «metamorfosis de la conflictividad». Raíces microsociológicas que están sin embargo condicionadas, como lo recuerda Didier Bigo (1998: 311), por procesos y evoluciones de ritmo lento, es decir de carácter macrosociológico (como la transformación de los Estados, la clausura de la era westfaliana o el fenómeno de la privatización de la violencia). Evoluciones que derivan del proceso de globalización de la sociedad internacional y, sobre todo, en compleja interacción con este, de su repercusión en el seno de las distintas sociedades particulares que son las que padecen con más visibilidad y mayor vulnerabilidad las distintas formas de violencia.

Sería entonces menos el sistema internacional el que estaría en juego que la dificultad del Estado contemporáneo en cumplir las funciones que le asigna la tradición filosófica. Y en particular la del monopolio de la violencia sobre su territorio. Serían las mutaciones de las sociedades, las dinámicas de solidaridades y de exclusión que las atraviesan y que se proyectan a menudo más allá de las fronteras, las que estarían entonces en el corazón de las modificaciones contemporáneas de la violencia (Badie y Smouts, 1992, 1995; Bigo, 1992; Braud, 1993; Eberwein, 1995; Hassner, 1996a, 1996b; Lebow, 1997; Wieviorka, 1996).» (Bigo 1998: 310-1)

La proposición fundamental está expresada en la última frase que recoge la hipótesis principal articulada, por primera vez, por Bertrand Badie y Marie-Claire-Smouts en *Le retournement du monde. Sociologie de la scène internationale* (1992). El reverso del escenario internacional al que se habría dado vuelta como se da vuelta a un guante, es, evidentemente, la *sociedad*. En este vuelco del mundo, son las sociedades y las relaciones sociales —es decir las «dinámicas de solidaridades y de exclusión»— las que han irrumpido definitivamente, según estos autores, en el escenario internacional y que, en adelante, lo protagonizarán junto con los Estados, las organizaciones internacionales y las empresas transnacionales. No cabe duda que este enfoque histórico-sociológico ciertamente difícil de conceptuar a partir del esquema clásico dominado por el paradigma estatal y la primacía de lo político, abre múltiples posibilidades al estudio de la sociedad internacional contemporánea en la época de la globalización. Devuelve a los actores sociales (ahora globalizados) su protagonismo internacional y, por consiguiente, abre también una vía a la posibilidad de encarar teóricamente el fenómeno de «las modificaciones contemporáneas de la violencia» (y más específicamente, en nuestro caso, del fenómeno del terrorismo) que encuentra precisamente su raíz y su caldo de cultivo en «las dinámicas de solidaridades y de exclusión que atraviesan (las sociedades) y que se proyectan a menudo más allá de las fronteras»(Bigo 1998: 311).

### C) ¿NOVEDAD O EVOLUCIÓN?

El debate entre las dos corrientes de análisis e interpretación de las modificaciones contemporáneas de la violencia en un escenario internacional en vías

de globalización se ve, sin embargo, obstaculizado, no sólo por el distinto origen geográfico y cultural de sus representantes (y la persistente estanqueidad de sus academias), sino también porque las referencias temporales que utilizan y la periodización histórica que establecen es distinta, aunque ambas corrientes estén igualmente empeñadas en dar cuenta del cambio que se ha producido en la naturaleza de la conflictividad en la sociedad internacional. La corriente dominante, cuya perspectiva es, en definitiva, estatalista y atenta, en consecuencia, a las transformaciones inmediatas del sistema interestatal y a las modificaciones de sus equilibrios diplomático-estratégicos, padece de una doble fijación intelectual e ideológica en el final de la guerra fría. Primero, en cuanto referencia temporal privilegiada del cambio en el sistema diplomático-estratégico internacional y, segundo, en cuanto demostración histórica del triunfo del liberalismo sobre el socialismo. La corriente minoritaria tiende, en cambio, desde una perspectiva socio-histórica más amplia, no exclusivamente centrada en el sistema interestatal conformado por las potencias centrales del sistema, a relativizar la relevancia del fin de la bipolaridad como referente temporal privilegiado y exclusivo del cambio en la evolución de la sociedad internacional y, en particular, de las «prácticas sociales de la violencia». Una actitud muy propia, por lo demás, de los historiadores.

Por utilizar la terminología adoptada por Celestino del Arenal (1993, 2002b) para el análisis de la naturaleza del *cambio* en la sociedad internacional contemporánea, podríamos decir que la corriente dominante en Relaciones Internacionales manifestaría, en torno al problema de las transformaciones recientes de la naturaleza de los conflictos, una preferencia marcada por la toma en consideración de los factores de manifestación rápida, de acción inmediata, que afectan principalmente al *sistema diplomático-estratégico*, mientras que la corriente minoritaria optaría, preferentemente, por la toma en consideración de los factores de cambio de acción profunda y a largo plazo, que afectan a la naturaleza del *sistema internacional* en general, entendido este como el complejo conjunto de las relaciones culturales, políticas, sociales y económicas que entretejen la sociedad internacional, concebida como un todo. En cualquier caso, nos encontraríamos ante algo más que un simple debate de escuelas. Nos encontraríamos ante un desajuste de temporalidades o, como sugiere Bigo, ante una ausencia de sincronía en los «tipos de mirada» sobre un mismo fenómeno, el de la violencia contemporánea. Constatación que, de ser cierta, no dejaría de tener consecuencias políticas y estratégicas, dentro de un mismo universo cultural y político como es el occidental, y que podría, quizás, explicar algunos de los desencuentros intelectuales, políticos, diplomáticos y estratégicos entre europeos y estadounidenses en relación a las modalidades de la guerra contra el terrorismo internacional escenificados en la última crisis diplomático-estratégica internacional. He aquí como presenta Bigo esta divergencia cronológica y de escala entre las dos corrientes en cuanto al enfoque analítico y a la interpretación histórico-política de la transformación de los conflictos.

Es difícil zanjar entre estas tesis porque el análisis se complica por el hecho de que los cambios en los tipos de prácticas sociales de la violencia y en los tipos

de mirada que se fijan sobre ella no se producen en el mismo momento. Para la primera corriente de autores, a menudo de origen americano (optimistas o pesimistas reunidos), se puede hablar de novedad puesto que las transformaciones constatadas se deben al cambio de marco estratégico. El fin de la bipolaridad es la explicación principal de las modificaciones de los conflictos... Según la segunda corriente, las transformaciones de los conflictos tienen veinte, treinta o cincuenta años. Existían ya, pero como entorpecían la visión de la estabilidad bipolar, se rehuía hablar de ellas, se ignoraban. (Bigo 1998: 311-2)

Esta discrepancia entre las dos corrientes en la elección de los parámetros temporales del análisis de la transformación de los conflictos, debida a la creencia, por parte de la corriente dominante, en la veracidad histórica de la teoría de la «estabilidad bipolar» y, por tanto, en la virtud explicativa del fin de la bipolaridad para dar cuenta de la desestabilización de unas relaciones internacionales entendidas exclusivamente como relaciones interestatales, dictará las conclusiones divergentes de ambas corrientes, que además, como es lógico dada la discrepancia añadida en cuanto a la elección del objeto del análisis (relaciones diplomático-estratégicas interestatales *versus* prácticas sociales de la conflictividad), no se referirán a los mismos fenómenos.

En efecto, para la primera corriente: «Lo que es central, es el fin de los apoyos de las grandes potencias a sus aliados locales, es la búsqueda de otros recursos para la economía de guerra, es el retorno de los odios étnicos y religiosos y el fin de la primacía de lo político. La disuasión ya no juega, las potencias locales recuperan sus ambiciones, los gobiernos débiles ya no son sostenidos desde el exterior para reprimir su población y se derrumban por falta de legitimidad» (Bigo 1998; 311). En cambio, para la segunda corriente: «Estas modificaciones de los conflictos se deben a la imposible generalización de un sistema westfaliano a escala planetaria, a la transnacionalización creciente del mundo, a la modificación de las relaciones entre territorio e identidades. Si se observan transformaciones en las prácticas sociales de la conflictividad, el periodo clave es el de los años setenta, el de la invención de nuevos repertorios de acción para los combatientes, utilizando la mediatización, la implicación de terceros a nivel de sus sociedades en el conflicto, las prácticas de violencia deslocalizada...» (Bigo 1998; 311-12).

«En breve, lo que es percibido como una novedad postbipolar por algunos autores de éxito es, en realidad, bastante más antiguo. La relación de causa a efecto entre cambio del marco internacional y modificación de los conflictos es eminentemente discutible» (Bigo 1998; 312). A partir de esta línea de divergencia interpretativa sobre el origen y las causas de la transformación de los conflictos se puede organizar la literatura académica de Relaciones Internacionales sobre el tema en dos grandes conjuntos. Por un lado, el conjunto de las principales tesis de la corriente dominante que han entrado en competición por el «monopolio de la explicación legítima» del periodo postbipolar: es decir, las tesis optimistas del fin de la historia o de la unipolaridad, y las tesis pesimistas de la turbulencia y del caos, del *clash* entre civilizaciones, etc. Por otro lado, está la lectura alternativa minoritaria de los conflictos contemporáneos que tiene en cuenta las transformaciones que afectan al sistema westfaliano y la relación cre-

ciente entre las metamorfosis de la violencia y la «subjetivización de la violencia» (Bigo 1998: 312). Es esta última lectura la que centrara nuestro interés en esta indagación porque parece la propuesta interpretativa que más nos puede acercar al «espíritu del terrorismo», por utilizar la fórmula de Baudrillard. Es, en todo caso la interpretación con la que más resuenan las características micro-sociológicas contradictorias que hemos percibido en el fenómeno *Al Qaida*.

### 3. Subjetivización de la violencia

El tema de la *subjetivización* de la violencia es, como no podía ser menos en la era de la globalización, un tema complejo, multidimensional y controvertido, que requiere un abordaje multidisciplinar cuyos resultados, aunque discutidos entre los especialistas, demuestran ser fecundos y esclarecedores en relación a las nuevas formas y manifestaciones del terrorismo, y del terrorismo global en particular. En la última parte de su estudio de la cuestión de la naturaleza contemporánea de los conflictos, intitulada «Conflictos, Estados e individuos: ¿onda o corpúsculo?», Didier Bigo combina los aportes de distintos investigadores, sociólogos, politólogos, internacionalistas, en torno a dos temas: el de «la clausura del sistema westfaliano y el mundo postinternacional» y el de «la subjetivación de las identidades y violencia». Aparcaremos, por el momento, el primero de estos temas, el de la clausura del sistema westfaliano y el mundo postinternacional. Tema que, sin embargo, cruza transversalmente, muchas de las otras aproximaciones posibles a la reestructuración de una sociedad internacional en vías de globalización en la que el Estado postwestfaliano se ve forzado a buscar una nueva funcionalidad multinivel. Y encararemos preferentemente el segundo tema, el de la subjetivación de las identidades y violencia.

#### A) IDENTIDADES, SUBJETIVIZACIÓN DE LA VIOLENCIA Y TERRITORIALIDAD

La primera propuesta interpretativa procede del sociólogo Michel Wierwiorka cuyas investigaciones se han centrado en la relación existente entre identidades y violencia en distintos contextos socioculturales y políticos azotados por diversas formas de violencia. En todos estos contextos se descubren «casos de figura donde las identidades ligadas a la hypermodernidad reestructuran de manera distinta las relaciones a la violencia». Desde su perspectiva sociológica, Wierwiorka (1998) pone, por tanto, el acento en la crisis de la modernidad y tiende a minimizar las explicaciones de las metamorfosis de la violencia por las transformaciones acaecidas en el marco internacional o la clausura del sistema westfaliano, es decir que «estima que la crisis de la modernidad es tal que, en adelante, los conflictos sistémicos de la era anterior han perdido su papel estructurante», lo que le conduce a «poner de relieve lo infrapolítico y lo metapolítico de la violencia contemporánea». «La violencia remite entonces bien a una subjetividad negada, rota en relación a sí misma o al otro, bien a una significación no negociable de alcance religioso, ideológico o ético (Wierwiorka, 1998)». (Bigo 1998: 335). Al constatar que «las identidades ligadas a la hipermoderni-

dad reestructuran de manera distinta las relaciones a la violencia», la interpretación de Wierviorka no deja de ser esclarecedora con relación al terrorismo global, cuyo rostro post- o hiper- moderno nos ha sido mostrado por *Al Qaida* a la vez que nos ha revelado su rostro fundamentalista no negociable. No es posible negar, por otra parte, la dimensión metapolítica de la empresa de *Al Qaida* en la medida en que esta se presenta como una manifestación violenta hipermoderna de un islamismo radical global, es decir universal y desterritorializado.

Sin embargo, esta aproximación esclarecedora por la vía de la «subjetivización de las identidades y la modificación de las solidaridades» que se inscribe en la línea de las indagaciones sobre «lo internacional sin territorio, en particular en relación a lo infrapolítico» de Bertrand Badie y Marie-Claude Smouts (1996), no parece ser suficiente, en opinión de Didier Bigo, precisamente en cuanto que estas transformaciones microsociológicas deben ser «más puestas en relación con el territorio y lo político» (Bigo 1998: 336), entre otras dimensiones. En efecto, más allá del necesario rescate sociológico de una particular relación al espacio y a la dimensión política propia del fenómeno de la violencia contemporánea, este fenómeno no deja de ser mucho más complejo, puesto que en él se manifiestan múltiples rasgos propios de la postmodernidad: «No es sólo infrapolítica y no es en absoluto caótica. Está en relación con la negación, la obsesión de la muerte en la edad postmoderna del neoliberalismo y del consumo (Nietzsche) (Der Derian, 1997). Está en relación con una privatización de la violencia que impide hablar de organizaciones combatientes (Bozarlan, 1998; Héritier, 1995)» (Bigo 1998: 336). En definitiva, existen numerosas características del fenómeno contemporáneo de las metamorfosis de la violencia que indican la existencia de una correlación entre la subjetivización de la violencia y la territorialidad política. Correlación que se manifiesta a través de un haz de fenómenos relacionados con la experiencia de la espacialidad propia de la era global, en forma de nuevas percepciones de la relación (incluso virtual) al territorio y de nuevas formas de organización (por ejemplo, en red) por parte de los actores implicados.

Hemos intentado... establecer una correlación entre estos dos temas de la subjetivación de la violencia y de la territorialidad política, al insistir sobre la capilarización de la violencia, la transnacionalidad y la contiguidad virtual de los territorios, la multiplicidad de actores y su relativa invisibilidad, la transformación de las relaciones de «vecindad» y el juego de las redes que modifican los objetivos del conflicto en el que la lucha por el reconocimiento se articula de manera diferente con la relación al territorio (Bigo, 1995)... algunas conclusiones muy provisionales pueden ser extraídas de la combinación de esta subjetivización de las relaciones de fuerza y de la microfísica de estas relaciones de poder y de obediencia que deriva de la clausura del sistema westfaliano (Bigo 1998: 336)

Son estas características nuevas de la violencia en la era global, complementarias de la subjetivización de las identidades y la modificación de las solidaridades indicadas por Wierviorka, que Bigo va a analizar sucesivamente. Llama de todas maneras poderosamente la atención la pertinencia de la mayoría de los rasgos mencionados por Bigo si los aplicamos al tipo de terrorismo glo-

bal practicado por *Al Qaida* y las redes similares, asociadas o no, con este grupo. Hasta el punto de debería obligar esta coincidencia a conceder a la red de redes tejida, en muy pocos años, por Osama Ben Laden y sus inmediatos colaboradores, el estatus de paradigma de organización terrorista en la era global, porque en ella parecen combinarse a la perfección los rasgos más contradictorios y explosivos pero también más acordes con la globalidad del terrorismo contemporáneo. Por citar sólo algunos de estos rasgos coincidentes entre el análisis de Bigo (basado, evidentemente en formas de terrorismo anteriores) y *Al Qaida*: la negación, obsesión de la muerte (hasta en la autoinmolación sacrificial de sus «mártires»<sup>38</sup>); la privatización de la violencia (manifiesta en su organización y financiación de tipo empresarial); la capilarización de la violencia, la transnacionalidad y la contigüidad virtual de los territorios, la multiplicidad de actores y su relativa invisibilidad (como método operativo desterritorializado en la era global); el juego de las redes que modifican los objetivos del conflicto en el que la lucha por el reconocimiento se articula de manera diferente con la relación al territorio (como estrategia global en la que el territorio ha dejado de contar porque el objetivo se universaliza). Incluso cabría encontrar una relación entre el vínculo tradicional de lealtad (*bayat*) que ata los miembros de una organización como *Al Qaida* al «Supervisor» Osama Ben Laden y «la combinación de subjetivación de las relaciones de fuerza y de la microfísica de relaciones de poder y de obediencia que deriva de la clausura del sistema westfaliano» (Bigo 1998: 336). Clausura del sistema westfaliano representada aquí, a ojos de los islamistas radicales, por el fracaso histórico de los Estados del mundo musulmán. Mezcla por tanto de temporalidades heterogéneas, diacronía remanente en el seno de la sincronía global. Desde el lazo feudal que vincula personalmente al súbdito con su emir hasta la hipermodernidad de una organización libre de soberanía estatal (*sovereignty free*), las paradojas abundan en el mundo de *Al Qaida* y del terrorismo global, como en la propia globalización.

#### B) SIMULACRO DE IGUALDAD ENTRE ACTORES DE NATURALEZA Y FINES DISTINTOS

Entramos de lleno en el fenómeno del terrorismo global en la era de la simultaneidad a escala planetaria, al considerar la capacidad *virtual* que poseen actores muy desiguales, en términos de legitimidad o estatalidad, territorialidad, poderío económico y poderío militar, de enfrentarse simbólica y mediáti-

---

<sup>38</sup> «Antaño —dice Ulrich Beck— los terroristas intentaban salvar la vida después de cometer su delito. Los terroristas suicidas extraen una enorme fuerza destructiva de la renuncia premeditada a su propia vida. El que perpetra atentados terroristas es, por así decir, la antiimagen más radical del *homo oeconomicus*. Puesto que no conoce freno económico o moral alguno, es vehículo de la atrocidad más absoluta. El acto suicida y el terrorista suicida son *singulares* en sentido estricto. Ni el suicida puede cometer dos veces un atentado suicida ni es necesaria ninguna autoridad estatal que lo declare culpable. Tal singularidad queda sellada con la simultaneidad de acto, autoinculpación y autoextinción.» (Ulrich Beck 2003: 30).

camente en un «simulacro de igualdad» *como si* fueran adversarios comparables, casi iguales, en definitiva *como si* fueran Estados (ficticios) en pugna contra Estados (reales). La noción de «guerra asimétrica» ha sido evocada por múltiples analistas con motivo del desafío global de *Al Qaida* a la potencia hegemónica. Sin embargo, este fenómeno de la guerra asimétrica es más antiguo, puesto que se ha manifestado durante décadas, en localizaciones geográficas diversas, en múltiples situaciones de abierto desafío a la autoridad instituida de los gobiernos protagonizadas por actores que «están en condiciones de luchar simbólicamente y mediáticamente según un simulacro de igualdad, con los gobiernos» (Bigo 1998: 336). El desafío incide, en estos casos, de manera frontal en los «fundamentos de los Estados al poner en cuestión su pretensión de ser las únicas fuentes de poder legítimo sobre un territorio delimitado por fronteras» (Bigo 1998: 337). Sin embargo, el terrorismo, que contesta radicalmente y disputa con las armas en la mano el monopolio político de la violencia legítima detentado por el Estado, no parece tener como objetivo principal «la conquista territorial y el acceso al poder», o sea no tiene —este punto es decisivo a la hora de entender el espíritu del terrorismo y la peculiar relación que establece entre violencia y política— vocación de gobierno, es decir, vocación de poder político en la forma institucionalizada de un proyecto de gobierno, sino que persigue una especie de reconocimiento de existencia o de legitimidad, de ahí que, con prioridad, busque «la dimensión simbólica de lo político» (Bigo 1998: 337). Es en esta línea interpretativa, muy ceñida a su objeto, que Bigo desarrolla, con formulas impactantes, su análisis político para poner de relieve la asimetría radical entre la lógica política estatal gubernamental y la lógica política terrorista no gubernamental. En definitiva, entre el Estado y el terrorismo, existe, por tanto, no solo una *asimetría* evidente en los medios sino una *disimetría* radical en los fines.

La multiplicidad de actores, que, aunque teniendo distribuciones de capacidades fundamentalmente distintas, están en condiciones de luchar simbólicamente y mediáticamente según un simulacro de igualdad, con los gobiernos, cambia el principio del enfrentamiento singular entre dos adversarios de misma naturaleza. Aunque ínfimos, estos actores «libres de soberanía» agreden en sus fundamentos los Estados al poner en cuestión su pretensión de ser las únicas fuentes de poder legítimo sobre un territorio delimitado por fronteras. Este ataque más simbólico que militar es a menudo mal analizado. En efecto, estos actores tienen capacidades a menudo fundamentalmente diferentes y no pueden implicarse en un combate militar sobre una base territorial, al igual que el desplazamiento de las fronteras no es un medio de terminar una guerra como lo suponían el concierto de las potencias y la concepción realista del mundo westfaliano. Deben por lo tanto jugar con su débil visibilidad, con una cierta clandestinidad para no ser erradicados. Sus objetivos son otros que los de los gobernantes. No persiguen la conquista territorial y el acceso al poder, pero a menudo la perturbación y el acceso a negociaciones. Persiguen menos el Haber que el Reconocimiento. Buscan la dimensión simbólica de lo político. La relación entre violencia y política no es por tanto idéntica a la que existe en el seno de un proyecto de gobierno. A partir de ahí, las percepciones de los actores no gubernamentales sobre los objetivos de los conflictos no son (y sin duda no han sido

nunca, incluso durante el periodo bipolar) analizables en el seno del mismo universo social y estratégico que el de los actores estatales llamados centrales. Las lógicas de acciones de los actores son diferentes y no fusionan necesariamente en el acto mimético de matar. (Bigo 1998: 336-37)

Al igual que el análisis permite diferenciar en la relación entre política y violencia los universos de los actores estatales y de los actores no gubernamentales, la violencia ella misma «debe ser desconstruida en violencias», lo que obliga al analista a penetrar («con minucia», como dice Bigo) en la labor hermenéutica de «la recomposición de las significaciones».

La violencia debe ser desconstruida en violencias (Pécaud, 1987, 1994) y cada una de entre ellas debe ser analizada con minucia, considerándola al mismo título que los otros actos, en el seno de un repertorio de acción posible. Así, si se intenta una recomposición de las significaciones, el territorio es a veces secundario a ojos de las organizaciones no estatales y es ante todo una lucha por el reconocimiento la que determina el objeto del conflicto. Incluso la victoria militar no parece determinante en algunos casos, en los que, paradójicamente, la derrota militar puede ser un recurso útil en el seno de una estrategia sacrificial, más interesada por la movilización simbólica que por la conquista territorial (Nicolas 1992). (Bigo 1998: 337-38)

La paradójica «estrategia sacrificial», mejor *martirial*, es decir etimológicamente, testimonial, ha sido, como sabemos, practicada y probablemente largamente meditada por los dirigentes de *Al Qaida* antes de provocar los atentados monstruos del 11-S. Nos encontramos ciertamente en este caso ante formas paroxísticas de violencia en relación a los antecedentes históricos en los que Bigo basaba sus análisis en 1998, pero estas nuevas formas se inscriben de igual manera que las anteriores dentro de una lógica distinta —sin duda, también, dentro de una racionalidad distinta— a la lógica estratégica y al cálculo racional del actor estatal clásico, aunque comandada por un objetivo de agregación de fuerzas y de éxito final, como sería, en el caso de *Al Qaida*, la movilización de las humilladas masas musulmanas. ¿Deberíamos entonces pensar, que la apuesta estratégica de Osama Ben Laden, de sus colaboradores de *Al Qaida* y, probablemente, también, de sus aliados talibanes haya consistido realmente en considerar que «la derrota militar puede ser un recurso útil en el seno de una estrategia sacrificial, más interesada por la movilización simbólica que por la conquista territorial»? Parece probable que así fuera.

El último de los rasgos puestos de relieve por esta precisa fenomenología de la violencia contemporánea, analizada en el nivel de la microfísica de las relaciones de fuerzas, es la tendencia del terrorismo (bien acreditada por nuestra experiencia histórica) a *persistir* —«sobrevivir como grupo combatiente, existir en sí son objetivos que priman sobre la conquista del poder» (Bigo 1998: 338)— incluso si lo es de forma puramente testimonial. Lo que desde el punto de vista del pronóstico acrecienta hasta el extremo, hasta privarla de todo sentido, la asimetría de la lucha entre la violencia convertida ahora en grupuscular y la violencia institucionalizada del poder gubernamental coercitivo, elimi-

nando, por tanto, definitivamente, todo analogía posible con la guerra —incluso asimétrica— o, como dice Bigo, arruinando «la subida a los extremos, la escalada, la reducción dual».

La lucha por el poder central puede ser marginal, frente a objetivos mucho más limitados, incluso si sus discursos afirman lo contrario. Sobrevivir como grupo combatiente, existir en si son objetivos que priman sobre la conquista del poder. Incluso cuando la causa está perdida, acaso olvidada, se seguirá luchando para existir frente a los otros micro-actores. Poco importa el gobierno en este caso. Es una microfísica de las relaciones de fuerzas la que se instaura *de facto* y arruina la subida a los extremos, la escalada, la reducción dual.» (Bigo 1998: 338-39)

Única y exclusiva hipótesis, esta última (la subida a los extremos, la escalada, la reducción dual), en la que con absoluta propiedad una guerra contra el terrorismo internacional como la pregonada precipitadamente (pero sin duda no inocentemente) por el Presidente George W. Bush podría tener, *en tanto que guerra*, además de sentido e independientemente de los beneficios indirectos para los Estados Unidos de tal proclama en cuanto al reforzamiento de su poderío estratégico y de su control hegemónico del planeta, algún viso de credibilidad y alguna expectativa de posible resolución militar. Entre otras razones, porque, esta hipótesis nos devolvería a las coordenadas clásicas del conflicto bélico ideal, es decir al concepto puro de «guerra absoluta» tal como lo teorizó Clausewitz, y, también, al escenario simple de la guerra fría. Hipótesis anacrónica que nos retrotraería, aunque sólo metafóricamente («la lucha del Bien contra el Mal», el «eje del Mal»...), al dualismo de una configuración sistémica bipolar y, por tanto, a los condicionantes estructurales diplomático-estratégicos anteriores al fin de la bipolaridad, es decir al modelo perdido que ha nutrido por su ausencia y por poco tiempo la perpejidad de la corriente académica dominante en su debate contradictorio en torno al porvenir de la guerra después de la bipolaridad.

### C) REDES DE ACTORES Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

A todas estas características de la violencia contemporánea se suman en la forma de organizarse y de actuar de los grupos terroristas unas particularidades ligadas a las nuevas oportunidades proporcionadas por el proceso de globalizador y las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información. Una de estas características es la organización en redes transnacionales de los actores en competición tanto gubernamentales como no gubernamentales. Las diásporas creadas por los desplazamientos migratorios e interconectadas por las nuevas tecnologías, facilitan la transnacionalización del fenómeno de la violencia terrorista favoreciendo su globalización a través de prácticas deslocalizadas e inmediatamente mediatizadas a escala mundial por los medios de comunicación. Estas capacidades recientes de la acción terrorista en la era global son, a su vez, herederas de la ampliación transnacional del repertorio de acciones inaugurado en la década de los setenta por algunos grupos combatientes, como los Palestinos, de los que aprenderán, entre otros, los grupos islamistas radicales.

Además, ahora, un cierto número de conflictos se desarrollan entre redes de actores en competición que poseen cada uno medios de lucha y recursos que superan la mayoría de las veces el estricto marco «territorial-nacional-estatal» reivindicado, a través de tecnologías que no existían antes y que juegan sobre esta capacidad que siempre ha existido de actuar en red. La escala local o minoritaria se conjuga muy a menudo con un espacio más allá del territorio nacional, que se trate de diásporas procedentes del mismo país, de la presencia de un grupo en grandes metrópolis donde existen minorías que padecen la misma suerte, de encuentros en la inmigración, de proyectos ideológicos próximos, de solidaridades reconstruidas a través de la religión. Algunas de estas redes de actores como las redes palestinas han innovado además en materia de repertorio de acción con los secuestros de aviones, la toma de rehenes... Los grupos combatientes diásporizados, o que habían perdido un anclaje territorial, han visto en estas prácticas de violencia desconectadas de objetivos militares su única oportunidad de modificar en su favor la relación de fuerzas, que les oponían a uno o varios adversarios gubernamentales al jugar sobre lo simbólico y la deslocalización... A lo local patrocinado, después a lo «central-nacional», descrito por Charles Tilly sucedería entonces un tercer repertorio de acción a la vez deslocalizado y transnacional a escala mundial (Tilly 1992). (Bigo 1998: 339-40)

Sabemos el partido que Osama Ben Laden y su red de redes *Al Qaida* han sabido sacar de las oportunidades brindadas por el nuevo «repertorio de acción a la vez deslocalizado y transnacional a escala mundial». De ahí el rasgo de postmodernidad no occidental que hemos percibido en esta organización, rasgo que anticipa en su análisis Bigo.

Este repertorio transnacional de acción es sin duda el rasgo más significativo de lo que algunos sociólogos han llamado la postmodernidad, postmodernidad que está lejos de ser únicamente occidental. Se instituye como modo de expresión de un rechazo global de un sistema de gobierno y de una forma de sociedad. Es un modo de subjetivización de lo político que «desmilitariza» la violencia en algunas de sus formas al retirarle su carácter organizado y «movilizador» de las masas. La violencia se convierte en afirmación identitaria, singularidad de pequeños grupos, desafío lanzado por ciertos actores individuales fuera de toda posibilidad de vencer en una relación de fuerzas con los gobernantes o sus otros adversarios. (Bigo 1998: 340)

Al término de esta inmersión sociológica en el espíritu del terrorismo, quizás entendamos mejor algunas características de un fenómeno que, cuando irrumpe brutalmente en nuestro «mundo de la vida», nos deja a todos mudos, estupefactos y horrorizados. La «violencia se convierte en afirmación identitaria», nos dice Bigo. Algo que ya podíamos intuir. ¿Pero han de esposarse necesariamente, en unas bodas de sangre, identidad y violencia? El nihilismo de la violencia guarda su misterio. Es lo que permanece en el vacío que crea.

Bigo prosigue su análisis refiriéndose a la modificación de la relación a la política interna, al territorio, a la vecindad, a la proximidad *identitaria* opuesta a la proximidad *física*. Fenómenos que acompañan a la transnacionalización de los conflictos y que agravan paradójicamente la brutalidad y la crueldad —el «ensalvajamiento», dice Bigo— de los conflictos internos, de proximidad, entre

facciones rivales vecinas cuyas identidades y solidaridades étnicas o religiosas antagónicas desbordan las fronteras estatales en las que se encuentran aprisionadas sus comunidades. Estos análisis se refieren, por lo tanto, a situaciones de enfrentamiento civil armado entre poblaciones o bandos pertenecientes a un mismo territorio como sucedió en la antigua Yugoslavia o en Ruanda, entre otros muchos casos, situación parecida, a la del entorno conflictivo del refugio provisional encontrado por *Al Qaida* en Afganistán. El hecho de que estos juegos políticos transnacionales se prolonguen más allá del territorio creando «una geografía de los sentimientos, de las solidaridades y no una geografía de la vecindad» (Bigo 1998: 340), no deja de ser una constatación inquietante en la era de las comunicaciones instantáneas y de la globalidad. La fórmula brillante de Bigo: «la proximidad ya no tiene el mismo sentido», remite asimismo a una de las características estructurales fundamentales de la globalización, en tanto que ésta trastoca, por medio de las redes tecnológicas de la comunicación y de la información, las dimensiones espacio-temporales del vivir juntos en el mundo. Es la cuestión del ¿podremos vivir juntos? sobre la que se interroga Alain Touraine (1997). Y es, por ello, aun más preocupante constatar como se desarrolla la fórmula cuando es relacionada con los conflictos transnacionalizados. ¿Como no percibir, aquí de nuevo, una paradójica homología de estructura —eso sí, brutalmente invertida— entre, por una parte, un *comportamiento microsociológico identitario* excluyente por principio (y en su forma más extrema, terrorista) y, por otra, un *proceso macrosociológico universalizante* incluyente por principio (y en su forma más extrema, depredadora) como la globalización? ¿O, como no ver la contradicción manifiesta entre la forma de organizarse y de actuar de las redes violentas, minoritarias y diseminadas que rompen el principio mismo de la vecindad humana y la dinámica globalizadora que, en tanto que proceso masivo, anónimo y homogeneizador, debería de producir el efecto inverso de una aproximación y convergencia global de las sociedades y de las culturas?

Los actores de estos conflictos «desmasificados» (según las veces, organizaciones clandestinas, milicias, minorías combatientes, facciones políticas) son entonces dependientes de las estructuras de juegos políticos internos que fracturan los usos de la fuerza, y les impiden esperar reales cambios si la escatología revolucionaria se agota. La politización de lo religioso en tierras del Islam no tomará el relevo. Fuera de estas últimas, las movilizaciones ya no tienen los mismos significados, a pesar de las amalgamas de los discursos sobre la seguridad. En cambio, estos juegos políticos transnacionales que se prolongan más allá del territorio crean una geografía de los sentimientos, de las solidaridades y no una geografía de la vecindad (Bougarel 1994). Fundamentalmente, como lo subraya François Constantin, la transnacionalización y lo informal internacionalizado hacen que el territorio esté «pasado de moda», y la cronopolítica tiende a remplazar la geopolítica. Las movilizaciones colectivas son limitadas, las bases territoriales también. Las redes competidoras se entremezclan y se lucha contra su vecino. La proximidad ya no tiene el mismo sentido: ya no significa próximo en términos de distancia, sino próximo en términos de identidad, de reconocimiento. Se lucha a proximidad, contra el otro, aunque sea su vecino, y no contra el extranjero más allá de las fronteras. Inversamente, se alía uno a próximos distantes en miles de kilómetros contra esos vecinos que son tan otros y tan distantes (Serres 1972, 1975, etc.)... Esto ex-

plica quizás el «enselvajamiento» constatado en ciertos conflictos porque el vecino territorial tiene menos sentido que antes. La distinción entre un nosotros y un ellos considerados como el enemigo no funciona ya sobre bases territoriales. Los enemigos son múltiples y pueden reconvertirse en todo momento en adversarios reconocidos, eventualmente en aliados, en función de la evolución de las relaciones de fuerzas. Los aliados de ayer o los grupos indiferentes pueden en cambio ser juzgados en todo momento como enemigos, incluso si no están armados. (Bigo 1998: 340-341)

Existen por tanto en el seno del proceso globalizador dinámicas disruptivas extrañas, difíciles de interpretar en términos estrictamente racionales que son capaces de romper las afinidades más evidentes y que remiten probablemente a la desterritorialización de las solidaridades tradicionales o a lo que Alain Touraine llama la «desocialización» de la sociedad (Touraine 1997) y que son una expresión más de las desestabilizadoras variaciones de escala espacio-temporales producidas por la globalidad.

Bigo finaliza su estado de la cuestión de la transformación contemporánea de los conflictos y de la violencia con una problematización de las coordenadas espacio-temporales que no parecen ser las mismas entre los distintos actores en pugna (Estados u organizaciones terroristas). En efecto, sabemos que estos actores internacionales se valen de «las variaciones de escala que les permiten jugar con registros diferentes según las formas de violencia que usan en el mismo momento», lo que nos debería «poner en guardia contra la tentación de unificar el sentido de la violencia demasiado rápidamente», sobre todo en presencia de conflictos «entremezclados» (Bigo 1998: 341, 342). El investigador participa, además, él mismo, de estas variaciones de escala que vienen implicadas por la propia metodología de indagación de la microfísica de las relaciones de fuerzas. Esta reflexión «swiftiana», como dice Bigo en referencia a los trabajos de Rob Walker (1993), nos obliga así a retomar uno de los problemas más complejos implicados por la globalización, el de la subjetivización del espacio/tiempo al que nos hemos referido en la Introducción de nuestra encuesta.

El espacio no es una coordenada absoluta como lo afirman Euclides, Newton o Kant, puede ser relativo (Leibniz, Einstein o Lao Tse). Está lejos de ser siempre homogéneo y territorializado, acotado y cercado por fronteras («*frontaliérisé*») (Bozarlan 1997, 1998); puede ser heterogéneo, polimorfo, multidimensional, entremezclado y a veces incluso no acotado (Moebius). El tiempo también no es forzosamente absoluto y lineal en su desarrollo. Es sujeto a contracción, aceleración, reflexividad. Todo es cuestión de escala, de mirada, de distancia focal. La física cosmológica no obedece a las mismas reglas que la física cuántica. Las coordenadas espacio-tiempo de los Estados no son forzosamente las de los otros actores. ¿Como leer estas últimas? ¿Como pasar de una escala a la otra, utilizando conceptos que no tienen las mismas significaciones en los dos registros? ¿Son el poder, la racionalidad, la soberanía, el espacio, la frontera, según los momentos y las aproximaciones, como la luz, a veces onda y a veces corpúsculo? (Bigo 1998: 341-2)

Deberíamos, en efecto, poder hacer nuestras las formulas utilizadas por Bigo en relación a la subjetivización del espacio/tiempo, porque es así como es

masivamente vivida por los individuos en la era global. Pero es vivida también de forma crecientemente reflexiva, como sostiene Ulrich Beck. En todo caso, es como debería ser conceptualizado hoy el espacio/tiempo en su heterogeneidad espacial y en su no linealidad temporal, no sólo por las ciencias físico-matemáticas, sino también, en razón de los efectos psicológicos, culturales, sociales, económicos y políticos que induce, por las ciencias sociales en general, y por la disciplina de Relaciones Internacionales, en particular. Es necesario retener estas formulas, porque muchas de ellas pueden aplicarse, sin demasiada variación, al propio proceso histórico de la globalización, en tanto que fenómeno que afecta a las coordenadas espacio-temporales de nuestra experiencia del mundo. En definitiva, se trata de recordar que imaginar swifitariamente las variaciones de escala espacio-temporales y las inversiones de perspectiva o de mirada entre macroactores colectivos producidos por la agregación humana, como son los Estados o las organizaciones internacionales, y microactores individuales producidos por la fragmentación humana, como son los grupos terroristas o los propios ciudadanos (sin olvidar, claro, al investigador y su subjetividad), no es sino otra manera de plantear —a nivel de los actores, esta vez— el problema de la disparidad de escala espacio-temporal existente entre el *acontecimiento puntual violento* y el *proceso estructural masivo* (no exento él mismo de violencia). Porque estos fenómenos también «juegan con registros diferentes según las formas de violencia que usan en un mismo momento», sin olvidar en ambos casos la fuerza de la subjetivización, es decir la forma en que estas variaciones de escala son vividas e interiorizadas por la gente y repercutidas o distorsionadas a su vez globalmente por los medios de comunicación e información.

## TERCERA PARTE. EL ACONTECIMIENTO GLOBAL

### 1. El estatus teórico del acontecimiento en Relaciones Internacionales

La sociología contemporánea de la violencia a la que es necesario remitirnos, en cuanto a la explicación de un acontecimiento global violento intencional como el 11-S apela ahora a algo más, requiere su comprensión, es decir reclama una *teoría del acontecimiento en la era global*. Evidentemente, no es posible aislar un acontecimiento del contexto en el que ha tenido lugar y que le da su sentido, ni de las consecuencias que se derivan de él y que transforman su interpretación a través de una serie de acontecimientos-consecuencia. Pero no se trata de indagar aquí las consecuencias militares, políticas, culturales y sociales del 11-S, sino de interpretar teóricamente la inquietante eficacia histórica del acontecimiento en sí en la era global. Eficacia del acontecimiento global y de todo lo que potencialmente presagia. En suma, se trata de interrogar el estatus teórico del acontecimiento en Relaciones Internacionales. Para ello, es necesario esbozar un paisaje teórico dentro de la disciplina. Primero, desde la perspectiva clásica de la sociología histórica que nos proporciona una primera reflexión histórico-filosófica sobre el acontecimiento y su eficacia histórica. Después, desde la crítica al privilegio concedido por la historiografía clásica al aconteci-

miento, es decir a la historia de los acontecimientos, privilegio fuertemente rebatido por la metodología de la escuela historiográfica que opta a favor de la historia de la larga duración. Pero, sobre todo, desde la reciente inserción de la problemática del acontecimiento en una problemática de alcance planetario, en una investigación multidisciplinar en torno al «tiempo mundial». Por último, desde la consideración crítica de la convivencia actual del acontecimiento devenido global con la configuración compleja y contradictoria de un mundo interconectado e hipertecnologizado en vías de globalización, que acaba confiriendo al acontecimiento rasgos inéditos que pueden llegar, mediatizándolo, virtualizándolo, metamorfoseándolo hasta hacernos sospechar de su misma realidad. En efecto, una acción terrorista como el 11-S, mediáticamente convertida en acontecimiento global impone una renovación de la reflexión teórica crítica sobre el acontecimiento en la era global.

Uno de los autores clásicos de la disciplina de Relaciones Internacionales que más ha reflexionado, desde una perspectiva histórico-filosófica, sobre el acontecimiento es Raymond Aron (1905-1983). La reflexión de Aron sobre el acontecimiento se origina en una filosofía crítica de la historia de inspiración neokantiana y weberiana y en una teoría de la acción de corte existencial e individualista que formuló, por primera vez en *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique* (Aron 1986), obra inaugural que inspiraría toda su producción intelectual posterior, incluida su obra teórica en Relaciones Internacionales. La principal afirmación de Raymond Aron en relación al acontecimiento histórico y en particular al acontecimiento internacional, es que este no puede ser entendido aisladamente, sino que debe ser siempre contextualizado, es decir interpretado dentro el marco general de una determinada coyuntura histórica que le confiere su sentido y su explicación. Esta recomendación la dirigía Aron, tanto al académico (sociólogo, politólogo, historiador o especialista de Relaciones Internacionales) como al periodista especializado, al comentarista de la actualidad internacional como él mismo lo fue durante toda su vida: «La interpretación del acontecimiento sólo es válida en la medida en que capta al mismo tiempo su originalidad y el lugar que ocupa dentro de un conjunto, un sistema o un acontecer» (Aron 1983, 1985). Este precepto aparentemente sencillo encierra en realidad dificultades epistemológicas y metodológicas propias de la interpretación histórica —el «circulo hermenéutico» que va y viene incesantemente de la parte al todo en su afán de comprensión— que siempre obsesionaran a Aron: «toda interpretación que respeta y honra a su objeto no puede ni debe evitar el desvío por la época, el medio o cualquier otra expresión que se elija par designar el campo histórico» (Aron 1976: 20). Pero existe un texto mucho más antiguo de Raymond Aron, *Les guerres en chaîne* (1951), en el que este autor se encaraba de manera frontal a la compleja problemática del acontecimiento histórico al analizar el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. En este texto Aron se enfrentaba a la cadena de circunstancias históricas, de casualidades y accidentes (como, en inicio, el atentado de Sarajevo), de errores psicológicos, diplomáticos, estratégicos, que llevaron en pocas semanas, imparablemente, ineluctablemente, al desastre humano de la «Gran Guerra». Aron manejaba en este texto

las herramientas más sofisticadas de las que se podía entonces disponer, en concreto la noción de cruzamiento de series causales heterogéneas elaborada por el matemático francés del siglo XIX, Cournot. De ahí, bajo el esquema entonces científica y filosóficamente dominante de la causalidad, la aparición bajo la pluma de Aron de las nociones de «necesidad» y «accidente», de «lógica» y «azar», de «fallo diplomático» y de «sorpresa técnica» que confieren a este texto de hace más de medio siglo una extraña actualidad sobre todo si lo confrontamos con la terminología actual y la manera de encarar el acontecimiento global de un internacionalista teórico postmoderno como James Der Derian (2001b). Guardan cierta resonancia con nuestra propia actualidad histórica, las conclusiones que sacaba Raymond Aron. En la conclusión, intitulada «Lógica y azares», de la segunda Parte del libro, «Encrucijada de la historia», Raymond Aron construiría a partir de la conjunción de lo que llamaba «series históricas», es decir, la serie completa de concatenaciones o cruzamientos de causas, tendencias y acontecimientos independientes discriminados por el análisis sociológico, que ya fueron interpretados en su desarrollo histórico en la primera Parte del libro («Necesidad y accidentes») la resultante política de este campo de fuerzas como coyuntura histórica, la coyuntura internacional de 1951.

Superación de los Estados nacionales, promoción de los Estados-continente, declive de Europa, revuelta contra Occidente, todos estos fenómenos eran en gran medida previsible porque estaban implicados por la civilización industrial y sus repercusiones materiales y morales. Lo que estaba en cuestión, era el ritmo, la modalidad de estas transformaciones. Las dos guerras las han acelerado prodigiosamente y, al tiempo, dado el carácter de un cataclismo. (Aron 1951: 109-11)

La noción de ritmo y de modalidad seguirá en efecto estando en cuestión, medio siglo más tarde, en la problemática del «tiempo mundial».

## 2. Acontecimiento y tiempo mundial

Encontramos en los trabajos de Zaki Laïdi en torno al «tiempo mundial» uno de los escasos intentos existentes de esbozo de una teoría del acontecimiento desde la perspectiva politológica propia de Relaciones Internacionales aunque inserta en una investigación ampliamente multidisciplinar. La reflexión de Laïdi (1998) sobre el acontecimiento se enmarca en la doble consideración del tiempo y de la mundialización (es decir de lo que nosotros llamamos, al estilo anglosajón, «globalización» y que los franceses persisten en llamar, *mondialisation*, aun cuando el fenómeno ha devenido cualitativamente distinto). Esta reflexión, afirma Laïdi, se esfuerza «en mostrar como una reflexión politológica sobre el tiempo mundial se inscribe plenamente en los debates centrales del análisis histórico, filosófico y sociológico sobre el tiempo» (Laïdi 1998, 183).

En otros términos, intentaremos mostrar como estos debates legitiman la problematización del tiempo mundial en el campo del análisis político. Al hacerlo, intentaremos mostrar en qué la problemática temporal enriquece hoy el análisis

político. El análisis político en general y no sólo las relaciones internacionales, puesto que está claro que la división intradisciplinar no tiene mucho sentido a partir del momento en que se abordan procesos macrosociales (Hermet 1997: 282). (Laïdi 1998, 183)

El análisis de Laïdi toma en consideración tres planos:

—la puesta en perspectiva histórica del tiempo mundial a través de los debates y de las controversias sobre la articulación de la larga duración y del acontecimiento;

—la inscripción de esa misma problemática en el campo de la fenomenología, cuyo aporte es decisivo para comprender la resonancia temporal de los acontecimientos;

—la puesta en evidencia de las problemáticas que hacen del tiempo una variable decisiva de la interpretación sociológica de la mundialización. (Laïdi 1998, 183-4)

#### A) EL TIEMPO MUNDIAL ENTRE HISTORIA Y ACONTECIMIENTO

Zaki Laïdi empieza por recordar que la idea de un «tiempo mundial» es un descubrimiento de los historiadores, en concreto del historiador y sinólogo alemán Wolfram Eberhard (1970: 210), el cual postulaba «la existencia de un tiempo mundial que desarrollaría a escala internacional un cierto número de ideas o de valores haciendo posibles —o legítimas— algunas prácticas o actitudes y otras impracticables e ilegítimas» (Laïdi 1998: 184). El tiempo mundial es por tanto para Eberhard «menos un momento o un *kairos* del que surgirían nuevos valores que una temporalidad ambiente que delimitaría el campo de lo políticamente posible» (Laïdi 1998, 184). Un sentido cercano, según Laïdi, a la noción utilizada por el antropólogo Louis Dumont (1992: 44-45) de «ideas-valores» que «circularían a escala mundial y generarían de manera más o menos duradera un conjunto de normas dominantes o legítimas» (Laïdi 1998, 185). En esta línea, añade Laïdi: «se podría decir, por ejemplo, que la “democracia de mercado” constituye hoy una idea-valor dominante del tiempo mundial» (Laïdi 1998, 185). Parece lindar esta reflexión con la vertiente más ideológica del proceso globalizador (con lo que Ulrich Beck denomina «globalismo») en la medida en que parecen estas «ideas-valor» una fuerza casi coercitiva, normativamente dominante o incluso legitimadora, que situaría esta interpretación del tiempo mundial —que pretende ser ideológicamente neutra— en el blanco de la crítica del «pensamiento único». Lo cual no dejaría de satisfacer melancólicamente a Marx en su tumba porque podría ver en ello una irónica confirmación de sus tesis a través de la contaminación ideológica universal de la idea revolucionaria burguesa de democracia por el triunfante fetichismo de la mercancía.

Pero el pensamiento marxiano nos legó otro tipo de descendencia académica más atento a la larga duración, representada en este caso por Fernand Braudel. «Es con Braudel (1979) que el término tiempo mundial o “tiempo del mundo” (*temps du monde*), adquiere una cierta consistencia» (Laïdi 1998, 185). Aunque Fernand Braudel parece darle otro sentido.

Por lo demás, Braudel nunca ha definido verdaderamente el tiempo mundial. En el prólogo de *Civilisation matérielle. Economie et capitalisme. Xv<sup>e</sup>-xvi<sup>e</sup> siècles*, ofrece de este una definición muy imprecisa. Habla del tiempo mundial como de «una suerte de superestructura de la Historia global» (1979: 8). Unas líneas más arriba, habla de este mismo tiempo mundial como de «un tiempo vivido a las dimensiones del mundo» (1979: 8). El tiempo mundial sería, en el fondo, el tiempo que consagraría la espacialización de la economía de mercado a la escala del mundo, aunque precisando que el tiempo mundial no es la historia de los hombres (1979: 8). De hecho, la relativa imprecisión de la definición braudeliana del tiempo mundial no es nada sorprendente. En efecto, si por un lado, es proclive a ver en el tiempo mundial un momento excepcional (habla de culminación), insiste siempre en recordar que todas las transformaciones se inscriben en la larga duración. Todo el empeño de Braudel ha consistido por lo demás en rehabilitar la Historia problema (*l'Histoire problème*) contra la Historia de los acontecimientos (*l'Histoire événementielle*), el largo plazo contra el corto plazo, aun cuando tuvo siempre cuidado en reconocer por otro lado la existencia de varias temporalidades. De hecho, al querer combatir lo episódico (*l'événementiel*), Braudel ha querido condenar el acontecimiento. (Laïdi 1998:185-86)

Añade Laïdi que «desgraciadamente la “canonización intelectual” de Braudel... ha contribuido más bien en ocultar la reflexión de aquellos que han criticado la asimilación abusiva del acontecimiento a lo episódico (*de l'événement à l'événementiel*)»<sup>39</sup> (Laïdi 1998: 186).

El rechazo a asimilar el acontecimiento a lo episódico ha venido —en Francia al menos— de Pierre Nora, que intentó rehabilitar el acontecimiento o lo que él llamó el «acontecimiento monstruo», aquel a partir del cual se vuelve a problematizar el mundo (1994: 307). Michel Vovelle le siguió los pasos al estimar que el modelo de Braudel estaba poco adaptado al retorno del acontecimiento «llevado por el valor reciente de las ideas de trauma, de ruptura y de revolución» (1978: 34). (Laïdi 1998:186)

Hemos adoptado desde la Introducción a este trabajo la categoría de «acontecimiento monstruo» introducida por Pierre Nora (1994) para aplicarla por nuestra parte a los atentados del 11-S, no sólo por ser pertinente su formulación hiperbólica sino sobre todo por su acertada definición: «aquel acontecimiento a partir del cual se vuelve a problematizar el mundo». Del mismo modo, parece acertada para el caso la propuesta de Michel Vovelle de relacionar el retorno del acontecimiento con «el valor reciente de la idea de trauma», noción íntimamente ligada al acontecimiento en la era global, como veremos al analizar la problemática del acontecimiento global de la mano de James Der Derian. Sin

<sup>39</sup> Se puede traducir en castellano la noción de «Histoire événementielle» por «Historia de los acontecimientos» o «Historia episódica», y por tanto «l'événementiel» —que sería, literalmente, lo «acontecimental»— quedaría correctamente traducido al castellano por «lo episódico» en su oposición tanto a la larga duración como al acontecimiento en sí. Además, la expresión «lo episódico» podría valerse de la autoridad de Paul Ricoeur (1983: 396) que utiliza en francés, como equivalente de «l'événementiel», la misma expresión, «l'épisodique», opuesta a la «configuración» que es como traduce este filósofo la «larga duración» de Braudel.

embargo, la crítica más profunda al planteamiento braudeliano procederá del campo de la filosofía.

Pero es en *Temps et récit* de Ricoeur (1983a, 1983b) que hay que ir a buscar la crítica más fuerte y más convincente de Braudel. Ricoeur, que es un teórico del acontecimiento, se emplea en efecto en demostrar que Braudel tiene dificultades para escapar del acontecimiento que pretende querer expulsar...<sup>40</sup> De hecho Ricoeur reprocha a Braudel el acabar paradójicamente por negar el tiempo histórico fundado en la dialéctica pasado, presente y futuro al identificar la larga duración con el tiempo de la naturaleza: «Si el acontecimiento de poco resuello hace obstáculo a la toma de conciencia del tiempo que nosotros no hacemos, la larga duración puede hacer obstáculo al tiempo que nosotros somos» (Ricoeur 1983a: 395). (Laïdi 1998: 186-7)

La crítica del filósofo Paul Ricoeur al historiador Fernand Braudel es por tanto una «crítica a un tiempo largo que despreciaría las rupturas» (Laïdi 1998: 187). La misma crítica la hace, por otra parte, Ricoeur a Tocqueville respecto a su interpretación de la continuidad de la Revolución Francesa con el Antiguo Régimen: «ninguna reconstrucción conceptual podrá nunca hacer que la continuidad con el Antiguo Régimen pase por la toma del poder de un imaginario vivido como ruptura y origen» (Ricoeur 1983a: 394). «Imaginario vivido como una ruptura: ahí está la idea clave a la cual hay que referirse para pensar hoy el tiempo mundial», apostilla Laïdi (1998: 187). Podríamos añadir, en sintonía con Laïdi, que la fuerte carga de contenido subjetivo encerrada en la fórmula de Ricoeur: «la toma del poder de un imaginario vivido como ruptura y origen», fórmula inspirada por el paradigma de ruptura instauradora que representó de una manera extremadamente voluntarista (y terrorista<sup>41</sup>), en múltiples ordenes de la vida política, social y cultural, la Revolución Francesa, coincide con la dimensión subjetiva del acontecimiento monstruo y, más específicamente, con la fuerte carga de subjetivización que encierra el terrorismo global y el nuevo paradigma de violencia. Aspectos subjetivos o imaginarios en los que hemos insistido en esta indagación tanto en cuanto al registro fenoménico principalmente icónico (es decir imaginario) de producción, recepción y amplificación mediática del acontecimiento monstruo en la era global, como en cuanto a esas otras extrañas visiones o ensoñaciones que, como modo propio de activación del imaginario político-religioso de los soñadores inspirados de *Al Qaida*, anticiparon

---

<sup>40</sup> «Quizás podamos decir que con el acontecimiento breve, lo episódico sigue prevaleciendo en intrigas sin embargo altamente complejas y que la larga duración señala la prelación de la configuración. Pero el surgimiento de una nueva cualidad de los acontecimientos, al término del trabajo de estructuración de la historia, suena como una llamada. A saber, que algo les sucede incluso a las estructuras más estables. Les sucede en particular que mueren. Es la razón por la que, a pesar de sus reticencias, Braudel no ha podido eludir finalizar su magnífica obra [Ricoeur se refiere a *El Mediterráneo*, la obra maestra de Braudel] con el cuadro de una muerte, no ciertamente la del Mediterráneo, sino precisamente la de Felipe II.» (Ricoeur 1983a: 396)

<sup>41</sup> Recordemos que el origen de la palabra «terrorismo» procede históricamente de la Revolución Francesa, en concreto del periodo de represión masiva contra los contrarrevolucionarios llamado del Terror e iniciado en 1793 por los jacobinos encabezados por Robespierre y Saint-Just

el acontecimiento, lo *pre-vieron* oníricamente, como símbolo de una *ruptura* (el fuego purificador de la *yihad* abatido sobre el Occidente sacrílego) y como reivindicación de una identidad humillada, denegada, invadida, en definitiva de un *origen* (Alá, el Islam, los Lugares Santos). Un imaginario vivido efectivamente, traducido en acto de forma totalitaria, terrorífica y suprahistórica, propiamente apocalíptica, a la vez como un comienzo y como un fin. Porque Ricoeur dice bien «imaginario vivido como ruptura y *origen*», el segundo término del binomio es esencial. Ruptura por una parte, es decir *violencia* de algún tipo. Pero también origen, traduzcamos, *identidad*. Pues bien, es en ese binomio completo donde, como dice Laïdi, «está la idea clave... para pensar hoy el tiempo mundial», traduzcamos: para pensar hoy la globalización. *Violencia e identidad*, por tanto. La ecuación exacta del terrorismo. O, para volver a utilizar la expresión de Didier Bigo (1998), la fórmula del «nuevo paradigma de la violencia», desestatalizado y desterritorializado pero también subjetivizado, perfectamente adaptado a las características contradictorias de la era global. Y, podríamos añadir, síntoma extremo y espectacular de los efectos perversos de la globalización denunciados por pensadores tan dispares como el sociólogo Alain Touraine (1997) para quién la globalización —si es que esta es real— implica sobre todo para la gente común un problema de identidad (lo que significa una forma de violencia padecida por los individuos) o como el filósofo Jean Baudrillard (2002b) quien lamenta el «exceso de realidad» impuesto por lo que él llama la «violencia —o virulencia— de la globalización», violencia patógena de la que se retroalimenta el terrorismo.

Pero la globalización implica también, como acabamos de ver, un imaginario vivido en un contexto de intensa subjetivación, imaginario tecnológicamente masificado y amplificado y sin embargo culturalmente *multi-plicado*, interiorizado individualmente, que nos impone, en consecuencia, una especie de sobrecarga de sentido(s) en un mundo supuestamente «sin sentido» (Laïdi 2000) o mejor «privado de sentido» (*privé de sens*), como reza el título de la versión original del libro de Laïdi (1994). Como si la privación de *un* sentido (Laïdi entiende, aquí, por «privado de sentido» sobre todo la ausencia de una dirección ideológica dominante de la historia y de la política internacional, como durante la Guerra Fría) no implicara de inmediato la proliferación de una multiplicidad de sentidos. Una sobrecarga de sentido(s) que afectaría tanto al «tiempo mundial» (es decir a la globalización subjetivada, ideologizada, padecida como superestructura socio-cultural impuesta) como al propio «acontecimiento global» en su impredecible instantaneidad y en su mediática amplificación y resonancia mundial. Afectando, en consecuencia, tanto al proceso pesado como a lo episódico, tanto a la anécdota como a la estructura. Como si de un mismo conjunto material/inmaterial global se tratara en ambos casos, textura imaginaria común de la que estuvieran ambos hechos, confundidos como el paño y el hilo de la trama. Como si la realidad masiva, estructural y la realidad puntual, circunstancial, como si el tiempo y el instante, el espacio y el lugar, reprodujeran indefinidamente una misma figura, una misma imagen, quizás incluso una misma estructura vacía de sentido, que por ello mismo absorbe una sobrecarga de sentidos que parecen incoherentes, heterogéneos, inconciliables según la distan-

cia focal que se escoge. Geografía o geometría ideológica fractal que nos remite a la metáfora del caos.

El efecto de ruptura violenta que equivale a la toma de poder por el imaginario en la fórmula de Ricoeur o al golpe de estado permanente del acontecimiento global de Der Derian, es vivido intensamente tanto por los autores de los atentados («la avanzadilla del Islam») como por sus víctimas (es decir por todos como postula el arrogante «We Are the World» de los USA). Pero en este último caso, el del *hegemon*, se trata de una ruptura que tiene sus raíces en otro imaginario político-religioso, el imaginario estadounidense. Este último imaginario tenderá indefectiblemente a reproducir especularmente muchos de los rasgos característicos del fundamentalismo terrorista al que pretende oponerse, conforme al fenómeno de la *mimesis* del que habla el autor de *Las pirámides del sacrificio*, el filósofo René Girard. Ruptura que será escenificada, primero, por la respuesta de castigo llevada a cabo por la administración Bush contra el gobierno talibán de Afganistán. Respuesta respaldada por la práctica unanimidad de la clase política estadounidense, por una mayoría de los ciudadanos y gran parte de los aliados. Respuesta de castigo cuyas secuelas se prolongan en el tiempo, introduciendo a la administración Bush y a sus aliados en el cenagal de las violaciones de derechos humanos que históricamente siempre ha conllevado la lucha antiterrorista (antes denominada «anti-insurgente»). A más largo plazo, por el afán diplomático-estratégico y propagandístico de la administración Bush en promover una guerra global contra el terrorismo de dudosos o evanescentes objetivos, de medios indefinidos y de indeterminada duración. Es decir, de promover una guerra nada clásica en términos estrictamente clausewitzianos. Una guerra, por tanto, tan postmoderna como la propia táctica terrorista de Ben Laden. Una guerra pretendidamente «virtual/virtuosa» según la terminología de Der Derian. En definitiva, se trataría, valiéndose de los recursos económicos, tecnológicos, militares y mediáticos proporcionados al *hegemon* por la globalización, de postular una *ruptura/apertura* imaginaria que instauraría una nueva era de dominación, vigilancia y control de la sociedad mundial (o sea, el viejo sueño panóptico de Occidente), bajo el síndrome patológico de la obsesión por la seguridad (y por tanto, de la relegitimación doctrinal de la guerra preventiva contra una amenaza virtual multidireccional y multidimensional). Una era que estaría, en consecuencia, marcada por un nuevo antagonismo global, esta vez fantasmáticamente difuso, no lineal, es decir, por un antagonismo ni clara ni nítidamente bipolar en lo ideológico, en lo político y en lo estratégico como lo fue durante la guerra fría, configuración bi-unívoca del sistema diplomático-estratégico ahora imposible, impensable contra un terrorismo globalmente diseminado, desideologizado, desestatalizado y desterritorializado.

El que se pueda, a partir de una fórmula seminal de Ricoeur aplicada a su vez por Laïdi al tiempo mundial tal como es vivido hoy, desarrollar algunas de las múltiples ramificaciones y amplificaciones posibles de la interpretación de los significados complejos de *un único acontecimiento* obliga a pensar la relación existente entre el acontecimiento y la larga duración de una manera nueva, distinta a la propuesta por Braudel. Precisamente a pensar el acontecimiento, como lo propone Ricoeur, no sólo como «singularidad, contingencia o desplaza-

miento» sino como —y esta es la noción decisiva— «puesta en intriga». Puesta en intriga que rompe la relación de subordinación del acontecimiento a la larga duración.

Lo que está en juego en esta controversia bien evidentemente no es baladí. Se refiere al lugar del acontecimiento y al valor que podemos conferirle cuando se entra en períodos percibidos o vividos como períodos de ruptura o de cuestionamiento... Todo el argumento de Ricoeur consiste precisamente en decir que la primacía del tiempo largo no debería en ningún caso abolir al acontecimiento o autorizar su desvalorización temporal, a condición claro está de pensar el acontecimiento no como «singularidad, contingencia o desplazamiento» sino como *puesta en intriga (mise en intrigue)*. A partir de ese momento, no hay subordinación del acontecimiento a la larga duración, sino derivación de la larga duración en relación al acontecimiento puesto en intriga (Ricoeur 1983a: 365). (Laïdi 1998: 187-8)

Tal ha sido el camino seguido hasta ahora por nuestro cuestionamiento del «acontecimiento problema» del 11-S. En particular, el cuestionamiento sobre la trama de los conjurados que sellaron las bodas de sangre del terror y de la globalización. Habiéndonos interrogado, desde la introducción de esta Tercera parte, sobre la cuestión del estatus teórico del acontecimiento en la disciplina de Relaciones Internacionales, no se ha pretendido otra cosa sino plantear, como dice Laïdi, el problema del «lugar del acontecimiento y del valor que podemos conferirle cuando se entra en períodos percibidos o vividos como períodos de ruptura o de cuestionamiento» (Laïdi: 187). Con la propuesta de Ricoeur de «pensar el acontecimiento como puesta en intriga» (entendamos, como momento crucial de un drama más complejo, como giro decisivo o bifurcación en medio de un proceso en evolución), se ha problematizado definitivamente la función histórica y política pero también teórica del acontecimiento, no sólo en las disciplinas históricas sino en las ciencias sociales en general y, por tanto, en Relaciones Internacionales. No será de extrañar, pues, que en esta operación, como bien dice Laïdi, de rehabilitación del «acontecimiento problema», nos topeemos en el camino con muchos pensadores, particularmente con pensadores de lo político, que son a menudo también teóricos del acontecimiento<sup>42</sup>.

Sería naturalmente posible extenderse todavía más largamente sobre la rehabilitación del «acontecimiento problema» y la manera en la que otros autores, y particularmente los filósofos —de manera notable Arendt— han problematizado el acontecimiento. Sería posible también insistir en la noción decisiva de puesta en intriga que convierte el acontecimiento en un problema y un envite y no en una peripecia. «Para nosotros, el acontecimiento no es necesariamente breve y nervioso a la manera de una explosión. Es una variable de la intriga», dice Ricoeur (1983a: 36). (Laïdi 1998: 188)

---

<sup>42</sup> «Para filósofos tan distintos como Arendt (1983), Ricoeur (1983b) o Deleuze (Zourabichvili, 1994) o, más recientemente Badiou (1997), la problemática del acontecimiento es absolutamente central.» (Laïdi 1998; 190), nos recuerda con razón Zaki Laïdi.

«Pero ello nos llevaría demasiado lejos» añade Laïdi. En efecto, nuestro interés teórico está en prolongar la reflexión iniciada por Ricoeur a partir del acontecimiento devenido «acontecimiento problema» hacia lo que Laïdi llama «tiempo mundial», o sea, para nosotros, hacia el macroacontecimiento de la globalización. Como se ha señalado en la Introducción de esta indagación, es esta interpretación de la globalización a la luz del acontecimiento que parece la más esclarecedora para permitirnos pensar conjuntamente el acontecimiento y la globalización y su secreta connivencia.

El tiempo mundial puede así ser utilizado para comprender cómo procesos pesados van a converger en el tiempo hasta producir al calor de ciertos acontecimientos (el final de la guerra fría o la aceleración de la mundialización) nuevas maneras de ver el mundo, de pensarlo, acreditando la entrada en una era nueva. El tiempo mundial es un giro planetario, una edad axial por retomar los términos de Jaspers, o una «avanzada mundial» («*percée mondiale*»), por utilizar los de Eric Weil. (Laïdi 1998: 188)<sup>43</sup>

Esta reflexión nos recuerda la problemática más general de las coordenadas del cambio en las relaciones internacionales y de los distintos ritmos y niveles del cambio en los sistemas internacionales recordados más arriba en referencia a la analítica propuesta por Arenal (1993, 2002a, 2002b). La rehabilitación del acontecimiento, por medio de su problematización, en reacción al privilegio epistemológico excesivo otorgado al tiempo largo por los historiadores de tendencia estructuralista, es si embargo objeto de un debate inacabado y probablemente inacabable. «En verdad, —concluye Laïdi— la “controversia” sobre el tiempo entre Braudel y Ricoeur se sitúa en el corazón de una incomensurabilidad, por así decirlo, de los puntos de vista entre historiadores y filósofos», aunque, añade inmediatamente, esta observación: «de ninguna manera excluye la diversidad de los puntos de vista en el seno de cada una de estas categorías de pensadores» (Laïdi 1998: 190).

## B) FENOMENOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA DEL TIEMPO MUNDIAL

Es posible reconocer incluso dentro del colectivo académico más reducido de los politólogos una diferencia de sensibilidad en relación a la relevancia del acontecimiento. Por ejemplo entre los politólogos que Zaki Laïdi denomina «in-

---

<sup>43</sup> Valga, sin embargo, a título de recuerdo relativizador en cuanto a la importancia que concedemos a nuestra representación del carácter inédito de nuestro propio tiempo mundial, la referencia que hace Laïdi a los trabajos de Stephen Kern sobre la revolución tecnológica y cultural que se produjo en el tránsito del siglo XIX al siglo XX y que acredita ya por entonces la idea de periodo gozne, de giro planetario: «Entre los trabajos de historiadores dedicados precisamente al estudio de las representaciones nacidas de una nueva relación al tiempo y al espacio, los de Stephen Kern (1983) son sin duda los más notables. Kern muestra como, entre 1880 y 1914, toda una serie de cambios tecnológicos y culturales genera nuevas representaciones. Lo que pone en evidencia, es la convergencia de los acontecimientos “puestos en haz” (Nora) por la invención del teléfono, del telégrafo sin hilo, de los rayos X, del cine, del automóvil, del psicoanálisis, del cubismo y de la teoría de la relatividad (Kern 1983: 23)» (Laïdi 1998: 188-9).

ternistas», más atentos a la continuidad de los comportamientos y de los esquemas mentales, sociales, culturales y políticos y los que denomina «internacionalistas», más atentos «a las rupturas y a las inflexiones del orden mundial». Lo que, de ser cierto, debería conceder a la disciplina de Relaciones Internacionales una ventaja a la hora de teorizar el acontecimiento. Observación que no deja de tener su interés para los «internacionalistas» puesto que confiere a la noción de cambio, incluso de cambio brusco, crítico, inducido por acontecimientos imprevistos, violentos o no, su centralidad analítica y teórica en Relaciones Internacionales. Lo que le conduce a Laïdi a postular «una reformulación de la cuestión del tiempo» a partir de «los cuestionamientos políticos, sociales y económicos inducidos por los cambios de los diez últimos años», bajo estrictas condiciones metodológicas y epistemológicas enunciadas en forma de precauciones o de «escollos» a evitar a la hora de «pensar la ruptura en el orden del tiempo planetario».

Diremos pues que la amplitud de los cuestionamientos políticos, sociales y económicos inducidos por los cambios de estos diez últimos años, así como la imprevisibilidad creciente de las trayectorias del cambio, imponen una reformulación de la cuestión del tiempo que no solamente se acelera, sino que se aparta de las balizas a partir de las cuales era evaluado. En la formalización del tiempo mundial, lo que estaba en juego era pensar la ruptura en el orden del tiempo planetario evitando tres escollos:

—el escollo descriptivo, que reduciría la idea de «ruptura», de «tiempos nuevos», de «cesura temporal» a su sentido ordinario. Se hablaría de la «era de la mundialización» o de la «postguerra fría» sin interrogarse sobre el sentido de esa ruptura. Sin intentar tampoco relacionar las problemáticas geopolíticas de la postguerra fría con las problemáticas de la mundialización;

—el escollo de la causalidad, que conduciría a privilegiar tal fenómeno más que tal otro en el orden de la causalidad de los acontecimientos;

—el escollo de la generalización. ¿Se puede realmente hablar de tiempo mundial, es decir de temporalidad mundial, cuando precisamente la mundialización potencia la dispersión del sentido a escala mundial? (Laïdi 1998: 190-1)

Podríamos añadir las siguientes observaciones sobre los dos obstáculos epistemológicos que nos parecen más importantes, que son el primero y el tercero. El segundo de los escollos mencionados, el de la causalidad de los acontecimientos, extremadamente compleja por su multifactorialidad, remite a una problemática ampliamente analizada, en particular por Raymond Aron. Se ha rehuido, por lo demás, en esta indagación de la tentación de una descripción analítica de la globalización de carácter puramente lineal, cumulativa y estática que no da debida cuenta de la naturaleza compleja y multidimensional pero, sobre todo, contradictoria, interactiva y dinámica del fenómeno. En cambio, al abordar a partir de un único acontecimiento global —el 11-S— la problemática general de la globalización en tanto que es el medio histórico que permite que tal acontecimiento se produzca en la forma en la que se ha producido, creemos haber puesto de relieve el «sentido de la ruptura» que encierra el acontecimiento en relación a su contexto. Una ruptura del sentido que es producida tanto por el acontecimiento global como por el proceso glo-

balizador mismo entendido como macroacontecimiento en curso. En definitiva, lejos del mero recurso a una periodización estática y vacía de sentido entre un «antes» y un «después» (como se hace cuando se habla, por ejemplo, de *post*-guerra fría por carecer de una denominación precisa para designar el nuevo estado de las cosas), hemos intentado, por mediación del «acontecimiento monstruo» que problematiza de nuevo el mundo, del «acontecimiento problema» que suscita cuestiones sobre el sentido, «relacionar las problemáticas geopolíticas de la postguerra fría con las problemáticas de la mundialización» (Laïdi 1998: 191).

En cuanto al tercer escollo, el carácter irreductiblemente singular de todo acontecimiento, su imprevisibilidad que lo asemeja al accidente y por tanto a lo anormal, su polisémica ambigüedad, y más aun, el mismo origen exótico y la naturaleza paroxística de los atentados del 11-S que nos ha conducido a considerar el espíritu del terrorismo en su doble rostro de reacción antisistema violenta pero también de eficaz adaptación a la condición postmoderna de la globalidad, nos ha mantenido, por la evidencia de la heterogeneidad de la sociedad global, alejados de toda tentación de generalización. Resulta difícil no asumir plenamente la duda que expresa Laïdi con motivo de este tercer escollo: «¿se puede realmente hablar de tiempo mundial, es decir de temporalidad mundial, cuando precisamente la mundialización potencia la dispersión del sentido a escala mundial?» (Laïdi 1998: 191). En efecto, hemos puesto de relieve en esta encuesta lo que podríamos llamar la *paradoja de la globalización* que favorece la diseminación planetaria del sentido cuando precisamente su propio sentido parecería deber ser el contrario: el de la uniformización, la homogeneización del sentido. Este efecto paradójico, la globalización lo potencia no solamente a través de lo que Laïdi llama con acierto, en otro trabajo, la «regionalización del sentido» (Laïdi 1994: 207ss), sino también y quizás más profundamente a través de la individualización del sentido de la que el terrorismo, por ejemplo, es una expresión extrema. La problemática, por hipótesis unitaria, homogénea, de la existencia hoy de *un* tiempo mundial o de *una* temporalidad mundial común a toda la humanidad, ha de encararse, por tanto, a la paradoja empíricamente contrastada de la coexistencia, en un mismo tiempo y en un mismo mundo, de una pluralidad de temporalidades, de ritmos históricos como dicen los historiadores o de mundos, es decir, de experiencias y condiciones humanas inconmensurables, de universos mentales políticos, religiosos, culturales aparentemente estancos e inmunes. ¿No revelan las metanarrativas de la mundialización o de la globalización, como el discurso más sofisticado sobre el tiempo mundial, una desconcertante fragilidad teórica frente a esta pluralidad manifiesta o silenciosa, a la vez que contribuyen poderosamente a descubrirla? La precaución teórica habrá sin duda de ser máxima y el esfuerzo de conceptualización muy fino si se quiere asumir intelectualmente, en toda su intensidad, la paradoja de la evidencia masiva de la intensificación de la heterogeneidad de la sociedad mundial en tiempos de globalización. Afortunadamente quizás, estamos advertidos de que no sólo son relativos, efímeros y evanescentes los acontecimientos, sino que incluso los procesos pesados (tema privilegiado de las grandes metanarrativas socio-históricas) son también transitorios, se agotan en sus contradicciones, invo-

lucionan, cambian de rumbo o bifurcan porque, como dice no sin ironía Paul Ricoeur, las estructuras también «mueren».

La realización de un programa de investigación sobre el tiempo mundial libre de los escollos señalados de la abstracción o de la generalización implica, según Laïdi, «interrogar la fenomenología» porque ésta permite el análisis político, rescatando la importancia del momento del acontecimiento, «formalizar la idea central de resonancia, es decir la capacidad de unos acontecimientos de hacerse eco en un momento dado para generar significaciones nuevas e inéditas» (Laïdi 1998: 191). Esta noción de *resonancia* es, evidentemente, decisiva en el caso que nos ocupa como se ha comprobado en la Primera parte de esta encuesta a través de la aproximación fenomenológica al momento de los hechos del 11-S.

Esta resonancia interviene en un momento más que en otro, y es este momento que deviene un *kairos*, un «surgimiento» (Ricoeur), o una nueva síntesis de acontecimientos (Elias). Ningún acontecimiento o conexión de acontecimientos, escribe a este respecto Jean-Toussaint Desanti, «puede hacer señal si, por algún lado de su modo de aparecer, no entra en resonancia, si no es fuente de reenvío hacia otras formaciones simbólicas que despierta» (1994: 24).» (Laïdi 1998: 191)

El fenómeno de resonancia se ve favorecido y amplificado de manera espectacular, como sabemos, por la excepcional receptividad y difusión que encuentra el acontecimiento global en la red mediática planetaria que lo rebota indefinidamente, transformándolo, según la acertada fórmula de Toussaint Desanti, en «fuente de reenvío hacia otras formaciones simbólicas que despierta» a escala mundial. Resonancia simbólica planetaria múltiple que es precisamente el efecto de amplificación y de repetición —de eco— que persigue el terrorismo global en su búsqueda táctica afanosa del *momento* y del *lugar* más propicios para atentar.

No es de extrañar que Laïdi se refiera a ámbitos de conocimiento a los que se ha aludido insistentemente estos últimos años, bien como metáfora teórica, bien como nuevo paradigma científico, entre otras en la literatura académica internacionalista y que es imposible no cruzar en el camino de una reflexión sobre un acontecimiento internacional violento intencional de dimensiones catastróficas imprevisto por los controladores del tráfico terrorista mundial. ¿Qué mejores teóricos, en efecto, del acontecimiento monstruo, del acontecimiento problema o, por usar su terminología, del «acontecimiento bifurcación», que los teóricos del caos?

El valor heurístico de esta problemática... nos parece reforzada por el hecho de que disciplinas exteriores a las ciencias sociales han problematizado el concepto de nuevo paradigma en términos extremadamente comparables. Prigogine y Stengers, por ejemplo, han estimado que toda gran evolución debería responder a tres condiciones: el acontecimiento, la irreversibilidad y la puesta en coherencia (1992: 47). (Laïdi 1998: 192).

La segunda de las dimensiones contempladas por Zaki Laïdi en su indagación en torno al tiempo mundial, es la dimensión sociológica del fenómeno.

Laïdi señala los trabajos de referencia: «En el campo de la sociología, podemos identificar cuatro autores que, en plano metodológico (Elias) o conceptual (Giddens, Harvey, Robertson), permiten bien sea aclarar la problemática del tiempo mundial, bien sea nutrirla, incluso si estos autores no emplean explícitamente el termino de tiempo mundial». (Laïdi 1998; 193)

En el plano metodológico, la reflexión que se impone es la de Elias... Aunque poco preocupado por los problemas mundiales o internacionales, Elias nos propone un marco metodológico estimulante para un internacionalista. Su punto de partida es el siguiente: ¿como pensar la concatenación temporal de acontecimientos acotados por «comienzos y finales relativos»? Para contestar a esta pregunta, Elias define el tiempo como una capacidad de síntesis, es decir de puesta en relación de acontecimientos que se encadenan. Esta capacidad de síntesis, la intitula la «determinación del tiempo», la matriz a partir de la cual se decidiría si «tal o cual transformación recurrente o no se produce, antes, después o simultáneamente a tal otra» (Elias 1997: 55). La determinación del tiempo, añade, es «la capacidad propia de la especie humana de captar con una sola mirada, y por ello mismo de relacionar lo que, en una misma secuencia continua de acontecimientos, tiene lugar «más temprano» y «más tarde», antes o después». (Laïdi 1998: 193)

La propuesta de Norbert Elias consiste, por tanto, en concebir el tiempo como capacidad de síntesis o determinación del tiempo entendida como «matriz» a partir de la cual discriminamos y a la vez relacionamos «en una misma secuencia continua de acontecimientos» un antes, un después o un al mismo tiempo de los procesos y de los acontecimientos. Sintaxis temporal subjetiva y colectiva, por tanto, que recuerda la sintaxis temporal común, propia de la gramática de la globalización: «Elias insiste en la idea de determinación al hablar del tiempo, precisamente porque considera a este como un constructo social colectivo, una representación y no como un dato objetivo. De ahí su apoyo a Einstein contra Newton (Elias 1997: 50)» (Laïdi 1998: 193-94) Esta determinación socio-histórica colectiva del tiempo, su carácter de representación socialmente construida y compartida en una determinada coyuntura histórica, permite, pensar hoy el tiempo mundial, puesto que presenta las mismas características que este: es decir, la de ser un momento discriminatorio entre un antes y un después y, a la vez, de efectuar una «concatenación entre acontecimientos que se «responden» y se completan para producir nuevas significaciones» (Laïdi 1998: 194). Idea decisiva esta última, la concatenación entre acontecimientos, según Laïdi, para los internacionalistas y para el análisis del cambio mundial, como lo demuestra el ejemplo de la «concatenación decisiva entre el fin de la guerra fría y la aceleración de la mundialización económica y financiera» (Laïdi 1998: 194).

El tiempo mundial es en efecto una representación claramente situada en el tiempo, que reposa sobre dos ideas esenciales: la primera es la de «momento» dotado de un poder de discriminación entre el antes y el después (después de la guerra fría, por ejemplo); la segunda reposa sobre la noción decisiva de concatenación entre acontecimientos que se «responden» y se completan para producir nuevas significaciones. Se puede así pensar el tiempo mundial como una concatenación decisiva entre el fin de la guerra fría y la aceleración de la mundialización

económica y financiera. Esta idea de concatenación, de «captación en una sola mirada» de varios acontecimientos, para retomar la expresión de Elias, es metodológicamente decisiva para el análisis del cambio mundial, porque permite comprender e integrar las rupturas sin por ello caer en la trampa reductora de la causalidad. Dicho de otra manera, si ningún análisis puede negar que el orden mundial conoce, desde una decena de años, una ruptura profunda, es más difícil relacionar esta ruptura con una causalidad única. (Laïdi 1998: 194)

Hemos insistido desde la Introducción en que la globalización, que podemos concebir en sí misma como «momento» en tanto que macroacontecimiento en curso, consiste en un haz de procesos, acontecimientos, rupturas o problemas (como el de la violencia) interrelacionados, cuya concatenación e interacción se ve potentemente amplificada por medio de la inmediatez e instantaneidad de difusión que propician las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información. En esta compleja sintaxis de la globalización es difícil otorgar a *un* proceso o a *un* acontecimiento el carácter de antecedente necesario de un resultado determinado o de causa única y privilegiada de una consecuencia, como en la lógica clásica de la causalidad.

Los análisis geoestratégicos privilegiarán naturalmente el fin de la guerra fría como punto de ruptura o como nueva determinación del tiempo. Los geoeconomistas pondrán en cambio el acento en los desarrollos de la mundialización económica y financiera pero, sea cual sea la elección operada, es inútil querer explicar el fin de la guerra fría por la aceleración de la mundialización, o de pensar la aceleración de la mundialización como una consecuencia del fin de la guerra fría. Lo que, en cambio, es decisivo, es el saber y el comprender como estos dos procesos se concatenan y se responden para extraer una «nueva síntesis», una nueva problemática. La concatenación permite comprender la simultaneidad de los acontecimientos, ampliar las interpretaciones de los mismos (Laïdi 1995: 51). La concatenación enriquece lo que la causalidad tiende a empobrecer y a simplificar. (Laïdi 1998:194-5).

La relación entre acontecimientos heterogéneos que la concatenación permite comprender, «captar en una sola mirada» en su simultaneidad, es como sabemos, el régimen fenoménico espacio-temporal propio de la globalización, y por tanto de la sintaxis cognitiva no lineal que nos impone. La gramática de la globalización subvierte la morfología analítica y la sintaxis lineal en la que permanecía encerrada la lógica de la causalidad, porque perturba el orden canónicamente establecido de sucesión y de consecución necesaria entre causa y efecto. De una forma un tanto sorpresiva, Laïdi introduce en este punto un ejemplo cuya relación con el tema de esta indagación, los atentados del 11-S, no podía ser más «impactante». Otra muestra más de los encuentros y de las coincidencias intertextuales a las que nuestra encuesta nos tiene acostumbrados y que reflejan también, en tanto que micro-acontecimientos intelectuales, la unidad de problemática —el *intertexto*— que produce también en el seno de la academia, el tiempo mundial y que confirma de forma sorprendente la pertinencia heurística de la indagación sobre el acontecimiento global.

El ejemplo más impactante que permite comprender la diferencia entre causalidad y concatenación es el de los movimientos islamistas. Si decimos, por ejem-

plo, que la subida de los movimientos islamistas es consecutiva a la guerra fría, nos exponemos a interpretar fenómenos macrosociales de manera mecanicista, incluso si, con toda evidencia, existe entre estos dos «acontecimientos» fragmentos indiscutibles de causalidad. En cambio, si nos planteamos la articulación entre subida del islamismo y fin de la guerra fría en términos de concatenación, la problemática del tiempo mundial cobra todo su sentido: ¿por qué? Porque el tiempo mundial en tanto que concatenación entre fin de la guerra fría y mundialización desembaraza al islamismo de los conflictos que juzga secundarios (mercado *versus* estatismo) a la vez que lo dota de tres recursos simbólicos esenciales para su legitimación: el fin del conflicto entre Este-Oeste, que unifica a Occidente, la deslegitimación del Estado por medio de la legitimación simétrica del mercado, la mundialización de las comunicaciones como soporte decisivo de la transmisión de los mensajes (Laïdi 1997a:33). Existe efectivamente síntesis de acontecimientos por unos actores en el sentido de Elias. (Laïdi 1998; 195).

El pertinente ejemplo y su breve análisis coincide plenamente con lo averiguado en esta encuesta en relación al terrorismo global en su variante islamista radical, violenta y postmoderna, representada por *Al Qaida*. La noción táctica de *oportunidad* como la ideológica de *adaptación simbólica* —la globalización brinda efectivamente «recursos simbólicos esenciales para su legitimación» al terrorismo islamista, devenido, él mismo, global— son, como hemos podido comprobar, connaturales al espíritu del terrorismo, que vive de la ocasión y del instante y, en el caso del terrorismo global, que vive en estrecha simbiosis con el *momento* de la globalización, en tanto que circunstancia propicia para articular en su particular gramática del terror, su propia «síntesis de acontecimientos».

### C) LA DISYUNCIÓN DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO

La aportación más interesante para nuestro tema de Anthony Giddens en su trabajo sobre las consecuencias de la modernidad (1996) en el que la mundialización es entendida como «una acentuación de la modernidad más que como su superación» (Laïdi 1998: 196), reside en la «distanciación entre el espacio y el tiempo» que sería para él su característica más significativa.

Giddens integra el tiempo de una doble manera. Para él, la mundialización no es el comienzo de algo, la era de la postmodernidad, sino muy al contrario un proceso de radicalización de la modernidad... ¿En que consiste esta radicalización de la modernidad? Es esa la segunda dimensión temporal del análisis de Giddens. A través de lo que él llama una distanciación entre el espacio y el tiempo. La mundialización sería, pues, una etapa de la modernidad en la que la simultaneidad temporal de los acontecimientos estaría más que nunca desacoplada de su proximidad espacial: «La mundialización puede también ser definida como la intensificación de las relaciones sociales planetarias que acerca lugares alejados hasta el punto que los acontecimientos locales serán influenciados por hechos que suceden a miles de kilómetros y viceversa. Se trata, añade Giddens, de un proceso dialéctico puesto que tales acontecimientos locales pueden ir en dirección contraria a las relaciones distanciadas que los conforman» (Giddens 1996: 70). (Laïdi 1998; 196-7)

Detengámonos un momento en el análisis que propone Giddens de la distanciación entre el espacio y el tiempo, es decir, la idea de un «desacoplamiento»

entre la simultaneidad temporal de los acontecimientos y su proximidad espacial que supone que el espacio ya ha dejado de tener su antigua importancia y su antiguo sentido. De nuevo encontramos, en un contexto analítico distinto, la idea expuesta por Didier Bigo en relación a las transformaciones recientes de las solidaridades y de la violencia que expresaba este autor con la fórmula «la proximidad ya no tiene el mismo sentido». Fórmula que aquí cobra un nuevo sentido. Se trata ahora, en efecto, de considerar la condición o, mejor, la paradoja espacio-temporal más general de la globalización, aquella que induce precisamente consecuencias socio-políticas de hondo calado en los individuos: la «interconexión temporal creciente entre hechos espacialmente disyuntados» que «conlleva una deslocalización de los sistemas de confianza social de lo local concreto hacia lo global abstracto» (Laidi 1998: 197).

Esta interconexión temporal creciente entre hechos espacialmente disyuntados encuentra su ilustración elocuente en la dinámica cotidiana de los mercados financieros... Se puede incluso pensar que esta disyunción entre el espacio y el tiempo está en el corazón del malestar social y político inducido por la mundialización (Laïdi 1997b). Giddens no deduce en absoluto de esta disyunción entre el espacio y el tiempo una lógica de uniformización. Considera simplemente que la inscripción de los individuos y de las sociedades en una temporalidad global conlleva una deslocalización de los sistemas de confianza social de lo local concreto hacia lo global abstracto. Ya no son los sistemas de parentesco, el medio familiar, la tradición o las ceremonias religiosas que «cuentan», sino las relaciones personales y los sistemas abstractos. «La confianza en los sistemas abstractos, escribe, es la condición de la distanciaci3n espacio-temporal» (Giddens 1996: 120). Se podrí3a ver aqu3 tambi3n en los mercados financieros un buen ejemplo de estos sistemas abstractos. (Laïdi 1998: 197)

Afirma Laïdi, que «al insistir sobre la disyunci3n entre el espacio y el tiempo, Giddens reconoce implícitamente la primacía del tiempo sobre el espacio. Interpreta la mundializaci3n como una temporalizaci3n del espacio mundial» (Laïdi 1998; 197). Esta interpretaci3n de la mundializaci3n como una temporalizaci3n del espacio mundial se aviene bien, sin duda, con el planteamiento del propio Laïdi, centrado en el tiempo mundial entendido como una «temporalidad global» y, porqué negarlo, goza de la adhesi3n de muchos estudiosos de la globalizaci3n, incluso, como hemos visto, de muchos internaciona- listas, que se reconocen en el lema, popularizado por Richard O'Brien (1992), del «fin de la geografía». Pero no deja de ser esta fórmula discutible por su unidimensionalidad desde distintas perspectivas que constatan más bien, frente a la primacía filosófica idealista tradicional del tiempo, la emergencia de un «espacio sujeto» que, por así decirlo absorbería en sí toda la carga de subjetividad atribuida en la modernidad al tiempo y que consideran, por tanto, al espacio como el medio en el que se despliega el «imaginario cultural espacio-temporal en la cultura contemporánea»<sup>44</sup>. En efecto, la noci3n de *simultaneidad*, de ori-

<sup>44</sup> Me refiero, nuevamente, al ensayo de Luis Castro Nogueira, *La risa del espacio. El imaginario cultural espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexi3n sociológica*, Tecnos, Madrid, 1997.

gen temporal, encierra toda la ambigüedad espacio-temporal de la condición global, puesto que requiere su equivalente espacial, la ubicuidad, sentenciando una especie de muerte virtual del tiempo como separación temporal irreversible y obstáculo físico a la comunicación y a la presencia. Pero la *ubicuidad*, noción de origen espacial, requiere, a su vez, del tiempo puesto que su sentido es, precisamente, el de estar en todos los lugares al mismo tiempo, sentenciando una especie de muerte virtual del espacio. O evidenciando quizás en ambos casos la obsolescencia de las metáforas espacio-temporales clásicas y la necesidad de un nuevo paradigma del espacio/tiempo en la era global.

En la sucinta conclusión de su trabajo sobre el tiempo mundial Laïdi (1998), introduce, probablemente al hilo del enfoque «glocal» propuesto por Roland Robertson, una nueva noción de gran interés para esta encuesta que recuerda, precisándola, la de «resonancia» a la que hemos concedido importancia a la hora de entender como se amplifican y repercuten mundialmente a través de la red mediática planetaria acontecimientos globales como el 11-S. Esta noción es lo que Laïdi llama «las problemáticas de la recepción», noción cercana a problemática de la recepción psicosocial de los atentados de Nueva York, pero en un sentido distinto puesto que la recepción a la que nos hemos referido en la Primera parte era una recepción mediática global, simultánea y casi instantánea a escala planetaria y, por ello, en cierta medida deslocalizada, indiferenciada geográficamente, mientras que Laïdi introduce aquí la importante y complementaria dimensión de la recepción local, por tanto plural, filtrada por la interpretación y diversificada según los lugares, de «los mensajes del exterior». La disyunción espacial de lo *local* y de lo *global* que introduce la problemática de la recepción recorta así la disyunción temporal del *acontecimiento* y de su *eco* (en términos radiotelevisivos, se podría hablar de la diferencia ontológica sutil que subsiste entre la imagen o el sonido «en directo» o «en diferido»). Pero, por difícil que resulte entenderlo, dentro de la gramática propia de la globalidad ambas disyunciones (la espacial y la temporal como la global y la local) forman parte de una única sintaxis espacio-temporal.

No cabe... la menor duda —afirma Laïdi— que [estas nuevas dimensiones de análisis del tiempo mundial] estarán cada vez más dominadas por lo que podríamos llamar las problemáticas de la «recepción». Por [recepción], hay que entender, o bien la capacidad de los actores locales para disociar el contenido de los mensajes del exterior, o bien para reinsertarlos activamente en un contexto local. Todas estas problemáticas insisten en las reescrituras locales del tiempo mundial evitando oponer en permanencia lo global supuestamente homogéneo a lo local rebelde (Adelkhah 1997: 75-104). (Laïdi 1998; 199-200)

La interesante problemática de «las reescrituras locales del tiempo mundial» —traduzcamos de «las reescrituras locales del acontecimiento global»— abre y cierra a la vez el abanico de la investigación redoblándolo hacia dentro y multiplicándolo al mismo tiempo al infinito. Al restituir en sus derechos propios a la pluralidad y a la diversidad de lo heterogéneo local frente a «lo global supuestamente homogéneo» como bien dice Laïdi, esta nueva perspectiva abre la vía a la encuesta comparativa y, por tanto, también al *destino local* ni predeterminado ni

uniforme, imprevisible y diverso, del «acontecimiento global»<sup>45</sup>. Pero esta sería ya otra encuesta que sin embargo debería interesar sobremanera a la disciplina de Relaciones Internacionales.

### 3. ¿Una teoría virtual del acontecimiento global?

Fue en 1993, James Der Derian, autor de *On Diplomacy* (Der Derian, 1987), se encuentra en Nueva York cuando acontece el primer, hoy en día, olvidado, atentado contra el *World Trade Center*. Se trató de un atentado clásico que ahora podemos atrevernos a calificar de primitivo en comparación con las dimensiones y la escenificación del 11-S aunque sigan cometiéndose atentados de aquel tipo con enorme capacidad mortífera: un camión cargado de explosivos metido en el aparcamiento subterráneo de las Torres Gemelas. Atentado que sin embargo causó un número importante de víctimas mortales y un considerable estremecimiento social. Fue obra de terroristas islamistas inspirados, al parecer, por un *mulá* ciego y fanático residente en los Estados Unidos que fue posteriormente enjuiciado y cuya relación temprana con *Al Qaida* parece confirmarse. Al comienzo de un ensayo que redacta bajo el impacto inmediato de aquel atentado, intitulado «A Reinterpretation of Realism. Genealogy, Semiology, Dromology», James Der Derian (1995: 363-96) describe fenomenológicamente los efectos de irrealidad, de confusión y simultaneidad de signos y mensajes contradictorios, que produce la irrupción brutal e imprevista de un acontecimiento de esas características en la cotidianeidad de la circulación incesante y multidireccional de informaciones y de trayectorias individuales que surcan la urbe y la misma banalidad del quehacer académico diario del narrador, profesor de Relaciones Internacionales. Pretendía así el texto «captar el evento al vuelo», en su precipitación brusca, de forma casi periodística, inmediata y casual, para restituirle, de alguna manera, su extrañeza, su contingencia. La influencia de Paul Virilio y de su concepción de la velocidad como categoría privilegiada de la era actual es manifiesta en este texto de Der Derian como lo será en los que le sucederán. De ahí la noción viriliana de «dromología», la «ciencia de la velocidad», que aplicará en otros textos a la estrategia militar, convertida en «cronoestrategia». Como muchos autores lo han sostenido, el tiempo más que el espacio parecía ser el factor decisivo en la era global.

Esta misma dirección de investigación, centrada en las paradojas de la globalidad, permitiría que surgiera, unos años más tarde, un sorprendente «accidente» textual o anticipación teórica involuntaria, producida por el intuitivo autor de *Antidiplomacy* (Der Derian, 1992). Una anticipación teórica de lo que serían, al poco tiempo, los monstruosos atentados del 11-S. Se trata de un artículo, publicado en la revista *Millennium*, redactado poco antes de los hechos e intitulado: «Global Events, National Security and Virtual Theory» (Der Derian, 2001b), en

---

<sup>45</sup> Como lo hace, con mucha sensibilidad, la película intitulada *11-S* (2002), compuesta por once cortos realizados por once directores, algunos muy conocidos, desde distintos lugares y culturas del mundo.

el que Der Derian desarrolla una reflexión sobre lo que él llama los «acontecimientos globales» (*global events*), generalmente de carácter accidental, producidos por fallos o errores, a menudo absurdos, de la tecnología militar más avanzada, precisamente la que linda con la virtualidad de los *War Games* hasta convertir en borrosa la tenue frontera que separa lo *real* de lo *virtual*, lo mediático de lo hiperreal. Esta indagación en las franjas de lo mediático, de lo tecnológico y de lo militar le llevaría, en el marco más amplio de una investigación sobre la transformación de la naturaleza de la estrategia militar estadounidense y de los conflictos bélicos en la era global (Der Derian 1997, 2000, 2001a) leída a partir del binomio «guerra virtuosa»/«teoría virtual» (*virtuous war/virtual theory*), a evidenciar la paradoja de un «Estado de Seguridad Nacional» (*National Security State*), tecnológicamente hipercomplejo e hipersofisticado —los Estados Unidos— que produce, sin embargo, «la imagen de una crisis de seguridad» y a postular, en consecuencia, la necesidad de una «teoría virtual del acontecimiento global» capaz de dar cuenta críticamente de ello.

#### A) EN EL ACONTECER DEL ACONTECIMIENTO

La reflexión de James Der Derian, parte de una serie de «accidentes internacionales» recientes que presentaban todos unos rasgos comunes: «estos accidentes se caracterizaban por una transformación acelerada de incidentes particulares en lo que yo llamo “acontecimientos globales”, un estado de las cosas en el cual la interacción de múltiples actores estatales, de sistemas militares complejos, y de tecnologías de la información configuradas en forma de red produce la imagen de una crisis de seguridad» (Der Derian, 200b: 669). Aunque reconoce que los accidentes no representan nada nuevo en la política internacional, Der Derian echa de menos el estudio del papel de la tecnología de la información en la conversión de estos en acontecimientos globales.

Los accidentes en la política mundial no son fenómenos nuevos. Edmund Burke, el filósofo y parlamentario británico del siglo dieciocho, constataba que el «imperio de la circunstancia» triunfa con regularidad sobre las acciones racionales e intencionales de los diplomáticos y de los generales. En relaciones internacionales, como en cualquier otro tipo de relaciones en las cuales la causa antecedente y la consecuencia no están prefijadas de antemano, los accidentes —quizás la expresión más destructiva de la circunstancia— seguirán produciéndose y la gente seguirá muriendo. Existe una literatura significativa, aunque no muy extensa, sobre la manera en que los accidentes pueden preceder y determinar el resultado de algunas guerras<sup>46</sup>. Pero el accidente internacional *per se* raramente traspasa los titulares de prensa para entrar en el programa de investigación de las ciencias sociales. Es incluso menos frecuente el estudio del papel de la tecnología de la información en tanto que, a la vez, lugar y diseminador del acontecimiento global accidental. (Der Derian, 2001b: 670).

---

<sup>46</sup> Añade Der Derian en nota: «En relaciones internacionales, la mayor parte de esta literatura se centra más en la política civil irracional o en una serie de errores militares —«fantasías» («*follies*») en el lenguaje de Barbara Tuchman (1992, 1994)— que en la precipitación de acontecimientos singulares que pueden ser en un sentido más limitado calificados como accidentes.»

Señala, sin embargo, Der Derian la existencia de lo que él llama «accidentes teóricos críticos» que han inspirado su análisis y que han sido estudiados por el sociólogo Charles Perrow en su libro *Normal Accidents: Living with High Risk Technologies* (Perrow 1999). La noción paradójica, formulada por Charles Perrow, de «accidente normal» pretende dar cuenta de cómo pueden generarse catástrofes en el seno de altas tecnologías civiles o militares de gran complejidad. Este planteamiento coincide, por lo demás, con el de autores como Paul Virilio<sup>47</sup> o Gilles Deleuze.

[Charles Perow] está particularmente interesado en indagar como sistemas no lineales, íntimamente acoplados pueden producir una «sinergia negativa» que despoja totalmente las capacidades humanas de toma de decisiones. En varios trabajos diferentes, y lindando con una obsesión, Paul Virilio afirma tanto el valor como el peligro de las tecnologías emergentes por la naturaleza de sus accidentes primarios (desde los descarrilamientos de trenes y el hundimiento del Titanic hasta el desastre del Challenger y el *crash* bursátil de 1987 y hasta el potencial «accidente integral» en la red) (Der Derian, 1998; Virilio, 2001 y 2000). Virilio no es simplemente un *junkie* del desastre: interpreta el accidente, la quiebra, la catástrofe como, a la vez, diagnóstico de una tecnología en excesiva aceleración y como potencial ocasión para una reinstauración de la acción humana. El accidente se convierte en central para su crítica social en la medida en la que se sitúa en la cúspide de dos curvas destructivas/constructivas en el progreso científico; o, en los términos más apocalípticos de Virilio, en la medida en que representa un «milagro invertido». El filósofo Gilles Deleuze asigna a la teoría la única ambición de ser merecedora del acontecimiento: una tarea al parecer relativamente fácil, hasta cuando uno empieza a comprender precisamente cuan relativa es la significación del acontecimiento a la intervención del teórico. Ciertamente, Deleuze plantea un imperativo tanto ético como estético a la habilidad del teórico para extraer o «desterritorializar» un acontecimiento de parámetros establecidos o de estados existenciales, y de interpretarlos como puntos de transición (*transitional points*) para una intervención crítica (Deleuze, Guattari, 1994a: 33; Deleuze, Guattari 1994b: 189). (Der Derian, 2001b: 671)

Der Derian enuncia a continuación los ejes principales de su reflexión y los desplazamientos teóricos que su proyecto propugna.

En este trabajo extiendo el análisis y desplazo el objeto de estas teorías de lo accidental hacia las relaciones internacionales. Primero, intento trasladar el estudio del accidente desde los márgenes hacia el centro de las relaciones internacionales. Segundo, examino el papel jugado por la tecnología de la información configurada en red en la desterritorialización del accidente para convertirlo en acontecimiento global. Tercero, demuestro que el acontecimiento global accidentalmente inducido, altamente contingente, virtualmente construido está desafiando a la guerra como la *ultima ratio* del Estado de la seguridad nacional. Finalmente, después de esbozar el fracaso de las aproximaciones positivistas en orden

<sup>47</sup> James Der Derian no menciona una obra igualmente premonitoria de Paul Virilio (1996), *Un paysage d'événements*, en la que se pueden encontrar capítulos tan significativos como «Nueva York delira» (Virilio 1996: 53ss) que se refiere desde el inicio al primer atentado contra el *World Trade Center* (1993) o «El desequilibrio del terror», (Virilio 1996: 61ss).

a encarar adecuadamente la cuestión del accidente, abogo por una «teoría virtual» para entender la naturaleza fractal e icónica (*imagistic*) del acontecimiento global (Deleuze, Guattari 1994a: 160). (Der Derian, 2001b: 671)

En el apartado intitulado «En el acontecer de un accidente» (*In the Event of an Accident*), Der Derian comienza por recordarnos que el tema del accidente no es un objeto de investigación rentable para las corrientes «positivistas» o «racionalistas» dominantes en Relaciones Internacionales, sino un elemento marginal y prescindible (ver por contraste, Der Derian, 1995b).

El acontecimiento global comienza, al parecer, por accidente. Remitiéndonos a la definición del *Oxford English Dictionary* —«un acontecimiento inusual, que procede de alguna causa desconocida, o un efecto inusual de una causa conocida»— se entiende la razón por la que la teoría de las relaciones internacionales ha orillado el accidente. En tanto que interrupción precipitada, impredecible de acontecimientos y comportamientos normales, el accidente como objeto de estudio no reporta grandes beneficios para una disciplina en búsqueda de explicación racional en el largo plazo y de predicción del comportamiento normal... De hecho, en el mundo positivista, el accidente *por definición* sólo existe como desbordamiento (*spill-over*), una exterioridad, una excepción a la regla. Como la caída del muro de Berlín —un acontecimiento que algunas estudiosos positivistas de Relaciones Internacionales descartaron de forma notoria porque solamente representaba un mero hecho puntual— el accidente no reúne los requisitos de un programa de investigación. (Der Derian 2001b: 672)

Lo que se echa de menos, en definitiva, en Relaciones Internacionales es, según Der Derian, una «teoría del acontecimiento global». A roturar el terreno baldío de esta teoría ausente dedica el párrafo siguiente.

Lo que falta en las Relaciones Internacionales es una teoría del acontecimiento global. La necesidad actual surge de problemas tanto tecnológicos como políticos que las teorías tradicionales en ciencias sociales han sido incapaces de encarar. Primero, a medida que la complejidad y la interdependencia aumenta en las tecnologías militares y de la información, ¿decrece, realmente, el margen de error, aumentando, en consecuencia, tanto la probabilidad como la significación de los acontecimientos accidentales? Segundo, teniendo en cuenta las crecientes expectativas de transparencia que acompañan a la tecnología de la información globalizada, ¿se ha convertido de hecho nuestra medida de ese margen, entre situación estática y accidente (*stasis and accident*), en crecientemente subjetiva, perceptivamente contingente, incluso virtual? ¿Está operando algún principio de incertidumbre, a través del cual el método de representación del accidente está influenciando la importancia (*momentum*) del acontecimiento mismo? Tercero, a medida que las interacciones humanas son de manera creciente tanto representadas como generadas por tecnologías de la información organizadas en red, de gran velocidad, son los accidentes más susceptibles de tener efectos globales, en cascada? Cuarto, ¿sugieren, en realidad, la secuencia, el alcance y el impacto de diversos accidentes internacionales recientes, que los accidentes están rápidamente convirtiéndose en la norma en las relaciones internacionales? Por debajo de todas estas preguntas está la sospecha más fundamental, a la que antes se ha aludido, de que el acontecimiento global está desafiando a la guerra en tanto que el medio a través del cual el Estado de la seguridad nacional es constituido y legitimado. (Der Derian, 2001b: 673)

El acontecimiento global, considerado en tanto que *accidente*, encierra dimensiones incluso más hondas, desconcertantes e inquietantes, que nos obligan a bucear en la patología traumática del acontecimiento global, línea de investigación transdisciplinar de consecuencias epistemológicas de largo alcance para las ciencias sociales en general y, para las Relaciones Internacionales. Der Derian echa mano de las definiciones que le proporciona el diccionario que gradúan la semántica del vocablo «accidente» en tres niveles sucesivos de profundidad que justifican el «situar al accidente en el centro de las relaciones internacionales» (Der Derian 2001b: 673).

El primer nivel remite a la indeterminación e imprevisibilidad del accidente que puede considerarse en términos generales como «la ausencia que da sentido a la presencia del orden».

El situar al accidente en el centro más que en los márgenes de las relaciones internacionales suscita muchas otras cuestiones, algunas profundamente ontológicas, otras de carácter más metodológicas. Antes de ir más lejos, permítaseme extraer unas pocas de las más importantes y potencialmente críticas volviendo a la definición del accidente. A juzgar por la autoridad de las definiciones del diccionario, existen razones históricas para situar a los accidentes en el centro de las relaciones internacionales, en tanto que son la ausencia que da sentido a la presencia del orden. La primera definición del accidente en el *Oxford English Dictionary* es sencillamente: «1. Cualquier cosa que ocurre»; a la que sigue: 1.b. Cualquier cosa que ocurre sin previsión o anticipación». Volvemos al «imperio de la circunstancia» de Burke, que precisamente cubre cualquier acontecimiento significativo, pequeño o grande, local o global, que se produce sin «previsión ni anticipación». (Der Derian 2001b: 673-4)

El segundo nivel remite a la contingencia del accidente e introduce, a mayor profundidad, la noción de *trauma* cuya función es decisiva en el análisis de la problemática del accidente y del acontecimiento global catastrófico intencional o no.

Las definiciones que siguen esclarecen más la dificultad del desarrollo de una teoría del accidente. Un accidente es definido como «un efecto inusual de una causa conocida; un suceso casual, una contingencia». Más adelante, la noción de trauma es introducida en el sentido [de la palabra accidente]: «neurosis de accidente... una neurosis causada o precipitada por un accidente, una dolencia incapacitadora de origen nervioso: los síntomas son subjetivos, y no existe habitualmente señal corporal de alteración emocional». Las aproximaciones positivistas no están bien equipadas para sondear las profundidades de tales efectos psicológicos, especialmente la paramnesia que casi siempre acompaña a los accidentes más serios. (Der Derian 2001b: 674)

El tercer nivel introduce, por último, la noción de *sintoma* que, según Der Derian, «refuerza la necesidad de una estrategia teórica alternativa» y remite a la patología traumática del acontecimiento global, es decir a las consecuencias psicosociales del accidente que se traducen, como si de un exorcismo colectivo se tratara, en toda una serie de comportamientos ritualizados.

Siguiendo con las definiciones del diccionario, está el tercer significado que refuerza la necesidad de una estrategia teórica alternativa: «Med. Un síntoma que aparece; esp. un síntoma desfavorable». Consideren las narrativas rituales que embellecen el acontecimiento global. Objeto de previas negociaciones de diferencias culturales, los muertos son llorados colectivamente (si son civiles) u honrados (si son militares); se lanzan investigaciones que se consideran abiertas, hasta que las causas puedan ser determinadas, el reproche es aceptado, se formulan excusas, y se compensan los daños. Se mandan chivos expiatorios al desierto (o no). Se invoca al destino, a la providencia, o a cuestiones teleológicas más seculares, más como un rito de paso que con la esperanza de una solución. La cuestión por excelencia es porque *ahora*, puesto que el accidente es antes que nada un trastorno (*disruption*) en el flujo predecible de los acontecimientos, una ruptura (*breakdown*) del presente camino al pasado, un rudo despertar a la contingencia del futuro. Después de las cuestiones de lugar y tiempo viene la determinación del daño: ¿cual es la severidad, el alcance, las nuevas consecuencias introducidas por el accidente? (Der Derian, 2001b: 674)

Este buceo semántico en los tres niveles de significación del accidente/ acontecimiento relaciona finalmente a éste con las capas más profundas del sentimiento humano de riesgo o de seguridad al que todo acontecimiento global accidental va a afectar intensamente, induciendo consecuencias políticas reactivas inmediatas.

Estas son interrogaciones vitales, que evocan implicaciones profundas que nos hacen sentir en riesgo o en seguridad. Si uno trata el accidente como un trastorno ontológico y psicológico (como lo sugieren las terceras definiciones del diccionario), los síntomas de un desorden, incluso de una neurosis potencialmente discapacitadora, pueden encontrarse también en el acontecimiento global. Para un científico social, esto puede parecer un extraño enfoque; pero podría quizás ser precisamente el mejor medio para comprender tanto los condicionantes culturales y semióticos como [los niveles de] tolerancia del desorden en función de los cuales un accidente se desarrolla y adquiere sentido. Podría quizás también ayudarnos a comprender como los síntomas psicológicos interactúan con los imperativos políticos para restablecer el orden, es decir como el miedo, la inseguridad y la paramnesia inducida por el acontecimiento global ofrecen prerrogativas especiales al Estado de Seguridad Nacional. (Der Derian, 2001b: 674-5)

Toda esta reflexión de Der Derian sobre el «accidente como trastorno ontológico y psicológico»<sup>48</sup>, iniciada a partir del análisis semántico del vocablo «accidente» guarda, en relación al acontecimiento global violento intencional del 11-S, una pertinencia teórica inmediata, evidente «para comprender tanto los condicionantes culturales y semióticos como los niveles de tolerancia del desorden en función de los cuales un accidente se desarrolla y adquiere sentido» (Der Derian, 2001b: 674). Igualmente premonitoria es la última observación de Der Derian: «podría quizás también [este enfoque sobre los síntomas de un desorden]

---

<sup>48</sup> Ver sobre el problema de las secuelas psicológicas del 11-S en los habitantes de Nueva York el testimonio del psiquiatra Luis Rojas Marcos (2002) *Más allá del 11 de septiembre. La superación del trauma*.

ayudarnos a comprender como los síntomas psicológicos interactúan con los imperativos políticos para restablecer el orden, es decir, como el miedo, la inseguridad y la paramnesia inducida por el acontecimiento global ofrecen prerrogativas especiales al Estado de Seguridad Nacional» (Der Derian, 2001b: 675).

## B) LA CONSTITUCIÓN ACCIDENTAL DEL ESTADO DE LA SEGURIDAD NACIONAL

En consecuencia, el siguiente apartado del estudio de James Der Derian está dedicado a un efecto aparentemente paradójico de la naturaleza ambigua y de las características multidimensionales del «acontecimiento global» en el dominio político-militar de la seguridad. O sea, a lo que Der Derian llama, de forma un tanto enigmática, «la constitución accidental del Estado de la Seguridad Nacional», en referencia a la entonces todavía incipiente redefinición por la administración Bush de la política de seguridad de los Estados Unidos (no olvidemos que el texto fue escrito poco antes del 11-S). Para entender este efecto o esta consecuencia es necesario situarse en una perspectiva más amplia, la de la sucesión histórica de diversos órdenes o desórdenes mundiales, marco general sobre el que destaca el nuevo (des)orden postbipolar.

Tal sugerencia podría parecer ilógica si no perversa, a menos que la situemos en el contexto más amplio del orden mundial, o mejor, en el crudo contraste entre la realidad internacional actual y los ordenes mundiales del pasado. A estas alturas no debería ser necesario repetir el cuento de la caída del muro de Berlín y de la aparición de Internet. Sin embargo, teniendo en cuenta a la vez el tránsito de la Unión Soviética a Rusia y de ARPANET a Internet, es importante señalar como el elemento accidental en cada uno de estos acontecimientos sincrónicos contribuyeron a la desaparición de un (des)orden bipolar. Ciertamente, los Estados Unidos siguen siendo el poder militar dominante, con distintos actores estatales en posición de potenciales «pares competidores» («*peer competitors*»), pero lo que está todavía por contar es la aparición de la *heteropolaridad*, la emergencia de actores que son de diferente tipo (estado, empresa, grupo, individuo) y que están conectados de forma nodular más que por contigüidad. Los estados soberanos son todavía los actores más importantes, y uno no necesita ser chino para reconocer que un único Estado, los Estados Unidos, es indiscutiblemente más igual que los otros. Sin embargo, como lo sugería la fábula de Jorge Luis Borges de un imperio cartográfico en expansión, se puede detectar una multitud de desordenes de identidad que están emergiendo como nombres de dominios que amenazan con engullir el territorio del propio dominio. (Der Derian 2001b: 675)

El acontecimiento global incide, además, en las problemáticas de identidad, en particular en la identidad del productor/consumidor de imágenes que somos todos. Como dice Der Derian, «la identidad del consumidor adquiere un poder propio en el acontecimiento global».

El acontecimiento global, desde el *big-bang* del accidente originario hasta la amenaza fallida del virus [informático] Y2K, ha jugado siempre un papel crítico en la construcción como en la destrucción de las identidades personales, nacionales y cosmopolitas. Pero a medida que aumenta la complejidad y extensión potencial de la tecnología de la información en red, aumenta asimismo la importancia

de una identidad del consumidor basada en la producción, la circulación y la adquisición de imágenes. El accidente trágico, desde el Titanic hasta el Hindenburg y el Challenger, siempre ha vendido noticia. Pero ahora la noticia, cada vez más, parece vender el accidente, en tiempo real, todo el tiempo, puesto que los media por cable y los nuevos media en red tienen tanto el interés como la capacidad de elevar el accidente particular a la categoría de acontecimiento global permanente. Recuérdense las imágenes tomadas por los estadounidenses de su entrada y de su salida de Somalia, los niños hambrientos, presentados como un accidente de la naturaleza, y los Rangers muertos, presentados como un accidente de la intervención. «Potenciadas y multiplicadas» (*«force-multiplied»*) por unos *media* en red, añadiendo incertidumbre suplementaria a la mezcla; la identidad del consumidor adquiere un poder propio en el acontecimiento global. (Der Derian 2001; 675)

Los propios Estados compiten con los media globales en su esfuerzo por controlar la incertidumbre, produciendo, a través de su interacción, el efecto perverso de «una sinergia negativa de problemas crecientemente complejos».

Los Estados, en particular los Estados hegemónicos como los Estados Unidos, tienen habitualmente mucho más interés que los conglomerados mediáticos en normalizar el accidente antes de que se convierta en crítico. Desgraciadamente, como Perrow lo muestra en detalle con *Three Miles Island*, los accidentes particulares se convierte por escalada en accidentes del sistema cuando «soluciones» forzadas interactúan de manera a producir una sinergia negativa de problemas crecientemente complejos. ¿Existe un efecto similar en operaciones que se sitúan en el *interface* de la seguridad nacional y de la tecnología de la información? ¿Tiene el mismísimo esfuerzo del Estado en prepararse para los accidentes y en reducir la incertidumbre —por medio de juegos de guerra (*war games*), vuelos de reconocimiento, escudos antimisiles y disimulación mediática,— por resultado final el incrementar la probabilidad de los accidentes normales? ¿Tiene por efecto el mismísimo esfuerzo de los media globales en alcanzar la transparencia total del accidente al encoger no solamente la distancia, sino también el tiempo en el cual la deliberación puede tener lugar, de convertir la crisis en inevitable? ¿Se ha convertido la seguridad nacional en un *racket* accidental? (Der Derian 2001; 676)

Con la nueva administración republicana de George W. Bush recién estrenada y con ocasión de una serie de ceremonias patrióticas, maniobras militares y acciones bélicas (bombardeo de bases aéreas en Irak) organizadas durante una «Semana de la Seguridad Nacional», se ha vuelto a emitir por parte de lo que Der Derian llama «la red militar industrial mediática de entretenimiento» (*military-industrial-media-entertainment network*) la señal de que «el estado de la seguridad nacional estaba de vuelta» (De Derian 2001b: 676). Esta circunstancia anecdótica y los desconcertantes accidentes que la acompañaron le da pie a Der Derian para recordar algunas de las características de lo que denomina «guerra virtuosa» en tanto que forma de guerra cada vez más *virtual*.

No es que [el Estado de la Seguridad Nacional] hubiera desaparecido nunca realmente; pero desde la primera administración Bush pasando por los años de Clinton, ha ido asumiendo un creciente carácter virtual. Evolucionando desde las tecnologías de campo de batalla de la guerra del Golfo hasta la campaña aérea de Bosnia y Kosovo, valiéndose de la doctrina de la guerra justa (cuando era posi-

ble) y de la guerra santa (cuando era necesario) y clonando la «infoguerra» (*info-war*) de la vigilancia global y de la simulación informática a partir de la guerra pura de la destrucción mutua asegurada, una nueva forma de conflicto puro apareció: la *guerra virtuosa*. En el nombre de la santísima trinidad del orden internacional —mercados libres globales, estados soberanos democráticos e intervenciones humanitarias limitadas— los Estados Unidos abrieron la vía hacia una transformación revolucionaria de los asuntos militares y diplomáticos. Tanto en el corazón como en el nervio de esta transformación está la capacidad técnica y el imperativo ético de amenazar y, si fuera necesario, ejercer la violencia a distancia; con bajas nulas o mínimas. Utilizando las redes de la vigilancia global y las tecnologías virtuales para convertir el «allí» en «aquí» casi en tiempo real y con una casi verosimilitud, la guerra virtuosa emergió como el último medio por el cual los Estados Unidos hacen seguras sus fronteras, mantienen su hegemonía y devuelven un mínimo de orden si bien no de justicia a la política internacional. En ausencia de enemigos reales, el enemigo virtual de la incertidumbre, manifestado por el acontecimiento global, se convierte en el principal objetivo de la guerra virtuosa. (Der Derian 2001; 676-677)

Si, como dice Der Derian, «en ausencia de enemigos reales, el enemigo virtual de la incertidumbre, manifestado por el acontecimiento global, se convierte en el principal objetivo de la guerra virtuosa» ¿sería otro el objetivo de los inspiradores y autores de los atentados del 11-S, inmediatamente esfumados, convertidos por su propia autoinmolación y desaparición del escenario, en enemigos virtuales más temibles aun por su inasibilidad que los enemigos reales de antaño? De Derian recuerda, entre otros muchos, un «accidente» internacional que se produciría durante la misma Semana de la Seguridad Nacional inmediatamente convertido en incidente diplomático y la naturaleza fortuita e incontrolable, a veces absurda, del acontecimiento global producida por fallos en la propia tecnología de la seguridad y de la vigilancia de los Estados Unidos: «Hacia comienzos de abril, después de la colisión del avión de reconocimiento US EP-3E Aries II con un caza chino, los Estados Unidos encontraron un enemigo *como por accidente*». Pero la intención de Der Derian es construir una teoría crítica del acontecimiento global.

En vez de añadir al hartazgo de detalles, deseo extraer de las efemérides del acontecimiento una teoría desterritorializada, una teoría que pueda viajar de un accidente a otro, una teoría que pudiera ofrecer una contra intervención (*counter-intervention*) a los discursos oficiales que surgen de una «Semana de la Seguridad Nacional» y de su cobertura informativa global 24h sobre 24/7 días sobre 7. Evidentemente más de una aproximación es requerida para semejantes problemas globales complejos, problemas que envuelven todo desde las consideraciones geopolíticas acerca de las rutas marítimas hasta las necesidades diplomáticas de «salvar la cara» y hasta los factores menos frecuentemente mencionados como el racismo. Pero ninguna teoría de las relaciones internacionales existente nos ayuda a entender, ni aunque sea a adelantarnos a la transformación del accidente por la planificación militar, la red mediática y el discurso de la seguridad nacional, en el acontecimiento global. Puede que sea arriesgado extrapolar una teoría de estos fragmentos de información. Pero, como el antropólogo Clifford Geertz apunta, después de la desintegración de los bloques de la Guerra Fría y de las certidum-

bres ideológicas, podría ser que no quedara otra cosa de la que echar mano. Si lo general ha de ser captado de alguna manera, y desveladas nuevas unidades [analíticas] debería, al parecer, ser captado no de forma directa, todo a la vez, sino a través de ejemplos, diferencias, variaciones, piezas particulares del rompecabezas, caso por caso. En un mundo fragmentado debemos analizar los fragmentos Y ahí es donde la teoría, si es que debe haber una, aparece (Geertz 2000b: 221)]. (Der Derian 2001; 682-3)

Un ejemplo accidental y relativamente banal en los sistemas de vigilancia global del *hegemon* permite vislumbrar algunas de las características metodológicas muy particulares de la «teoría virtual del acontecimiento global» que Der Derian pretende articular. Una perspectiva teórica indirecta, detallista, consagrada a partir de una suerte de *patchwork* hecho de múltiples retazos de una realidad devenida en gran medida virtual, con «piezas particulares del rompecabezas» de formas y dimensiones aparentemente muy distintas pero correlacionadas hasta lo absurdo en el desconcertante puzzle de la globalidad.

### C) HACIA UNA TEORÍA VIRTUAL DEL ACONTECIMIENTO GLOBAL

La propuesta teórica de James Der Derian pretende encarar «la *virtualización* creciente de las relaciones internacionales» en la era global (de ahí que bautice su propuesta «teoría virtual») partiendo, esta vez, del fenómeno del «acontecimiento global» tal como lo ha ido precisando, primero a distintos niveles semánticos para, a continuación, ejemplificarlo fenomenológica y semióticamente a través de una serie de casos recientes, siempre en íntima relación conceptual con la noción de «accidente». Se inscribe esta propuesta en la línea de las últimas indagaciones de este autor en torno a la «nueva alianza de poderes virtuales» cuya creciente y peligrosa influencia constata en los actuales Estados Unidos.

Como lo más adecuado a lo que muestra la evidencia, podríamos considerar las virtudes de una teoría virtual (en toda su ambigüedad) para el acontecimiento global<sup>49</sup>. En investigaciones anteriores sobre temas relacionados, he seguido la pista de la virtualización creciente de las relaciones internacionales, en la que los conflictos fabricados para la televisión y las películas bélicas de Hollywood se confunden, los juegos de guerra militares y los videojuegos de ordenador se mezclan; colisionan los desastres simulados y los accidentes reales, produciendo en la pantalla una nueva alianza de poderes virtuales, que yo llamo la red militar industrial mediática de entretenimiento (Der Derian, 2000). Las interrogaciones que motivaron mi investigación estaban orientadas hacia el sentido último de la política de la virtualidad: ¿hasta que punto podrían las simulaciones virtuales y las tecnologías de la red convertirse en el fundamento de la guerra virtuosa? ¿Hasta que punto podrían la historia, la experiencia, la intuición, y todos esos rasgos hu-

---

<sup>49</sup> De Derian añade en nota: «Estoy aquí prestando atención a Raymond Aron, que afirma en su obra magistral (Aron, 1962) que la “ambigüedad en Relaciones Internacionales no debe ser imputada a la inadecuación de nuestros conceptos: es parte integral de la realidad misma”».

manos que dan forma a la realidad convertirse en factores secundarios? Doblemente desplazados por los guiones estratégicos y el artificio tecnológico de la sangrienta realidad de la guerra, ¿estaban las simulaciones arrastrando la guerra hacia otro dominio? Vendidos por sus utilizadores como simples preparaciones para los peores escenarios imaginables (*worst-case scenarios*), ¿no producirían y delimitarían en realidad, a través del entrenamiento holístico, la modelización hiperreal, y la potencial sinergia negativa, el futuro que pretenden solamente anticipar? (Der Derian 2001b: 683)

El futuro anticipado por estos procedimientos sofisticados de la «política de la virtualidad» es el futuro que ya habían vislumbrado los pensadores de la postmodernidad que han inspirado intelectualmente a Der Derian.

En mi investigación descubrí abundantes pruebas que evidencian que nos hemos propulsado de forma acelerada hacia una «condición postmoderna», que fue por vez primera identificada como tal por el filósofo François Lyotard en 1979. Estábamos así penetrando en una *inmersión virtual* digitalmente procesada, en la cual escándalos instantáneos, accidentes catastróficos, amenazas de desastres meteorológicos inminentes, política extranjera errática, simulaciones constructivas, guerras alimentadas en vivo, intervenciones de entrada y salida rápida en estados mortinatos o moribundos todo está disponible, no sólo en los noticiarios de máxima audiencia o en tiempo real sino 24 horas sobre 24, 7 días sobre 7, en la televisión, el ordenador o la agenda digital personal (PDA). A la vez implicado y distanciado, en búsqueda de modos suplementarios de comprensión, acabé considerando la necesidad de una teoría virtual de la guerra. Sin embargo, como la guerra, incluso virtual, escasea como opción y como el accidente amenaza con desplazar a la guerra en el centro vacío de las relaciones internacionales, pienso, que existe una necesidad clara y presente de volcar la teoría virtual hacia el acontecimiento global. (Der Derian 2001: 683)

A continuación, Der Derian pasa a explicar lo que debe entenderse por teoría virtual. Se trata de un tipo de teoría crítica que hecha mano de materiales heteróclitos para evidenciar la indeterminación de su objeto: «una teoría virtual, por la misma ambigüedad de su nombre, sugiere a la vez la creatividad potencial de su mirada y la naturaleza elusiva de su objeto» (Der Derian 2001b: 684). El resultado será una teoría *sui generis* más descriptiva que explicativa pero a la vez operativa («instrumentada para la intervención más que para la interpretación») e interesada de forma privilegiada «en por qué un acontecimiento se desarrolla —o deja de desarrollarse— como acontecimiento crítico o global» (Der Derian 2001b: 684). Es precisamente de esta orientación preferente de la teoría virtual hacia el «acontecimiento crítico o global» que ha surgido nuestro interés por un planteamiento que nos parece revelador de una de las dimensiones de la globalidad, su *virtualización*. Sin embargo, nuestra propia aproximación se diferencia de la de Der Derian en la medida en que, desde una perspectiva de sociología histórica, «los actores, las estructuras y las pruebas» guardan toda su relevancia no sólo empírica o fenomenológica sino hermenéutica, es decir propiamente *teórica*. Por su parte, Der Derian insiste en el carácter de «constructo intelectual» de la teoría virtual.

La teoría virtual tiene el sentido de un constructo intelectual que busca intermediar o intervenir más que interpretar o explicar, que se mantiene distanciado aunque implique claros intereses. Utilizando la investigación en archivos, técnicas empíricas, y a pensadores críticos, una teoría virtual asume una estrategia de mezcla y comprobación, de apretar el botón y jugar, en la esperanza de crear un *collage* de intuiciones, peligros, e intervenciones adecuadas. Mediante negociaciones de poder y conocimiento, de lo moderno y de lo postmoderno, de lo empírico y de lo crítico, de lo clásico y de lo digital, la teoría virtual actúa a la vez como *software* y como *hardware* para una política global en red. Una teoría virtual, por la misma ambigüedad de su nombre, sugiere a la vez la creatividad potencial de su mirada y la naturaleza elusiva de su objeto. La teoría virtual tiene el potencial de producir sentido y *a la vez* de producir presencia, de crear lo actual a través de la diferenciación teatral y de la visión técnica. En resumen, una teoría virtual es corta en explicación y larga en descripción: instrumentada para la intervención más que para la interpretación, más preocupada por los acontecimientos, los intereses, y los materiales que en los actores, las estructuras y las pruebas; más interesada en las consecuencias que en las causas; y no tan centrada en como se resuelve un problema cuanto en por qué un acontecimiento se desarrolla —o deja de desarrollarse— como acontecimiento crítico o global. La teoría virtual es particularmente sensible a los atributos accidentales: sincronidades, conectividad, aceleradores, catalizadores, *feedback*, *white noise*, sinergia negativa, saltos de fase, amenazas inminentes, paradojas, fallas espacio-temporales, y sueños. (Der Derian 2001b: 684)»

Esta última y sorprendente mención a los sueños en esta larga enumeración de «atributos accidentales» se debe probablemente a la larga mención que hace Der Derian en el mismo artículo a las declaraciones de los imputados en el juicio de Nueva York, UNITED STATES OF AMERICA *versus* USAMA BIN LADEN *et alia* (2001), a la que hemos aludido en nuestra Primera Parte, y en la que aparece, entre los conjurados de *Al Qaida*, el extraño personaje del «interprete de los sueños. Como veremos, después del 11-S, Der Derian tendrá que matizar el carácter de distanciado análisis de superficie que parece otorga aquí a su propuesta teórica. En particular, al reconocer la necesidad de buscar las causas profundas (*root causes*) de los ataques terroristas desmentirá la desafortunada formulación de una teoría que estaría «más interesada en las consecuencias que en las causas». Sabemos el partido político que algunos dirigentes políticos mundiales han sacado recientemente del sofisma consistente en denegar de la necesidad de buscar las causas del terrorismo para atenerse solamente a sus consecuencias y justificar así la política de fuerza como única respuesta posible ante cualquier atentado, venga de donde venga. Der Derian era consciente de esta posible crítica antes del 11-S. En efecto, siguiendo con la definición de la teoría virtual que propugna, Der Derian pone en el acento en la *reflexividad* que caracteriza a este tipo de aproximación, una reflexividad que no es neutra sino operativa puesto «que a través de actos de observación la teoría virtual influencia o incluso actualiza un acontecimiento» y acaba afirmando con fuerza frente a los «críticos que pretenden que no hay ética en el proyecto crítico» la dimensión ética de la teoría virtual que «debe por necesidad... responsabilizarse de su mapa del mundo» (Der Derian 2001b: 684). Afirmación que pretende rebatir los

reproches habituales de escepticismo, relativismo e incluso de nihilismo que se han lanzado a menudo contra los nuevos teóricos críticos, postmodernistas o postestructuralistas<sup>50</sup>. La reflexividad redoblada de la teoría virtual remite por lo demás, según Der Derian, al innegable «potencial de reproductibilidad infinita» de lo virtual. Idea esta, teóricamente muy sugerente.

Es importante recordar que la virtualidad misma está definida por un potencial para la reproductibilidad infinita y por una capacidad de producir un efecto a distancia; fuente principal de sus poderes tanto creativos como destructivos. Esto privilegia sobremanera la reflexividad en la teoría virtual, en el sentido de una necesidad de cuestionar como a través de actos de observación la teoría virtual influencia o incluso actualiza un acontecimiento. Una teoría virtual busca la evaluación de toda tecnología capaz de actualizar la mejor posibilidad. De ahí que, como lo he afirmado antes (y como persistiré en ello mientras existan críticos que pretenden que no hay ética en el proyecto crítico), la teoría virtual debe por necesidad hacer lo que la teoría constructivista plantea como una lujuria voluntarista: responsabilizarse de su mapa del mundo. (Der Derian 2001b: 684)

La teoría virtual de Der Derian tendrá, en consecuencia, como no podía ser menos, un estatus epistemológico contrario al de la epistemología y de la teoría de los «racionalistas y realistas». Este rechazo del positivismo no debería de sorprender desde la tradición filosófica europea, pero sigue siendo en los Estados Unidos algo así como un tabú (sobre todo en el seno de la disciplina de Relaciones Internacionales), como parece desprenderse de las precauciones oratorias de

---

<sup>50</sup> Reproches con los que no comulga un internacionalista lúcido como Chris Brown. Entre los internacionalistas de la nueva generación, Brown es sin duda el que mejor ha entendido lo que está en juego en el cuestionamiento de los autores que podemos llamar, por comodidad, «postmodernos», porque el calificativo de «críticos» que ellos mismos utilizan para autodefinirse, sin duda con razón, es, hoy en día, desgraciadamente demasiado poco preciso y poco esclarecedor. Lo que Brown, en contra de muchos, percibe como la *verdad* de la actitud intelectual a veces provocadora y aparentemente frívola de los postmodernos ante las incoherencias del mundo presente y, sobre todo, de sus turiferarios, es la percepción de un *peligro* y la vivencia del *miedo*: «Lo que se desprende más claramente de los escritos de Nietzsche es que la crisis en el pensamiento que su obra identifica constituye un auténtico *peligro*. A menos que tengamos una respuesta a la crisis, a menos que seamos capaces de llevar a cabo una transmutación de todos los valores, el colapso de los fundamentos del viejo orden mundial —en breve, la muerte de Dios— nos conducirá a la destrucción de todo lo que tiene valor. Un pensamiento similar es expresado, con menos claridad, en un ensayo de Heidegger, *La cuestión de la tecnología*, en el que se concibe la tecnología moderna, entendida en sentido amplio, como algo que convierte todo, incluido los seres humanos, en instrumentos, dispuestos como «reserva permanente» para ser usados cuando sea necesario —desapareciendo el sujeto humano en el proceso. Es importante subrayar el sentido del *peligro* que los teóricos críticos modernos han heredado de estos pensadores, porque muchos de los giros realizados por el pensamiento crítico sólo pueden ser entendidos en el contexto de este miedo. Los críticos de la teoría crítica que consideran ideas como la intertextualidad y la desconstrucción como estúpidos juegos irresponsables jugados por puro gusto o que se enfrentan a los teóricos críticos con la acusación de irracionalidad o de relativismo puede que tengan en parte razón, pero la fuerza de la crítica es espectacularmente aminorada si, como a veces sucede, la crítica parece alegremente inconsciente del profundo sentido de premonición que subyace en lo mejor de estos trabajos. Puede que existan mejores vías para resistir la llegada del Último Hombre que las de la teoría crítica, pero que exista aquí un *peligro* real que requiere una respuesta radical no debería de ser negado.» (Brown 1994a: 217).

este autor crítico, «postestructuralista» en la confusa terminología estadounidense actual, que parecen aquí situarse, de forma ingenua o quizás inquietante, a la defensiva.

En el espectro epistemológico, esta formulación resitúa claramente la teoría virtual más cerca del postpositivismo y del postestructuralismo que de los racionalistas y realistas. La teoría virtual repudia el realismo filosófico y el positivismo que subyacen en la mayor parte de la teoría de la ciencia social (Der Derian, 1995b). Al construir un sentido desterritorializado del ser —ni aquí ni allá en tanto que ser sino siempre en tanto que convirtiéndose en diferente— la virtualidad representa una extra-realidad paradójica que no se aviene con la díada dominante de las ciencias sociales, lo real y lo ideal. En ausencia de un mejor término, he acabado por llamar esta representación virtual la *interzona*, ni realista ni idealista, ni utópica ni nihilista, pero un intersticio en el cual se forjan futuras posibilidades a partir del encuentro entre la imaginación crítica y el determinismo tecnológico. (Der Derian 2001b: 684-5)

Añade Der Derian, como a modo de excusa: «Leer a autores como Deleuze, Virilio y Jean Baudrillard, que inspiran mi versión BETA de la teoría virtual, puede provocar un tipo especial, incluso productivo de vértigo» (Der Derian 2001b: 685). Preso del vértigo de la intelectualidad francesa —¡que paradoja filosófico-política, hoy!— el estadounidense profesor postmodernista desgrana, a continuación, una serie de angustiosas interrogaciones con las que no nos queda más remedio que estar de acuerdo porque señalan riesgos globales potenciales que la actualidad se encarga de recordarnos en forma de «un estado permanente de acontecimientos globales accidentales». Más aún cuando escuchamos estas preguntas desde lo que hemos presenciado después del 11-S, o como decía muy acertadamente Der Derian antes de esa fecha fatídica: «cuando lo que uno *puede* tecnológicamente hacer acaba dominando lo que uno legalmente, éticamente, o incluso pragmáticamente *debería* hacer» (Der Derian 2001b: 685).

Se está convirtiendo en crecientemente difícil mantener las simples preguntas del tipo o esto/o lo otro que delimitan habitualmente la encuesta sobre las nuevas tecnologías, como por ejemplo: ¿va la nueva tecnología de la información a traer prosperidad y seguridad, o accidentes y anarquía? ¿Estamos entrando en una paz democrática o en un nuevo choque de culturas<sup>51</sup>? A pesar de sus diferencias, Deleuze, Baudrillard y Virilio nos fuerzan a preguntarnos por una serie alternativa, más específica de interrogaciones generadas por la nueva información y las tecnologías virtuales: ¿qué sucede cuando la violencia puede ahora viajar por la red con tal alacritud y celeridad del objeto al sujeto, de una región a otra, en un bucle retroactivo global (*in one global feedback loop*)? ¿Cuando las áreas más críticas

---

<sup>51</sup> Sorprende que aparezcan aquí, sin previo aviso, debates que parecen estar rabiosamente fuera de contexto en el planteamiento teórico crítico «virtual» de Der Derian, como el el debate hiperacadémico sobre la «paz democrática», analizado entre nosotros por Mónica Salomón (2001), o la alusión igualmente obligada al hiperideológico «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington (1993, 1996), si no es por señalar las dos direcciones más antagónicas en el seno del *mainstream* en Relaciones Internacionales en el ámbito académico estadounidense.

de la defensa y de la política exterior se convierten en dependientes de formas virtuales de planificación militar? ¿Cuando lo que uno *puede* tecnológicamente hacer acaba dominando lo que uno legalmente, éticamente, o incluso pragmáticamente *debería* hacer? ¿Cuando las simulaciones defensivas y las disimulaciones públicas obran a favor de un estado permanente de acontecimientos globales accidentales?

Quizás no se logre percibir desde fuera de los Estados Unidos lo que estas interrogaciones pueden tener de incómodas no sólo para el *establishment* político, militar y mediático sino también académico y lo delicadas que pueden ser para un académico muy contestado como Der Derian que —mientras algunos otros teóricos críticos en Relaciones Internacionales parecen haberse vuelto extrañamente mudos los últimos años— está sin duda remando a contracorriente en su propio medio. ¿Qué sentido tiene, en efecto, hablar de *interzona* si no es para señalar la existencia de un intersticio teórico *virtual* todavía vacío/prohibido para la investigación más ortodoxa en el que podría precisamente situarse el acontecimiento global? ¿Qué de extraño entonces si esta reivindicación de un «hogar» teórico para la reflexión que propugna Der Derian revista las apariencias de un debate escolástico —ontológico— sobre la «realidad» en Relaciones Internacionales?

Este tipo de preguntas resiste a las respuestas tradicionales. Mientras la mayoría de las aproximaciones teóricas en las ciencias sociales plantea una bifurcación entre el intelecto y la voluntad, la teoría y la práctica, la mente subjetiva y la naturaleza objetiva, la teoría virtual construye una interacción entre ellas. Comprensiblemente, las ciencias sociales evitan la *interzona*, donde los simulacros invierten la causalidad, el ser está simultáneamente aquí y allá, y la identidad está desterritorializada por la interconectividad. La teoría virtual encuentra un hogar en la *interzona*, donde la recuperación de los hechos, empíricos o sociales, es precedido por la interpretación, vehiculada por las técnicas mediáticas, conducida a través de la experimentación, y sucedida por la creación de nuevas virtualidades. Tanto la guerra como la paz están todavía necesitadas de aproximaciones que estudien *qué* es lo que está siendo representado. Pero existe también la necesidad de una teoría virtual que pueda explorar *como* la realidad es vista, enmarcada, leída y generada en la concepción y actualización del acontecimiento global. La teoría virtual no niega, como los realistas vulgares lo pretenderían, la existencia de la «realidad». La teoría virtual busca comprender como las nuevas tecnologías crean los efectos de la realidad, pero también empieza por la premisa [según la cual] la realidad ha estado siempre modulada por lo virtual. Pero las nuevas tecnologías de la verosimilitud en red han transportado la virtualización a un lugar cualitativamente nuevo, o más precisamente, al u-tópico (no-lugar) del ciberespacio. (Der Derian 2001: 685)

No cabe duda que son abundantes los puntos de coincidencia de un planteamiento de este tipo con la aproximación a un acontecimiento global como el 11-S que hemos llevado a cabo. Sin embargo, estas coincidencias no pueden ocultar algunas diferencias que se mantienen entre los planteamientos<sup>52</sup>.

---

<sup>52</sup> Der Derian, es un *scholar* formado de la mano de su maestro Hedley Bull en el seno de la escuela inglesa de Relaciones Internacionales cuyo «postmodernismo» no ha ocultado nunca, en confesión propia, la raíz «neoclásica» de su inspiración teórica. Algo que se trasluce a través de la fraseología ambigua

Llegados a este punto debería de quedar claro que no existe una teoría virtual prefabricada. Una teoría virtual no puede ser reducida a un modelo. Porque, de la misma manera que lo virtual actualiza lo real, lo real siempre excede el alcance de lo virtual. Y con la misma seguridad con la que los poderes de observación producen efectos impredecibles e inconmensurables, no puede haber nunca una teoría de campo unificada de la virtualidad. Una teoría virtual puede, sin embargo, ayudarnos a extender nuestra captación tanto intelectual como política de lo nuevo. Contra los escenarios catastróficos (*worse-case scenarios*), especialmente aquellos del realismo que se autorealizan (*self-prophesying ones*) que pretenden reflejar pero en realidad trabajan para reproducir la violencia en la política global, una teoría virtual ofrece estrategias de intervención que tratan a la violencia como última opción (*last-case option*). No obstante, una teoría virtual comparte con el realismo el reconocimiento que sin un centro consensual en la política mundial, la violencia —bien en su forma organizada de guerra o en su estado desorganizado de accidente— no desaparecerá, independientemente de las seguridades tecnológicas y de las afirmaciones éticas de lo contrario. (Der Derian 2001b: 685-6)

Sólo queda por enunciar al término de esta exposición esencialmente programática de Der Derian, lo que pretende aportar la «teoría virtual del acontecimiento global». Con esta declaración de intenciones teóricas críticas es difícil, en principio, no estar de acuerdo, si no fuera por la tozudez de la actualidad histórica y por el requerimiento ético y político que ésta nos impone sin subterfugios, a pesar de los juegos y de las trampas de una realidad virtualizada que, sin embargo, nos mantiene secuestrados como sus rehenes.

¿Que es lo que ofrece esta conceptualización preliminar de la teoría virtual? Primero, desafía los ingenuos binomios blanco/negro, bueno/malo, condenado/absuelto del discurso tecnocientífico, y todos los planteamientos, las polémicas y los manifiestos contemporáneos acerca de la tecnología de las redes de información que se mantienen, por medio de una pura oposición dialéctica, como revestidas de autoridad. Segundo, proporcionan un potente aparato de investigación para los datos empíricos que permite contar el diario, horario, permanente *coup d'état* del acontecimiento global. Tercero, ofrece una contra-intervención a los escenarios catastróficos políticos y estratégicos que revitalizan un realismo político moribundo. Cuarto, establece una serie de entornos virtuales para averiguar las cualidades positivas y negativas de la realidad. Finalmente, desafía al productor de la más potente realidad virtual, el complejo militar-industrial-mediático-de entretenimiento que nos cautiva con la imagen de un permanente estado de violencia. (Der Derian 2001b: 686)

Lo que ahora sabemos de la historia atroz que no iba a tardar en producirse al poco tiempo de haber redactado Der Derian estas líneas, da un nuevo sentido

---

de las últimas líneas de su ensayo. En otro trabajo (Aguirre 2000: 216, n. 19) hemos señalado que el «neoclasicismo» de Der Derian no es tan sólo una consecuencia de su genealogía académica personal, sino que parece ser una postura intelectual conscientemente asumida, como confiesa en *International Theory. Critical Investigations* (Der Derian, 1995: vii-viii). Cfr. en el texto que nos ocupa, después de una referencia a su maestro Hedley Bull, la curiosa expresión de «teoría virtual post-clásica» (Der Derian 2001b: 690)

a la propuesta programática, quizás, entonces, todavía ingenua, del académico estadounidense en contra de «un permanente estado de violencia». El acontecimiento-monstruo, imprevisto e impensable, del 11-S, no tardaría en proporcionar una nueva clave para descifrar lo que de intuición sobre el estatus teórico del acontecimiento global en Relaciones Internacionales podían encerrar estas líneas escritas entonces con la mente puesta en otro tipo de accidentes menos monstruosos que el que sucedió de inmediato. Debíó quedarse mudo, atónito, como todo nosotros, James Der Derian al presenciar en la pantalla, mediáticamente, virtualmente, el «worse-case scenario» hecho realidad —el horror sin literatura— de ese día de espanto.

La revista inglesa *Millennium*, en la que estaba prevista la publicación de su artículo, ofrece entonces a Der Derian la posibilidad de reescribir su texto *después* de los hechos del 11-S. Propuesta que rechaza, prefiriendo mantenerlo en su estado primitivo, pero añadiéndole un anexo que titula lacónicamente: «9.11. Postscript». Hemos citado parcialmente al comienzo de nuestra propia reconstrucción de los hechos este histórico *postscriptum*.

Según Der Derian, en un primer momento, el 11-S será vivido como el «accidente de todos los accidentes».

En tales circunstancias, y por la misma definición de un accidente (volviendo al *Oxford English Dictionary* «un acontecimiento inusual, que procede de alguna causa desconocida, o un efecto inusual de una causa conocida»), no es de sorprender que el 11/9 llegara a parecerse más que a nada, al accidente de todos los accidentes. El enemigo se desenmascara para producir una catástrofe inimaginable; y entonces desaparece de forma suicida en las ruinas del desastre. (Der Derian 2001b: 688)

El segundo momento después del asombro que causa el horror será el de la pregunta angustiada sobre lo que está por venir. Lo que queda por venir son «más accidentes». Y los juegos tecnológicos bélicos, propagandísticos y de seguridad de un *hegemón* herido, cegado, enloquecido.

¿Qué queda por venir? Es seguro (y desafortunado) decir que más accidentes. No se trata sólo de que el 11/9 se haya convertido en el marcador virtual (*virtual marker*) por el cual todos los acontecimientos catastróficos futuros van a tener que ser interpretados. Más bien es la pérdida de distinción entre los efectos accidentales y virtuales. Mientras los estadounidenses y los británicos se movilizan para una guerra permanente contra el terror, merece la pena el recordar la definición de las «máquinas de guerra» por Paul Virilio: «son máquinas invertidas —producen accidentes» (Virilio, 1986). No sólo se está refiriendo al «fuego amigo» y los otros tipos de accidentes militares que se han incrementado de múltiples formas desde la Guerra del Golfo, sino a como los *media* virtuales de crisis hacen «un accidente de la realidad» misma (Virilio, 2001), sobre el aumento de las víctimas accidentales en las guerras de alta tecnología (*high-tech wars*) (Der Derian, 2001a: xv); y sobre la ventaja política de considerar las víctimas civiles como «accidentales» (Shaw, 2001). Las pruebas se está acumulando: el Departamento de Defensa estadounidense crea un «Pentagono diseminado, virtual» diseñado para seguir operando después de un ataque catastrófico; la Escuela Naval Superior construye una simulación computerizada de la red terrorista Al Qaeda

de Ben Laden basada en la tecnología artificial de espionaje del popular juego de ordenador «The Sims»; la Casa Blanca organiza un centro de info-guerra durante las 24 horas en la Sala de los Tratados Indios del Viejo Despacho del Ejecutivo para contrarrestar la giratoria ventaja crono-estratégica de los talibán en el ciclo mediático; y la Casa Blanca, el Silicon Valley y Hollywood cierran filas en un nuevo esfuerzo de guerra virtual para ganar a la opinión pública. (Der Derian 2001; 689-90)

La conclusión de James Der Derian en esta reflexión post-acontecimiento nos remite a sus referentes intelectuales más personales —es decir a Hedley Bull— y a la inspiración ética de su pensamiento en relación a la interpretación del acontecimiento global.

Después del 9/11, necesitamos extender nuestro alcance interpretativo más allá de la inmediatez de la tragedia personal, de la ofensa oficial, y de la retribución patriótica. Es igualmente esencial que no interpretemos los acontecimientos globales como actos excepcionales, metafísicos o nihilistas que se sitúan fuera de la historia y de la política. Si tenemos que captar la significación del acontecimiento global, no existe probablemente mejor lugar para empezar que el de la clásica aproximación (y del reproche ético) de Hedley Bull [al propugnar] una «encuesta que tiene su propia moralidad, y es necesariamente subversiva de las instituciones políticas y de los movimientos de todo tipo, tanto buenos como malos» (Bull 1977: xviii). Pero como la virtualización desafía la institucionalización como el principal conductor de la política global, necesitamos también considerar las virtudes constructivas de una teoría virtual post-clásica. Sólo entonces podríamos empezar a responder a la globalización con una mejor contra/narrativa que el contra/terror. (Der Derian 2001; 689-90)

No fue otra nuestra intención en esta encuesta que la de «captar la significación del acontecimiento global» desde una perspectiva a la vez multidisciplinar y crítica para, a partir de ahí, intentar teórica y políticamente «responder a la globalización con una mejor contra/narrativa que el contra/terror». Estas posiciones éticas comunes superan las reservas intelectuales que nos merecen algunas de las formulaciones más ambiguas de la teoría virtual propugnada por James Der Derian como su confianza en las «virtudes constructivas de una teoría virtual post-clásica». Nos hacen, sobre todo, compartir la profunda duda filosófica y la desconfianza política que mantiene con razón hasta el final frente al peligro de una «virtualización que desafía la institucionalización como el principal conductor de la política global».

## CONCLUSIÓN. ACONTECIMIENTO GLOBAL Y GOBERNANZA MUNDIAL

### 1. De la historia a la ética, de la ética a la política

Nuestra mirada sobre el 11-S ya no puede ser la misma después de todo lo que ha sucedido desde esa fecha fatídica. Horror sobre horrores, error sobre

errores. Es el misterio de la historia que modifica sin cesar nuestra interpretación de los hechos a medida que nos alejamos de ellos y que vuelven a acumularse ante nuestros ojos nuevos horrores, nuevos errores. Es la metáfora del «Ángel de la historia» imaginada por Walter Benjamin y representada por Paul Klee en un pequeño dibujo, misterioso y estremecedor. El Ángel es empujado, sin descanso ni tregua, por el vendaval de la historia hacía el futuro al que da la espalda con sus alas desplegadas, dejando atrás, bajo sus ojos desorbitados, las víctimas y los escombros acumulados que se van alejando hacia el pasado.

Quizás sea necesario después de haber permanecido con la mente fija en un acontecimiento, volver a tomar el pulso de la historia, la temporalidad propia de la larga duración que acaba relativizándolo todo o, al menos, lo coloca dentro de una narrativa más amplia. ¿Cómo interpretaremos el 11-S dentro de unos años? No lo podemos saber hoy. Toda interpretación de los hechos históricos está amenazada de caducidad. Pero hay acontecimientos cuya resonancia dura más, cuya memoria es difícil de borrar. No hemos terminado de interpretar el giro histórico que se produjo en torno a la fecha de 1989 y a la simbólica caída del Muro de Berlín. Pero a la luz de los acontecimientos consecuencia que se han precipitado desde el 11-S no cabe duda que este ha sido un acontecimiento histórico crucial además de atroz, de enormes consecuencias diplomático-estratégicas a nivel mundial que ha llegado a afectarnos a todos hasta en nuestras vidas cotidianas.

No ha sido nuestra intención en esta indagación analizar esta historia más reciente<sup>53</sup>. Sin embargo no es posible no tener en mente, al concluir este Curso,

---

<sup>53</sup> La orientación de este Curso ha sido distinta. Hemos pretendido comprender, mediante la exclusiva consideración de *un* acontecimiento violento global intencional, catastrófico y excepcional por su letalidad, las dimensiones y dinámicas amenazadoras, a menudo ocultas, de la sociedad internacional contemporánea, entendida como una sociedad del riesgo global, dimensiones y dinámicas que lindan a menudo con la violencia, el terrorismo global, sus métodos operativos, su espíritu y la aterradora eficacia histórica del acontecimiento violento global intencional. Desde la aparente oposición entre acontecimiento y proceso, o también entre agencia y estructura, hemos querido sacar a la luz este aspecto poco reconocido del proceso de globalización, la secreta connivencia existente entre globalización y violencia. El análisis del acontecimiento violento global ha desplegado sus virtualidades heurísticas. Nos ha obligado a explicar sociológicamente la emergencia de un nuevo paradigma de violencia, caracterizado por la creciente subjetivización de la violencia de la que el terrorismo global es hoy una expresión privilegiada (aunque no sea la única). De manera más abstracta, nos ha obligado, a través de la problemática teórica del tiempo mundial como otro nombre de la globalización a reflexionar sobre la subjetivización de la experiencia del espacio/tiempo en la era global. Por último, el acontecimiento global ha puesto en evidencia la necesidad que tenemos de construir conceptualmente una teoría, quizás virtual, en todo caso crítica, del acontecimiento global en la era de la simultaneidad, de la instantaneidad, de la ubicuidad y de la hiperrealidad. Este desarrollo aparentemente heterogéneo y multidisciplinar es en realidad, desde la perspectiva de la sociología histórica en Relaciones Internacionales, todo él de carácter teórico en la medida en que desarrolla, en el «ir y venir» característico del círculo hermenéutico», el movimiento dialéctico de la interpretación. Los pasos seguidos por esta indagación: *Historia* (inmediata) del 11-S, *Sociología* del terrorismo global, *Teoría* del acontecimiento global, *Praxeología* del acontecimiento global, recuerdan, con la inversión del orden impuesta por el desarrollo de la investigación, la dialéctica del esquema teórico aroniano de los cuatro «niveles conceptuales de la comprensión» diferenciados por este autor en la Introducción programática de *Paix et guerre entre les nations* (1962). Es preciso recordar, como lo hace Celestino del Arenal en *Introducción a las relaciones internacionales* (Arenal 1990: 169, n.75), que estos distintos niveles conceptuales de la comprensión (es decir, de la interpretación) despliegan todos el

lo que ha sucedido después del 11-S. Lo que impone, en un primer momento, dirigir el pensamiento hacia el cuestionamiento ético que forma parte constitutiva de la problemática del acontecimiento violento global intencional como hemos señalado al final de la Introducción<sup>54</sup>. Pero esta reflexión ética sobre el acontecimiento global exige, en un segundo momento, ser situada en un marco praxeológico más amplio frente al desafío que ha supuesto para la gobernanza mundial el 11-S, es decir en el marco de las interrogaciones normativo-filosóficas que nos asaltan sobre la paz y la justicia, el derecho y la seguridad, la democracia y la guerra<sup>55</sup>.

## 2. Gobernanza mundial en tiempos de terror

### A) ANTINOMÍAS DE LA SEGURIDAD

Uno de los problemas globales inmediatamente implicados por los atentados del 11-S en los Estados Unidos es, evidentemente, el de la seguridad, más precisamente, el de la dimensión global que cobra actualmente la seguridad entendida en términos muy crudos: no sólo la protección de las vidas de los ciudadanos y de sus haciendas sino también de su biosfera potencialmente amenazada por posibles atentados nucleares, químicos o bacteriológicos. Precisamente un problema, el de la «seguridad global», cuya multidimensionalidad ha sido recal-

---

arco dialéctico completo —epistemológico (teórico-conceptual), metodológico (histórico-sociológico), filosófico-normativo (praxeológico)— de lo que debería ser para Raymond Aron una teoría de las relaciones internacionales entendida como «el equivalente crítico o interrogativo de una filosofía» (Aron 1972: 380), en efecto «aunque cada una de las cuatro partes de este libro lleva un título diferente —teoría, sociología, historia, praxeología— todas ellas se integran en una encuesta de significación y alcance teórico» (*Paz y guerra entre las naciones*, versión cast. 1963: 9)

<sup>54</sup> En este sentido, ha llamado poderosamente la atención encontrar en un texto del filósofo Alain Badiou (2002) sobre los atentados del 11-S, como punto de partida de su reflexión filosófica, una inicial apelación a la emoción y al sentimiento, en tanto que «evidencia del afecto» previa a todo análisis, en particular, a la calificación de «increíble crimen de masa» (un «desastre», según su clasificación ética de las «figuras del Mal») que aplica a los hechos o al examen y problematización posterior de lo que nombramos «terrorismo». No se trata para Badiou de una simple figura retórica —casi todas las manifestaciones orales o escritas, públicas o privadas, manifiestan primero su pesar por las víctimas de una catástrofe, de un atentado— sino de un arranque propiamente ético de la meditación filosófica y del análisis conceptual que sitúa, en este caso, al impacto emocional y al impulso compasivo, a la «evidencia del afecto», en el origen mismo del pensamiento (que sin embargo ha, en cierta medida, de aquietarlo, alejarlo, interrumpirlo, para desplegarse). «La filosofía, por cierto, debe registrar la evidencia de ese afecto. Pero no por ello es menor su tarea de no quedarse satisfecha con ella. La religión puede declarar que confía en las evidencias del corazón. El arte, dice Gilles Deleuze, pone en forma preceptos y afectos. La filosofía, por su parte, debe —tal es su árido destino— llegar al concepto, por más traumático que sea aquello por lo que se abre su investigación, o por lo que se emprende su construcción» (Badiou 2002: 74).

<sup>55</sup> Sobre el replanteamiento del orden mundial a raíz del 11-S y de las decisiones y acciones que han seguido por parte de los Estados Unidos y su repercusión sobre la comunidad internacional, el Derecho Internacional y las Relaciones Internacionales, ver la sección monográfica, «El orden internacional tras los atentados del 11 de septiembre 2001» de la *Revista Española de Derecho Internacional* (REDI 2001, 1 y 2, vol. LIII).

cada por académicos, militares y políticos desde el final de la Guerra Fría y ello desde muy distintos puntos de vista. Una multidimensionalidad que ha ampliado enormemente el ámbito de aplicación de este concepto, incluyendo en él amenazas y riesgos de carácter no exclusivamente militar o, incluso, no exclusivamente físico<sup>56</sup>. La problemática de la seguridad es, en sí misma, una problemática compleja y profundamente ambigua —al igual que la problemática de la violencia— porque están en juego en ella, más allá de las consideraciones meramente geopolíticas y geoestratégicas de los intereses políticos y económicos considerados como vitales por las distintas potencias, toda una serie de valores económicos, sociales, culturales, religiosos, de género y ecológicos que son los más preciados y, a la vez, muy a menudo, los más antagónicos de una humanidad estructuralmente desigual e irreductiblemente plural. No es de extrañar, por tanto, que el debate sobre la seguridad global además de revelar la hondura de la raíz irracional de los miedos colectivos y la percepción generalizada de amenazas cada vez más difusas que ya no se limitan al terror nuclear sea el ámbito por excelencia de afloramiento de antinomias praxeológicas a las que se enfrentan, no sólo los profesionales de la seguridad (militares, policías, jueces o espías), sino las distintas instancias del poder mundial: los Estados, las organizaciones internacionales, el derecho internacional, los poderes económicos y financieros, junto a los eventuales contra poderes de las mafias y de los distintos terrorismos, de las organizaciones no gubernamentales (ecológicas, antinucleares o de derechos humanos), los intelectuales, los medios de comunicación e información, el mundo del arte y del espectáculo y, por último una «sociedad civil global» cada vez más sensibilizada sobre este tema.

Si, como afirman algunos, el terrorismo es el síntoma y no la enfermedad, la sintomatología y su interpretación etiológica debería preceder al diagnóstico al pronóstico y a la prescripción terapéutica. La interpretación de síntomas históricos relevantes por su permanencia y capacidad de transformación, de renovación, y de tozuda repetición histórica, como es el caso del terrorismo ahora devenido global, y más aun si son, por su naturaleza misma, desconcertantes y reacios a la investigación, cobra toda su urgencia intelectual, teórica y práctica a la vez que, en definitiva, ética para la disciplina de Relaciones Internacionales porque nos encontramos, sin duda, ante uno de los síntomas anunciadores más graves de las futuras crisis de la globalidad<sup>57</sup>. Los fenómenos en la era global son difíciles de analizar (es decir de separar, de recortar) porque están todos estrechamente interconectados, se presentan en forma de haz, como atados de problemas o matrices de problemas, como «complejos» en todos los sentidos, psicológicos y materiales, de este término. Esto se averigua especialmente en el caso de la violencia —de la violencia terrorista en particular— en relación a la cual hemos hablado de creciente subjetivización de la violencia en la era glo-

<sup>56</sup> Sobre las nuevas dimensiones de la seguridad en el contexto de las «nuevas realidades internacionales», ver por ejemplo, la reflexión de Celestino del Arenal (2002: 72-8), «Cambio del problema y de la concepción de la seguridad».

<sup>57</sup> Razón por la cual Ulrich Beck (2003: 26 ss) ha incorporado recientemente al terrorismo internacional en su catálogo de riesgos y amenazas globales.

bal. La violencia tiende a generar un síndrome psicosocial, político y cultural que desborda ampliamente la casuística propia de un grupo violento en particular, como puede ser, ahora, el caso de *Al Qaida*. Síndrome del que participan y que, a la vez, generan tanto las múltiples amenazas socialmente percibidas y, en ocasiones, selectivamente ejecutadas por grupos violentos como, también, las múltiples demandas sociales de seguridad que emanan de las sociedades y son canalizadas y amplificadas a través de los medios de comunicación por movimientos políticos o de opinión que pueden derivar, como lo hemos visto en distintos países europeos y ahora en Estados Unidos, en posturas reaccionarias o extremistas que pueden llegar a postular una limitación de las libertades individuales o colectivas. Estas presiones sociales son a menudo mal gestionadas por las autoridades gubernamentales encargadas de la seguridad. Se trata por tanto de un síndrome complejo y peligroso y, a veces, también perverso en su mimética pero invertida relación especular con el origen de la amenaza percibida. Demandas de seguridad y amenazas contra la seguridad están íntimamente ligadas en la era global y, en consecuencia, no es posible separar el estudio crítico y el replanteamiento razonable de la seguridad global del indispensable análisis previo de la mutación de la naturaleza de la violencia global, de su subjetivización, de sus razones y de sus sinrazones, de sus cambiantes «repertorios de acción».

Atentados terroristas múltiples y masivos como el 11-S imponen una renovación de la reflexión teórica crítica sobre el acontecimiento violento intencional en la era global. Puede que esta reflexión deba revestir el aspecto desconcertante de una teoría virtual del acontecimiento global entre otras razones, porque se trata de un tipo de acontecimientos que se sitúan en una dimensión nueva aunque conecten inmediatamente con los problemas de seguridad en la era global. Accidentes o acontecimientos globales, que no mantienen con los planteamientos convencionales de la seguridad más que una relación parcial, difuminada, distorsionada y poco esclarecida, porque los desbordan a su manera errática, deslocalizada, tanto por escasez (en cuanto a los recursos movilizados, a veces ínfimos) como por exceso (en cuanto a los efectos masivos y al alcance mediático global de sus acciones).

## B) ANTINOMÍAS DE LA GUERRA Y DE LA PAZ

Si, como lo hemos visto, entre el terrorismo y el Estado existe no sólo una asimetría en los medios sino una disimetría en los fines, las lógicas de acción de los dos protagonistas del enfrentamiento serán, en consecuencia, inconmensurables. Por tanto, ante un terrorismo global perfectamente adaptado a los requisitos de la globalidad y cuya lógica es de naturaleza inconmensurable en relación a cualquier lógica política gubernamental, la respuesta no puede ser clásica. No puede ser una lógica de guerra convencional (aunque esta ya no sea tan convencional) entendida como enfrentamiento entre ejércitos regulares. Ni tan siquiera, como hemos visto, cabría hablar propiamente, en el caso del terrorismo, de guerra. De ahí el absurdo de hablar, aunque sólo fuera metafóricamente, de una «guerra contra el terrorismo internacional». Una guerra por lo demás de objetivos, medios y duración indefinidos, puesto que en esta supuesta guerra el

enemigo no «existe» de la misma forma que «existe» el Estado, sino que se caracteriza, al contrario, por su invisibilidad, su naturaleza grupuscular elusiva y su inasible diversidad.

Esta ha sido la dura lección de la costosa operación de castigo al Afganistán de los talibanes y de su rotundo fracaso en el empeño de aprehender a Ben Laden y desarticular la red *Al Qaida*. La eficacia de la lucha contra el terrorismo no parece estar en proporción directa de los medios que se invierten en ella sino que depende, sobre todo, de su método, de su naturaleza y de su sentido. A la luz de este fracaso, la intervención contra el Irak de Sadam Husein reviste el carácter de un retorno al pasado. El de un retorno compensatorio a escenarios y motivos del pasado. Desde la apelación a la eliminación de armas de destrucción masiva (irremediablemente diseminadas y al alcance de cualquier red terrorista en un mundo globalizado y sin escrúpulos) hasta el afán de control geopolítico de los recursos energéticos del Medio Oriente, pasando alternativamente de los motivos más elevados a los móviles de venganza más familiares, la guerra contra Irak ha revestido el carácter de una guerra de sustitución<sup>58</sup>, una sangrienta operación de diversión en relación al desafío planteado por el terrorismo global. El pretexto brindado por la útil amalgama entre «rogue states» («Estados canallas») y «terrorismo internacional» no basta para ocultar la manifiesta desviación política del objetivo en relación a la pregonada guerra contra el terrorismo internacional y la descarada manipulación de la opinión que se ha pretendido con ella. Ahí reside la profunda inadecuación política y estratégica frente a un terrorismo global individualizado y transnacionalizado de la lógica militar de la nueva doctrina estadounidense de «guerra preventiva». Una peligrosa estrategia de contornos indefinidos, propensa al error y a la arbitrariedad, cuya lógica, en un mundo heterogéneo y plural, arrastra necesariamente a los Estados Unidos y a sus seguidores a un unilateralismo<sup>59</sup> que los coloca fuera de la legalidad internacional y sitúa potencialmente al mundo entero bajo sospecha.

Cabía pensar, en cambio, que frente al terrorismo global la estrategia adecuada había de ser otra, en todo caso más adecuada y probablemente a corto y largo plazo más eficaz. Frente a la transnacionalidad del terrorismo global, una estrategia por necesidad multilateral, legalizada en derecho y legitimada políti-

---

<sup>58</sup> Baudrillard insiste a su manera en la distancia que media entre el «acontecimiento» impensable del 11-S y el «no acontecimiento» de la programada guerra contra Irak: «La diferencia del 11 de Septiembre con la guerra es total. Esta habrá sido tan prevista, tan programada y tan anticipada que ni siquiera necesita plasmarse en la realidad. E incluso si acaece realmente, ya habría tenido lugar virtualmente y, por lo tanto, no será un acontecimiento. Lo real es aquí el horizonte de lo virtual. Y esta influencia de lo virtual se ve reforzada por el hecho que la guerra anunciada es como el doble o el clon de la Guerra del Golfo (y Bush el clon de su padre). Son, pues, dos acontecimientos clónicos que enmarcan por todas partes el acontecimiento crucial. A partir de ahí se entiende mejor por qué esta guerra es un acontecimiento de sustitución, un *ghost event*, un acontecimiento fantasmal a imagen y semejanza de Sadam.» («La máscara de la guerra», *El Mundo*, 12 de marzo 2003, p. 12).

<sup>59</sup> Un unilateralismo que ha sido definido con precisión en el punto 11 del «Manifiesto contra la guerra» hecho público por un importante colectivo de profesores de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de las Universidades españolas: «el unilateralismo no tiene que ver con el número de actores sino con la usurpación de una misión que pertenece a las Naciones Unidas» (<http://cde.ugr.es/aepdiri/manifiesto.htm>).

camente, es decir autorizada por el Consejo de Seguridad conformemente a la Carta de las Naciones Unidas y respaldada por el mayor número de países. Frente a la desestatalización y desterritorialización de un terrorismo globalizado, una estrategia horizontal, diversificada y coordinada a través de la amplia malla de la gobernanza mundial local y global, incluyendo en ella, por supuesto, de forma imperativa, coherente, transparente y eficiente, tanto a las entidades financieras internacionales como a las corporaciones multinacionales que puedan dar cobijo en su seno a mafias financieras internacionales de guante blanco que controlan, entre otros tráficos, el tráfico internacional de armas, incluidas las de destrucción masiva. Frente a un terrorismo mediático e informatizado, una estrategia de concientización e información veraz y contrastada que pudiera ser respaldada sin reticencias por la opinión mundial. Por último, frente a un fundamentalismo metapolítico y antioccidental, la reafirmación, no de otro tipo fundamentalismo, esta vez occidentalocéntrico, sino de la virtud democrática más universal del diálogo y de la negociación en el respeto de las diferencias y de las identidades que haga de la cooperación internacional en todos los ámbitos, pero especialmente en el ámbito de la lucha contra la exclusión de los más desfavorecidos por el proceso globalizador, su método privilegiado de acción<sup>60</sup>.

Pero hay motivos sin duda poderosos que, desde la lógica misma de la soberanía y del poder estatal desafiados por el terrorismo, abogan en contra de una estrategia de este tipo y a favor del uso, incluso unilateral, de la fuerza. Existe, en efecto, en el enfrentamiento violento con el terrorismo, un beneficio para los Estados que se oculta detrás de los discursos oficiales. Una ganancia que no es únicamente de orden psicológico o compensatorio ni que reposa exclusivamente en la satisfacción de la codicia por las riquezas del planeta. Este extraño rédito explica la simbiosis existente entre el terrorismo y la lucha antiterrorista y por tanto el juego de suma no cero que se puede producir en la confrontación global entre terrorismo y Estado, en la que, esta vez, el Estado no tiene todas las de perder. Porque la lucha antiterrorista, más aun si es global, refuerza a largo plazo el poder de los Estados y su capacidad de vigilancia y control sobre la gente, recordándonos, ahora a escala planetaria, la pesadilla carcelaria del *Panóptico* de Bentham o la ficción demasiado real del Big Brother imaginada por Orwell en su novela *1984*<sup>61</sup>.

---

<sup>60</sup> En su ensayo *Sobre el terrorismo y la guerra*, en el que analiza los fenómenos de transnacionalización, desterritorialización e individualización del nuevo terrorismo («que inutilizan de un plumazo la gramática nacional de la milicia y la guerra») Ulrich Beck » (2003: 58-9), propone, por su parte, una estrategia basada en «tres... *oportunidades*, sólo paradójicas en apariencia, de la sociedad del riesgo mundial»: «En primer lugar me parece posible y necesario crear un *fundamento legal internacional* para el pacto contra el terrorismo...En segundo lugar, sería necesario que la promesa de la alianza no se difundiera únicamente por medios militares, sino con una *política del diálogo* creíble (ante todo con el mundo islámico pero también con otras culturas que vean amenazada su dignidad a causa de la globalización)...En tercer lugar, los peligros de la sociedad del riesgo mundial podrían transformarse en oportunidades para crear estructuras regionales de cooperación entre *Estados multinacionales cosmopolitas*... Por lo demás, los peligros de la sociedad del riesgo mundial también son una fuente de movimientos sociales activos a escala global y local, movimientos que pueden poner en marcha un cambio social que es necesario».

<sup>61</sup> Reflexión similar a la que desarrolla Stanley Hoffmann (2002: 29-30.), un maestro de la disciplina de Relaciones Internacionales poco sospechoso de antiamericanismo, en un análisis aplicado a la

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

La literatura producida por el 11-S es ya inmensa. Mencionamos aquí los trabajos a los que hemos hecho más extensa referencia. Hemos mantenido en el cuerpo del texto las demás referencias a autor y fecha como orientación. Con posteridad a la redacción del trabajo se han editado en castellano algunas obras de referencia sobre el terrorismo islamista que incluimos en esta bibliografía básica.

- AA.VV. (2002), *El mundo después del 11 de septiembre de 2001*, Barcelona, Península.
- AA.VV. (2002), *Revista Española de Derecho Internacional*, «El orden internacional tras los atentados del 11 de septiembre de 2001», Vol. LIII, 2001, n.º 1 y 2, Madrid, B.O.E.
- AA.VV. (2002), «Imperio o gobierno mundial», *Vanguardia Dossier* n.º 3.
- AA.VV. (2004), «Terror global del 11-S al 11-M», *Vanguardia Dossier* n.º 10.
- AGUIRRE, Iñaki (2003), «El desafío del nuevo paradigma de violencia y la guerra de sustitución», *Tiempo de Paz*, n.º 68, pp. 31-42.
- AGUIRRE, Mariano, GONZALÉZ, Mabel, coord. (2002), *Anuario CIP 2002*, Barcelona, Icaria.
- ARENAL, Celestino del (2002) «La nueva sociedad mundial y las nuevas realidades internacionales: un reto para la teoría y para la política», *Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz 2001*, Bilbao, Servicio Editorial UPV/EHU, pp. 17-85.
- AUST, Stefan, SCHNIBBEN, Cordt., edit. (2002), *11 de septiembre. Historia de un ataque terrorista: Por los reporteros y editores de la revista Der Spiegel*. Epílogo de José María Irujo «España, el anillo de Al Qaeda», Barcelona, Galaxia Gutenberg.

---

confrontación global entre el «terrorismo transnacional» privado y los Estados en el contexto mundial posterior al 11-S: «Si la globalización facilita o provoca a menudo la violencia terrorista, el combate contra este tipo de guerra sin fronteras librada por grupos, individuos y redes privadas comporta numerosas consecuencias... El terrorismo global no es la simple extensión de la guerra entre estados a actores no estatales. Es su subversión, en la medida en que se burla de las fronteras, de los uniformes, de la soberanía, tanto la de sus enemigos como la de sus aliados que le protegen, en la medida también en que provoca que sus víctimas tomen medidas, contra él y contra quienes le protegen; medidas que, en nombre de la legítima defensa, violan alegremente la soberanía de los estados acusados de alentar el terrorismo... Pero todas estas violaciones o contraviolaciones del arca de la alianza que constituye el sistema de los estados no constituyen en absoluto un progreso para la sociedad global, incapaz hasta ahora de adherir a una definición común del terrorismo y a una política común contra él. Los beneficiarios de la lucha antiterrorista serán los estados que, aun habiendo perdido una parte considerable de su soberanía, podrán multiplicar los controles sobre las personas y los flujos de bienes y financieros, es decir, podrán levantar nuevos muros y se proveerán de nuevas razones para atentar contra los derechos individuales en nombre de la defensa contra la inseguridad común. Entre los estados así —en parte— reforzados, el beneficiario principal será Estados Unidos, como único actor capaz de llevar la lucha antiterrorista a todos los rincones del mundo, de acudir en auxilio de las víctimas más alejadas pero sin por ello ser capaz de protegerse de los golpes organizados por redes terroristas o bandidos desconocidos, ni superar totalmente su ambigüedad con relación a la cooperación interestatal, toda vez que ésta puede amenazar su libertad de acción. El terrorismo es un fenómeno global que produce precisamente el efecto de fortalecer al enemigo —el Estado— al mismo tiempo que intenta minarlo. Los estados que son sus objetivos o víctimas no tienen ningún interés en tratar a los terroristas como individuos sujetos al derecho de guerra, y ponen todo su interés en tratarlos como parias fuera de la ley como a los piratas o culpables de genocidio. Los campeones de la globalización habían vislumbrado ocasionalmente los aspectos similares a la jungla de la globalización económica, es decir, del mercado mundial, pero raramente los aspectos de jungla a secas de la violencia terrorista y antiterrorista globales».

- BADIE, Bertrand y SMOUTS, Marie-Claude (1995), *Le retournement du monde. Sociologie de la scène internationale*, Paris, Presses de Sciences –Po-Dalloz.
- BECK, Ulrich (1998) *Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós. Barcelona.
- BECK, Ulrich (2002), *La sociedad del riesgo global*, Siglo Veintiuno, Madrid.
- BECK, Ulrich (2003), *Sobre el terrorismo y la guerra*, Paidós.
- BIGO, Didier (1998), «Nouveaux regards sur les conflits?», en M-C, SMOUTS (dir), *Les nouvelles relations internationales. Pratiques et théories*, Paris, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, pp. 309-354.
- BORRADORI, Giovanna (2003), *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*, Madrid, Taurus.
- DER DERIAN, James (1992), *Antidiplomacy: Spies, Terror, Speed and War*, Oxford, Basil Blackwell.
- DER DERIAN, James (1995b), «A Reinterpretation of Realism. Genealogy, Semiology, Dromology», en J. Der Derian, ed., *International Theory: Critical Investigations*, New York, New York University Press, pp. 363-396.]
- DER DERIAN, James (2000), «Virtuous War/Virtual Theory», *International Affairs*, 76, n.º 4, pp. 771-88.
- DER DERIAN, James (2001b), «Global Events, National Security and Virtual Theory», *Millennium, Journal of International Studies*, Vol. 30, pp. 669-90.
- GARCIA SEGURA, Caterina (1999), «La globalización en la sociedad internacional contemporánea: dimensiones y problemas», *Cursos de Derecho Internacional de Vitoria-Gasteiz 1998*, Madrid, Tecnos y Servicio Editorial UPV/EHU, pp. 315-350.
- GUNARATNA, Rohan (2002), *Al-Qaida. Au coeur du premier réseau terroriste mondial*, Paris, Editions Autrement.
- HOFFMANN, Stanley (2002), «El estado de las cosas», *Vanguardia Dossier*, n.º 3 octubre/diciembre, pp. 20-30.
- HOGUE, James F. Jr., ROSE, Gideon, comp. (2002), *¿Por qué sucedió? El terrorismo y la nueva guerra*, Barcelona, Paidós.
- JORDÁN, Javier (2004), *Profetas del miedo. Aproximación al terrorismo islamista*, Pamplona, EUNSA.
- JOSROJAVAR, Farhad (2003), *Los nuevos mártires de Alá*, Madrid, ediciones Martínez Roca.
- KEPEL, Gilles (2001), *La yihad*, Barcelona, Ediciones Península.
- LAIDI, Zaki (1998), «Temps mondial» en M.-C. Smouts (dir.), *Les nouvelles relations internationales. Pratiques et théories*, Paris, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, pp. 183-202.
- LAIDI, Zaki (2000), *Un mundo sin sentido*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LAQUEUR, Walter (2003) *Una historia del terrorismo*, Barcelona, Paidós.
- SMOUTS, Marie-Claire (1998), dir., *Les nouvelles relations internationales. Pratiques et théories*, Paris, Presses de la Fondation nationale des Sciences politiques.
- TOURAINÉ, Alain (1997), *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, Madrid, PPC.
- VIRILIO, Paul (1997), *Un paisaje de acontecimientos*, Buenos Aires, Paidós.
- WIERWOKA, Michel (1998), «Un nouveau paradigme de la violence?», *Cultures et conflits*, primavera-verano.